LOS CINCO
CONTINENTES
DEL AMOR
JAVIER RUESCAS
FRANCESC MIRALLES

JAVIER RUESCAS y FRANCESC MIRALLES

# Los cinco continentes del amor

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks
@somosinfinitos

@nubedetinta

@somosinfinitoslibros

Penguin
Random House
Grupo Editorial

**Todo amor es el principio de un nuevo mundo.**
Ahí está su tragedia y su grandeza.

Hannah Arendt

# 1

## Negro mar del corazón

**Los fuegos artificiales iluminaban a ráfagas un mar que, para Olimpia, era un manto sombrío e inescrutable. Por más que medio centenar de amigos hubieran acudido a la playa para celebrar su decimoctavo cumpleaños, se sentía más sola que nunca.**

**Sola y decepcionada.**

**Aprovechando que se había formado un corrillo alrededor de una hoguera, mientras el guaperas del instituto cantaba a la guitarra** *It's so easy to fall in love*, **sus pies descalzos se apartaron del grupo resiguiendo el límite cambiante entre la arena fría y la espuma del mar.**

**Cuando hubo puesto suficiente distancia entre ella y aquella fiesta en la que se sentía una extraterrestre, se sentó sobre una duna. Tres palmeras de pólvora se iluminaron sobre la playa de la Barceloneta para luego desvanecerse como una lluvia de chispas.**

**Hasta aquella noche, que su cumpleaños cayera en la verbena de San Juan siempre le había parecido una feliz coincidencia. Lo había vivido con la ilusión de que la ciudad entera celebraba su nueva edad.**

**Sin embargo, aquel 23 de junio tanta pirotecnia le pareció una burla cruel. Solo tenía ganas de llorar, y sin duda lo habría hecho de no haber llegado una sombra amigable por detrás.**

**Cuando se sentó a su lado, en la duna, Olimpia esbozó un intento de**

sonrisa. Albert era el único amigo a quien se permitía mostrarle sus miserias. Nunca se sentía juzgada por él.

—Hola, chica triste. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? Tenemos cava, cerveza, bebidas energéticas y refrescos con cero azúcar.

—No quiero nada, gracias.

—Si molesto, me voy…

Olimpia apoyó su cabellera ondulada en su hombro y, tras dejar escapar un suspiro, dijo:

—Por favor, quédate. Después de tantos años queriendo ser libre de hacer lo que quiera, sé que ahora debería estar liándola parda. O al menos intentándolo en honor a todos los que han venido. Deben de pensar que soy una borde…

—Que piensen lo que quieran. Además, gracias a tu fiesta se lo están pasando bomba.

Esta última palabra salió de la boca de Albert a la vez que un estallido en el cielo precedía a un enorme castillo de fuego, que fue aplaudido por el grupo de la playa.

—Me alegro de que se diviertan, porque yo esta noche no me aguanto ni a mí misma. Me siento…

Olimpia se mordió el labio mientras luchaba por no romperse.

—¿Vacía? —adivinó Albert.

—Sí, es una forma de definirlo.

—Sé que le echas de menos —dijo él pasándole el brazo por el hombro —. Yo también estaba convencido de que esta noche vendría, pero tiene que haber una razón…

—No busques razones —le cortó Olimpia—. Nada justifica que un padre no aparezca el día que su hija se hace mayor de edad.

Albert calló. Hasta esa primavera que ya habían dejado atrás, aquel economista serio y afable se había desvivido por su única hija. Como contrapeso al carácter impulsivo y caprichoso de la madre, Olimpia siempre había encontrado en él un remanso de paz y comprensión que ahora se había diluido en el negro mar.

Literalmente.

Sin previo aviso, de un día para otro se había despedido de su familia dejando una carta sobre la mesa, y había partido con su yate para dar la vuelta al mundo sin fecha de retorno. Una decisión extraña que, dos meses después, Olimpia seguía sin entender.

—¿Tu madre todavía piensa que hay otra persona? —preguntó Albert,

aun temiendo ser inoportuno.

—Da igual lo que piense mi madre. Y puedo comprender que, después de tantos años juntos, uno pueda enamorarse de nuevo.

—*Es tan fácil…* Ya lo dice la canción.

—Fácil para todo el mundo, menos para mí —dijo resentida—. En cualquier caso, eso no justifica que mi padre no haya dado señales de vida en un día como este. ¡Ni siquiera me ha mandado un mensaje al móvil! ¿Tú no estarías furioso?

—Quizá esté atracado en algún lugar lejano, sin cobertura —trató de consolarla—. ¿Dónde estaba la última vez que te escribió?

—En la isla Ascensión. Según mi padre, un pedrusco a medio camino entre África y América.

Ambos se quedaron en silencio. El rumor lento y constante del mar, punteado por los petardos y cohetes, hizo que Olimpia se sintiera cercana a un ataque de pánico. Aunque la temperatura era agradable, de repente notaba los pies fríos. Y el alma helada.

Siguiendo un impulso, tomó la mano de su amigo y murmuró:

—Albert, necesito pedirte algo.

—Lo que quieras, Oli…

Solo él tenía permiso para llamarla así.

—Voy a marcharme a la francesa.

—¿Vas a irte de tu propia fiesta? —preguntó él con asombro.

—Sí. No estoy nada bien.

Albert la miró preocupado y luego miró al grupo que ahora bailaba al lado de la hoguera.

—Lárgate, anda… —le dijo—. Yo te cubro. Voy a esperar a Dídac, no creo que nosotros tardemos mucho más en irnos. Diré que te ha sentado mal la bebida y te he tenido que meter en un taxi.

—Gracias. No sabes cómo… —murmuró ella con los ojos húmedos.

—Cuando acabe la fiesta, quien necesitará un taxi seré yo, para llevarme el montón de regalos que hay ahí. Mañana te los acerco a casa.

Olimpia se puso de pie y le abrazó con fuerza. Cada vez que lo hacía, le resultaba inevitable pensar en aquellas semanas que habían sido algo más que amigos. Todo iba perfectamente hasta que Albert le confesó que había descubierto que no se sentía atraído por las chicas. Que ni siquiera entendía por qué había tardado tanto en aceptarlo, y mucho menos por qué le había pedido salir en un primer momento. Estaba hecho un lío. No fue fácil para ninguno de los dos, pero el cariño que se tenían acabó secando

las lágrimas y aplacó el dolor. Tiempo después, Albert conoció a Dídac y ambos encajaron como la letra y la melodía de una canción.

La voz paciente de Albert la devolvió al presente.

—Vamos, márchate ya o te van a pillar por banda y tendrás que dar mil explicaciones.

—Tienes razón —dijo abrumada—. No sé cómo agradecerte…

Albert se acercó el índice a los labios para pedirle que se callara de una vez.

Conmovida, tras darle un beso en la mejilla, Olimpia se deslizó por la arena con los zapatos en la mano. Caminaba en dirección contraria al mar, buscando la ciudad que celebraba el inicio de un verano que prometía ser un desierto para ella.

Una vez en el asfalto, apretó el paso en dirección al metro, ignorando que, también para ella, la noche estaba lejos de haber terminado.

# 2

## El atlas del amor

**El paquete aguardaba en el buzón, sobresaliendo como una bandera que advertía y tentaba a Olimpia. La añoranza que había guiado sus pasos hasta casa se disipó al advertirlo bajo la luz ambarina de la farola, que se filtraba dentro del portal.**

**Antes de sacarlo, volvió a abrir la puerta para mirar a ambos lados de la calle, por si quien había dejado el paquete seguía ahí.**

**Lo primero que pensó fue que pesaba. Lo segundo, que habría reconocido en cualquier parte la letra con la que estaban escritos su nombre y las señas. Por eso volvió a mirar a su alrededor, esta vez con el vello de los brazos erizado.**

**Era la misma caligrafía, menuda y ligeramente torcida, de las notas escritas en su agenda cuando se ponía enferma y no podía ir a clase; la de los pósits en la caja de cereales para desearle los buenos días cada mañana; la de los apuntes de matemáticas cuando no entendía un ejercicio del curso.**

**—Papá… —susurró Olimpia en voz muy baja, como quien pide un deseo importante y teme que no se cumpla si lo dice en voz alta.**

**Contuvo la respiración al entrar finalmente en su apartamento, un dúplex en el Eixample barcelonés, con el paquete en brazos. Colgó las llaves en el recibidor, se descalzó y subió las escaleras con cuidado de no**

pisar el tercer escalón, que siempre crujía, para ir a su habitación.

Olimpia cruzó el pasillo iluminando su camino con la pantalla del móvil. Un murmullo distante la hizo detenerse frente a la puerta entreabierta del cuarto de sus padres.

El pulso se le aceleró antes de asomarse, pensando que había alguien más allí. Pero entonces vio a su madre sola y hecha un ovillo, con la melena negra iluminada por el halo del televisor encendido, y apretó el paquete contra su pecho, suspirando entristecida.

Olimpia apartó el vaso con agua a medio acabar de la mesilla de noche para que su madre no lo tirara de un manotazo en mitad de alguna de sus pesadillas. Luego apagó el televisor con el mando a distancia. Antes de salir, le dio un beso en la frente.

Ya en su habitación, cerró la puerta y se sentó en la cama con el paquete entre las manos, como si no supiera qué hacer con él. Con cuidado, deshizo el nudo del cordel con el que estaba atado y le quitó el grueso papel marrón.

Era un libro. Un libro grande y antiguo con grabados dorados sobre la cubierta de cuero. Parecía más apropiado para la biblioteca de un monasterio que para una chica de dieciocho años. Un incunable que olía a viejo y a leyendas ancestrales.

Lo acompañaba una carta.

Mi querida Olimpia:

Feliz cumpleaños. Sé que no hay palabras que puedan reemplazar el abrazo que hoy debería haberte dado por hacerte mayor de edad, pero quiero que sepas que no te olvido. Ni un instante. Ni a ti, ni a tu madre. Por muy lejos que navegue, vosotras seguís siempre aquí, a mi lado. Os echo de menos y os siento en cada nueva constelación que descubro en el cielo, en cada ráfaga de viento y en cada ola que acompaña mi travesía.

Por eso, aunque aún no puedo volver a casa, he querido hacerte llegar este libro tan especial que encontré en un anticuario de la isla de Hidra.

Se trata de un atlas único en el mundo. El anticuario que me lo vendió está convencido de que perteneció a Lord Byron, que murió en Grecia durante la guerra de la Independencia.

En él no encontrarás detallados mapas geográficos ni explicaciones sobre flora, fauna o política, pero sí una manera de cartografiar el amor como jamás nadie lo ha hecho.

De acuerdo con las anotaciones que su propietario hizo hace tiempo en este atlas, quién sabe si el mismo Byron, existen cinco maneras de amar

según los continentes en los que entonces se dividía el mundo. Independientemente de dónde se haya nacido, el corazón de cada persona pertenece a un determinado continente y, por tanto, late y busca una forma de amar distinta.

Este atlas viene con mi carta y con una pregunta: ¿te atreves a descubrir adónde pertenece tu corazón?

Aunque te resulte difícil de entender, el mío sigue latiendo con fuerza por vosotras.

Te quiero.

Un beso infinito como el mar,

PAPÁ

Olimpia no advirtió que estaba llorando hasta que un lagrimón se estrelló sobre la última palabra de la carta. La tinta se extendió por el papel como un cuadro abstracto de los que pintaba su madre.

Se secó las mejillas y sonrió. Por muy inexplicable que fuera la fuga de su padre, cualquiera que fuese su motivo, de repente lo volvía a sentir cerca.

Guardó la carta en el cajón de la mesilla de noche para centrarse en el atlas. Lo abrió con delicadeza y acarició las filigranas de las guardas. Las hojas eran de papel grueso amarillento y parecían esconder secretos centenarios. ¿Encontraría realmente allí un mapa del amor?

Resopló disgustada ante esa mera idea.

Para ella el amor había devenido, además de un enigma, una complicación innecesaria. Un arma de doble filo con la que herirte cuando intentas defenderte. Por el camino, casi había perdido a la persona que mejor la conocía, en quien más confiaba. Albert. Dudaba de que aquel libro le hiciera cambiar de opinión. Igual, en la época de Lord Byron el amor fuera otra cosa menos dolorosa y más sencilla, pensó, pero estaba convencida de que, en la era que le había tocado vivir, el verdadero amor era una utopía.

Aun así, la curiosidad hizo que hojeara las páginas. Como le había avanzado su padre, el propietario del libro había escrito sobre los cinco continentes las siguientes categorías:

*el Amante Europeo*
*el Amante Americano*
*el Amante Africano*

*el Amante Asiático*
*el Amante Oceánico*

Las hojas del atlas contenían notas manuscritas a plumilla en inglés, con una caligrafía llena de florituras de otro tiempo. También había dibujos a mano de corazones y de cuerpos humanos en diferentes gestos amatorios. Hombres y mujeres, pero también hombres con otros hombres, y mujeres con mujeres. El detalle de la caricia de una mano. Dos labios besándose. Ojos de pestañas largas y pupilas dilatadas.

**Llena de curiosidad, Olimpia se disponía a leer aquellas notas cuando la puerta de la habitación se abrió de repente, dándole un susto de muerte. Escondió con rapidez el atlas entre las sábanas mientras su madre entraba con los ojos a medio abrir.**

**—¿Qué haces aquí tan pronto?**

**—Acabo de llegar… —respondió apurada—. Hacía fresco en la playa.**

**—¿Lo has pasado bien?**

**Asintió.**

**—Me alegro.**

**—¿Y tú, qué tal… la noche?**

**—¿Eh? Bueno, bien… Me he desvelado. Creo que bajaré a pintar un rato.**

**Con expresión agotada, se inclinó para darle un beso en la mejilla, que a Olimpia le supo a lágrimas, y la dejó de nuevo sola. Desde que su padre se había marchado, rara vez salía de casa, y sus ojeras eran cada vez más pronunciadas. Las horas en el estudio se alargaban con cada día que pasaba, pero hacía tiempo que la frustración le impedía terminar ningún cuadro.**

**Inquieta con todo aquello, decidió apagar la luz y dejar aquella reliquia extravagante para otro día.**

**Ya entre las sábanas, mientras intentaba descifrar la oscuridad del cuarto, se atrevió a repetirse la pregunta que le había hecho su padre. ¿Adónde pertenecía su corazón?**

**Tal vez nunca lo supiera.**

# 3

## Wollstonecraft Café

El timbre de la puerta la arrancó del sueño con la fuerza de un tornado. Sus ojos verde oscuro miraron furtivamente el despertador, lo que supuso un nuevo sobresalto.

Casi las once.

Mientras se deslizaba escaleras abajo, cubierta solo con su camiseta de dormir, se dio cuenta de que era una falsa alarma.

Aunque fuera lunes, hacía días que el curso había terminado. Faltaban dos meses y medio para que tuviera que apresurarse hacia la facultad de Filología Inglesa. Otra cosa era en qué emplearía aquellos dos meses y medio, sin otro plan que sobrevivir a la montaña rusa emocional en la que su padre las había montado a ella y a su madre al marcharse de improviso.

La respuesta se hallaba al otro lado de la puerta.

Al ver a Albert rodeado de bolsas, se dio cuenta también de que estaba prácticamente desnuda, así que le dio un beso fugaz en la frente y subió a toda prisa mientras le decía:

—¡Dame dos minutos y me visto! Puedes ir preparando café.

—No lo tomaremos aquí —repuso él, sin saber si su amiga le había oído.

Unos segundos después, ya con tejanos y aún despeinada, Olimpia asomó curiosa la cabeza desde lo alto de la escalera.

—¿Ah, no? Pensaba que íbamos a ver juntos los regalos y todo eso.

—Más tarde, quizá... —dijo, enigmático, apoyado en la baranda—. Traigo una noticia por la que no sé si me vas a amar u odiar.

Olimpia corrió a su cuarto y regresó poco después con una blusa ligera y el sujetador en su sitio. Bajó los escalones con las bambas Converse aún desatadas.

—Vamos, canta —dijo mientras se sentaba en el primer peldaño a pelearse con los cordones y miraba de reojo las bolsas en el recibidor—. Hace tiempo que nadie me da una buena noticia.

—Te he conseguido un curro de verano. Bueno..., es tuyo al ochenta por ciento si no me haces quedar mal con la jefa. Quiere verte esta mañana.

—Das por supuesto que me interesará.

—Debería. Por mucho que te esfuerces, nunca adivinarás de qué se trata.

Dicho esto, Albert se limitó a cruzarse de brazos.

Olimpia pensó que, desde que había salido del armario, Albert estaba más cachas que nunca. Su torso de nadador se marcaba bajo el polo blanco. El pelo moreno cortado al tres hacía que sus ojos negros, siempre observadores, parecieran aún más grandes.

—Me rindo —concedió ella, ya de pie—. ¿De qué va ese curro?

—Es en la Wollstonecraft.

—¡Guau!

Impresionada, Olimpia no supo qué más decir. Aunque no era una gran lectora, aquella era su librería favorita y más de una vez había fantaseado con trabajar allí. Como si pudiera leer sus pensamientos, Albert bajó la voz para comentar:

—No te flipes, que el puesto aún no es tuyo. Te tiene que conocer la dueña, Lola, que ayer supe que es amiga de un tío mío. Esta mañana me ha llamado porque están buscando a alguien joven para el verano y le he dicho que eres la persona idónea... —Se detuvo a respirar hondo, más emocionado que ella—. Lo único es que hay un pero: no es para trabajar solo de librera.

Olimpia se pasó las manos por la blusa y los tejanos, tal vez demasiado informales para una entrevista de trabajo, antes de preguntar:

—¿Entonces...?

—Han abierto una cafetería —la interrumpió él—. Donde los cómics y las novelas gráficas, han puesto mesas y buscan a un estudiante para servir tés, cafés y pasteles. No creo que paguen mucho y, tratándose de esa sección, probablemente tengas que hacerte también cargo de ella. Pero tú

de cómics y tal sabes, ¿no?

—¡Por supuesto! —respondió ella con entusiasmo.

Hija de una pintora y de un economista con alma juvenil, Olimpia había aprendido a leer con Mafalda, Calvin & Hobbes, Astérix y Obélix… Y tardó poco en descubrir a Neil Gaiman, Alan Moore, Eisner, Frank Miller o los mangas japoneses más rocambolescos.

De repente, entendía por qué Albert había pensado en ella al enterarse de aquel trabajo.

—Lo habría aceptado también de haber sido una frutería. Necesito dinero, y prefiero pasar el verano ahí que en casa, muerta de asco… —Poseída súbitamente por una idea, levantó la mano un instante para rogarle—. Por cierto, espérame un segundo, hay algo que quiero mostrarte luego.

—¿Qué te has olvidado ahora? —protestó Albert al verla correr nuevamente escaleras arriba, pero esta vez no obtuvo respuesta.

# 4

# La exploradora inexperta

Situado en la periferia de Gràcia, el establecimiento contaba con un público fiel formado por hípsters, universitarias y sabios despistados. Haciendo honor a su nombre, en las paredes había retratos de Mary Wollstonecraft, filósofa y escritora, además de madre de Mary Shelley, que escribiría *Frankenstein* con poco más de dieciocho años.

Más que una librería, parecía un caótico almacén de libros donde era imposible encontrar lo que se buscaba. Como compensación, de allí siempre se salía con algún hallazgo inesperado.

Al final del local, una galería acristalada era el paraíso de los buscadores de novela gráfica y cómic existencial, dejando fuera las publicaciones de superhéroes. Era allí donde la excéntrica propietaria, a juzgar por lo que se decía de ella, había decidido inaugurar su café.

—Lola tardará un buen rato en llegar —les avisó un joven pálido y delgado que parecía nacido para trabajar en la Wollstonecraft—. Ha tenido que llevar a la gata al veterinario y no sé cuándo volverá.

—Da igual —dijo Olimpia con decisión—. La esperaremos aquí.

El librero se encogió de hombros y regresó a la caja, dejándolos en la galería.

Las seis mesas de hierro oxidado estaban cuidadosamente colocadas en el centro de la sección de cómic y novela gráfica. Aunque aún no había

servicio, un joven con camisa de cuadros, gafas de pasta y cabellos rizados estaba sentado con las manos sobre una libreta Moleskine, como si esperara a ser atendido por una camarera todavía inexistente.

Olimpia miró hacia la pequeña barra. La máquina de café y las cajas de té ya estaban allí, así como dos campanas de cristal vacías que protegerían la repostería de forma inminente.

—Te va a ir genial. Estás en tu medio natural —dijo Albert sacándola de sus pensamientos—, y no te costará aprender a servir infusiones y tartas. Lo difícil será saber encontrar lo que otros ni saben que buscan. Y más en medio de este caos…

Ella desvió nuevamente la mirada hacia el chico de la última mesa. Había abierto la Moleskine y ahora escribía con una estilográfica, acercando demasiado las gafas al papel.

—No creo que ese sea de novela gráfica —se limitó a comentar.

—Puede que no… —De repente Albert preguntó—: ¿Qué era eso que querías enseñarme? Creo que ya he esperado suficiente.

Con un gesto nervioso, Olimpia sacó de su bolsa de tela aquel insólito *Atlas del amor* y lo puso sobre la mesa.

—Lo compró mi padre en una isla griega.

Albert tocó las letras grabadas en la cubierta antes de abrir el volumen con cierta reverencia. Siempre le habían gustado las antigüedades, por eso había decidido estudiar Historia. Hizo una mueca de disgusto al llegar al mapa general de Europa y gruñó:

—Está garabateado.

—Sí…, pero parecen notas muy antiguas. Fíjate, están hechas con plumilla.

Estuvo a punto de añadir lo de Lord Byron, pero al ver que el chico de la libreta levantaba la cabeza, interesado, se contuvo.

Con el espíritu de un arqueólogo que descifra unas arcanas inscripciones, Albert empezó a leer las pequeñas notas diseminadas a lo largo del viejo continente.

—Este libro es una joyita —dijo, fascinado, mientras pasaba las páginas para comprobar que, en efecto, había elaboradas observaciones sobre cada continente del amor, incluyendo consejos en la parte inferior de las páginas.

En un murmullo, el chico leyó en voz alta la descripción del amante europeo.

—«Es proclive a la fantasía y proyecta en el ser amado sus deseos y

expectativas. Como una estrella fugaz que necesita quemarse.» Un intensito. Conozco unos cuantos así.

Olimpia se rio mientras Albert seguía pasando páginas. De vez en cuando asentía o abría los ojos mucho, como hacía siempre que algo le interesaba sobremanera.

—Esto es alucinante. Estoy flipando…

—Venía con esta carta —le dijo ella cuando terminó de hojearlo, y le entregó la nota sin pudor para que su amigo la leyera—. Lo compró en un anticuario y dice que pudo pertenecer a…

—Espera, ¿te vas a atrever? —la cortó él, emocionado, a la vez que bajaba enseguida la voz.

—¿A qué?

—A lo que te propone tu padre aquí abajo…, ¡a descubrir adónde pertenece tu corazón! Eres libre como el viento, Oli, y no te has atrevido a enamorarte desde… bueno, desde que estuvimos juntos. ¿Y si dedicaras el verano a explorar los cinco continentes del amor?

—¿Qué quiere decir *explorar*? —preguntó ella, molesta.

Albert se rio, travieso.

—Eso dependerá de lo que te inspire cada continente. Las grandes viajeras saben improvisar. Sería todo un reto y un gran aprendizaje, ¿no te parece? Aunque para eso tendrías que dejar el miedo en casa.

—¡Miedo! ¿Qué miedo? —replicó ella cada vez más irritada.

Albert le señaló entonces el chico de cabellos rizados, que volvía a estar concentrado en la escritura.

—Por ejemplo, ese… —le susurró—. ¿Te atreverías a hablar con él para averiguar su continente?

—No le conozco de nada.

—¡De eso se trata! De conocer gente nueva… Y encontrar tal vez el amor. Así podrás descubrir con qué tipo de amante te sientes más conectada.

—Desde que tienes novio, estás insoportable, Albert.

—¿Insoportablemente enamorado? —la corrigió con una mueca graciosa—. Bueno, la cuestión es que tienes todo el verano por delante y me has confesado más de una vez que estás deseando enamorarte, ¿o no?

—Bueno, sí, no sé… Quizá. Pero ¡no de cualquiera!

—Eso por supuesto. Pero para que eso suceda, tendrás que conocer a gente nueva, ¿no? Y este *Atlas del amor* me parece la excusa perfecta. —Olimpia le miró con escepticismo, y él suspiró—. Bueno, era solo una

sugerencia. Ya sé que no te atreverías a hacerlo…

—Creo que me subestimas —dijo ella poniéndose repentinamente de pie.

Mientras obligaba a sus pies a caminar hasta la última mesa, sintió el suelo inestable, como un explorador que toca tierra tras una larga y agotadora travesía marina.

***EL AMANTE EUROPEO***

*Conoce los secretos de la seducción*
*y domina los tiempos.*

*Proclive a la fantasía, proyecta en el ser amado*
*sus deseos y expectativas.*
*Esto hace que sea intenso, pero inconstante.*

*Es como una estrella fugaz que necesita quemarse.*

*Mientras dura su enamoramiento,*
*el amante europeo pondrá mucha atención en los*
*detalles: escogerá con esmero los gestos y las palabras*
*con las que se dirige a la persona elegida,*
*creará ambientes y momentos memorables,*
*en persona o escribiendo largas cartas*
*en las que volcará sus sentimientos.*

*El amante europeo siempre está muriendo*
*de amor o por amor.*

## 5

## Cartas a un amor perdido

—Perdona, ¿necesitas algo?

La frase se le había ocurrido entre el cuarto y el quinto paso hacia él. Más allá de aquellas tres palabras, tendría que improvisar.

El chico levantó la mirada y pareció tardar unos segundos en regresar al presente, como si lo que escribía le hubiera hecho viajar más allá de aquella cafetería, de aquel instante. Después sonrió sin decir nada.

—Es que... voy a empezar a trabajar aquí —añadió Olimpia—. En este café. Con las novelas gráficas y, bueno..., no sé..., ¿quieres que te recomiende alguna? Si te molesto, me voy, ¿eh? —concluyó, con la sangre acumulada en las mejillas.

Antes de que pudiera darse la vuelta, el chico puso el capuchón a la estilográfica y, con acento francés, dijo:

—Gracias por interrumpirme. Me había quedado seco de ideas. ¿Cuál me recomiendas?

Olimpia no esperaba esa respuesta. De hecho, lo más lógico habría sido que hubiera contestado que no, gracias, que estaba bien. Ahora que lo tenía cerca, le pareció que sus ojos eran de un azul intenso como las olas de la Costa Brava.

Tragó saliva y miró hacia la mesa de Albert. Su amigo disimulaba, entretenido con el móvil. Solo sus cejas alzadas en señal de interrogación le

confirmaban que estaba muy pendiente de su conversación.

—Mmm... ¿Y qué te gusta? —preguntó Olimpia.

—Me gustan las historias de amor. Y cuanto menos convencionales sean, mejor.

La seguridad casi cómica con la que hablaba hizo sonreír a Olimpia, que le pidió que aguardase hasta que diera con algo que le pudiera interesar.

Al pasar frente a Albert, su amigo alzó la cabeza y asintió con gesto orgulloso. Ella se encogió de hombros. ¡Ni siquiera trabajaba allí! Si entraba la propietaria de pronto, igual se molestaba y la descartaba para el puesto.

En medio de esas cavilaciones, un libro de la estantería más alta llamó su atención. Se trataba de una novela gráfica que su madre le había regalado unos meses atrás, antes de la desaparición de su padre. *Un océano de amor*, se titulaba, y contaba la historia de un marinero que se pierde en el mar y de su mujer, que hace todo cuanto está en sus manos para encontrarlo.

Aquello había sido una serendipia en toda regla; es decir, cuando sucede algo que has leído o escrito previamente.

Lo fascinante de aquella obra era que no tenía apenas texto: todo eran dibujos, como si de una película muda se tratase. Era poco convencional, como el chico le había pedido, y hablaba sobre los sacrificios del amor.

—Este... —dijo al depositar la enorme novela gráfica sobre la mesa del francés, que se puso a hojearla.

—Muy curioso —comentó—. Me llamo Bernard, por cierto.

—Olimpia. Y no te molesto más, voy a...

—No molestas —la interrumpió apartando su macuto de la silla libre para que se sentara—. ¿Así que vas a ser librera?

—Sí, ¡eso espero! De aquí a un rato tendré la entrevista con la propietaria. Reconozco que estoy muy nerviosa.

—Entonces le diré que me has aconsejado bien. De hecho, voy a comprarlo, pero esperaré a pagar a que ella venga, ¿okey?

Olimpia se rio.

—¿Y si no te gusta el cómic?

—Será mi propio sacrificio de amor, y estará bien hecho si así conseguimos que te contraten.

Olimpia se volvió a sonrojar. ¿Sacrificio de amor? Su manera de hablar le parecía encantadora, con aquel divertido acento galo, pero también le gustaba lo teatral que era gesticulando. En algunos momentos se acercaba

mucho a ella, como si compartieran una intimidad que trascendiera aquel encuentro, haciendo que su corazón latiera como un tambor.

Empezaba a entender que se hallaba ante un particular amante europeo, y enseguida le vinieron a la cabeza las advertencias del atlas.

—Esta es mi librería favorita, ¿sabes? —le dijo, más relajada.

—Yo es la primera vez que vengo. Buscaba una cafetería tranquila y apareció esta en el camino… El azar es sabio. En todo caso, si empiezas a trabajar aquí, también será mi librería favorita.

Olimpia volvió a sentir que se sonrojaba, pero por una razón distinta a la anterior. ¿Estaban flirteando? ¿Sin conocerse de nada? ¿Era así como solía suceder con el primer continente? ¿O solo se lo estaba imaginando? Albert tenía razón, tras el poco tiempo que estuvieron juntos, nunca había vivido nada parecido a una cita, y desde luego nunca un desconocido había tratado de ligar con ella… o ella con él.

—Bueno, no te entretengo más —dijo avergonzada y dispuesta a volver a la mesa de Albert.

—Por favor, no te vayas —le rogó Bernard bajando la voz, al tiempo que clavaba en ella sus ojos azules—. Ya tendré tiempo de sobra de terminar mi carta.

Ella le miró sorprendida.

—Creo que eres la primera persona que conozco que escribe cartas… ¿A quién se la enviarás?

—Si te soy sincero, no sé si llegaré a arrancar las hojas para enviarla. Solo sé que necesito escribirla… Como las otras —añadió, mostrándole las páginas llenas de palabras—. Son para mi exnovia.

Olimpia no tenía intención de preguntarle más al respecto, pero parecía que Bernard necesitaba desahogarse.

—Rompimos hace algunos meses. Nos amábamos más allá de lo razonable. Quizá por eso, al final, tuvimos que tomar rumbos distintos. Fue ella quien dio el paso.

—Cuánto lo siento…

—No, está bien. Estoy bien… Con estas cartas quiero que sepa que la perdono y que ella no tiene la culpa de que lo nuestro se terminara. Digamos que es mi manera de hacer cicatrizar mis heridas. ¿Sueno muy cursi?

—¿Cursi? Eh…, no, qué va. Y, ¿quién sabe? —añadió mirando a Albert de reojo—, quizá podáis ser amigos en el futuro.

Bernard la miró extasiado, como si Olimpia acabara de soltar un

brillante discurso, en vez de un lugar común mil veces repetido.

El hechizo se rompió cuando entró en la sala una mujer de pelo ensortijado color naranja que debía de rondar los cuarenta años. Su atuendo era cuando menos peculiar. Bajo una cazadora roja, lucía un vestido azul que dejaba a la vista su prominente pecho y unas medias finas que cubrían las piernas con un estampado de gatos negros. Sus zapatos recordaban a los de Judy Garland en su llegada a Oz.

—¡Buenos días, buenos días! —canturreó mientras depositaba en el suelo un trasportín—. ¡Óscar! ¿No quieres conocer a Minerva?

El pálido librero entró en la sección justo cuando aquella dama extravagante abría la portezuela del trasportín. Un felino atigrado salió por ella, se lamió la pata delantera y, de un brinco, se encaramó a una estantería dedicada al manga.

Como si aquel movimiento hubiera restablecido el equilibrio en el universo, la dueña del gato se giró entonces en dirección a Olimpia y la señaló cómicamente con el dedo, mientras gruñía:

—Sé quién eres. Así que quieres ser mi nueva empleada… —comentó al tiempo que se acercaba a la mesa—. No te imaginas los tormentos que te esperan aquí dentro. ¿Cómo te llamas?

—Olimpia —dijo poniéndose en pie para estrecharle la mano.

—Un nombre precioso. Me gusta.

Acto seguido, sus ojos resabiados se posaron en Albert, pasando de largo al francés y su libreta llena de cartas.

—Y tú tienes que ser el sobrino de mi amigo… Encantada de conocerte. Yo soy Lola. —Encarando de nuevo a Olimpia, concluyó—: Espero que me digas que te pirras por los cómics y las novelas gráficas.

Como si aquellas palabras hubieran activado un resorte secreto, en este punto Bernard alzó la voz:

—A mí me ha recomendado esta novela.

Lola lo miró como si quisiera fulminarlo —aquello significaba: «No he pedido tu opinión, cállate»—. Olimpia murmuró:

—Mi madre es pintora y siempre hemos tenido novelas gráficas en casa.

—Bien, vamos bien… ¿Has trabajado alguna vez de camarera?

—Pues… debo confesar que no.

—Da igual, la experiencia no es lo que te sucede, sino lo que haces con lo que te sucede, como decía Huxley. ¿Y qué te hace pensar que eres idónea para este puesto, Olimpia?

La pregunta la pilló completamente desprevenida. Debería haberse

preparado algo antes de presentarse, pero había sido todo tan precipitado…

—No sé si soy idónea —dijo, tratando de ordenar sus pensamientos—, pero aprendo rápido, no me importa trabajar duro y me gustan los retos. Además, conozco la Wollstonecraft desde niña, y me parece un lugar bonito para pasar el verano.

—¡Y a mí me ha convencido para que me lleve este cómic! —saltó nuevamente Bernard, a su espalda.

—No sé quién eres —le dijo Lola, entre seria y divertida—, pero no formas parte del comité de selección. En cualquier caso —devolvió la mirada a Olimpia—, creo que este puesto era tuyo incluso antes de que te conociera. Bienvenida a la familia Wollstonecraft. Óscar te enseñará a utilizar la caja para que puedas cobrar a este admirador tuyo.

En lugar de enfadarse, Bernard, con una sonrisa de orgullo, siguió a Olimpia hasta el mostrador, donde el delgado librero le explicó, sin ningún tipo de entusiasmo cómo proceder.

—Aquí tienes —dijo ella, nerviosa, al entregarle a Bernard la bolsa con la novela gráfica—. Espero que la disfrutes. Y… gracias.

—¡Gracias a ti! Solo una cosa más. ¿Te importaría apuntarme tu teléfono en el tíquet? Por si tengo que cambiarlo o algo…

Mientras Albert, a espaldas de Bernard, alzaba los brazos en señal de victoria, ella apuntó su número de móvil. Sorprendida, se dijo que aquel viejo atlas le estaba guiando por un nuevo y emocionante camino.

# 6

# El Big Bang de las relaciones

La luz del mediodía se filtraba a través de la persiana cerrada, dibujando rayas en el rostro de Olimpia, que acababa de cerrar los ojos. Tumbada en el diván, llevaba un largo minuto en silencio.

Eso no parecía importar a la terapeuta. Sentada a un metro de la paciente, la contemplaba como una especie única de ser humano. Hasta que el rugido de una moto circulando con exceso de velocidad pareció activarla de golpe.

—Entiendo, pues, que sigues resentida con tu padre.

—Ya no —respondió secamente.

—¿Ah, no? ¿Cómo es eso?

—Mi padre no existe…, aunque envíe cartas sin remite desde cualquier lugar del mundo. Para mí se ha convertido en un fantasma. ¿Y cómo puedo estar enfadada con un fantasma?

—Ajá…

Mercedes se pasó la mano por la cabellera prematuramente plateada. A pesar de sus más de cuarenta años, sus ojos destilaban un brillo inocente, casi infantil. Y como una niña, parecía divertirse haciendo las preguntas que nadie más se atrevía a formular.

—Si es un fantasma, ¿por qué te pones tensa al hablar de él?

Olimpia meditó un momento antes de contestar:

—No me gustan los fantasmas. Por cierto, he firmado mi primer contrato —añadió, cambiando de tema—. Trabajaré en el café de una librería.

—¡Eso es fantástico!

La efusividad de Mercedes la descolocó un poco. Tal vez pensara que era una inútil que iba a pasar el verano sin dar palo al agua, se dijo antes de introducir la segunda novedad:

—También tengo una cita con un chico, aunque…, bueno, no las tengo todas conmigo. En realidad, apenas le conozco.

—Todos los grandes amigos y amores, sin excepción, alguna vez han sido desconocidos. Cada relación es como un universo antes del Big Bang, Olimpia. Donde antes no había nada, de repente empieza a expandirse y a crearse un firmamento sobre tu cabeza. Y eso puede ocurrir de un día para otro.

—¿A ti te ha sucedido?

La terapeuta enmudeció ante aquella pregunta directa, pero no por demasiado tiempo.

—Pues claro, he tenido muchas primeras citas en mi vida.

—Quiero decir… Después de haber estado mucho tiempo sin salir con nadie, quedas con alguien que no sabes cómo es… solo porque se ha fijado en ti.

—¡Espero que también tú te hayas fijado en él! —dijo frunciendo el ceño.

—Bueno, es guapo, sí… Y romántico. Ah, y escribe muchas cartas a su exnovia. Eso no sé muy bien cómo tomármelo. Y ya. Prácticamente eso es todo lo que sé de él.

Mercedes rio sin que Olimpia entendiera dónde estaba la gracia.

—Eso me hace pensar en un novio que tuve más o menos a tu edad. También escribía mucho. Aunque nos hubiéramos visto aquella misma tarde, a la noche se ponía a escribir y me llegaba su carta al buzón un par de días después. Al principio, eso me pareció encantador.

—¿Y luego…?

—Tanta carta arriba y abajo me acabó cansando. Sobre todo, porque él esperaba que las contestara.

—Vaya, que se convirtió en todo un trabajo…

—Ciertamente sí, aunque no creas. Esa correspondencia hizo que nos conociéramos mucho, y aún hoy somos amigos. —Cambiando el tono de voz relajado por uno más serio, dijo—: Pero no estamos aquí para hablar de mí.

¿Cómo te sientes?

Olimpia se incorporó lentamente del diván hasta quedar sentada en el medio y miró a la terapeuta. Al principio le hacía gracia estar tumbada sin ver con quién hablaba. Lo había visto en películas antiguas. Sin embargo, no le gustaba ser observada sin poder ver la cara que ponía Mercedes. Se sentía en desventaja.

—¿Cómo me siento respecto a qué? —replicó, irritada—. ¿A la cita de mañana? ¿A mi trabajo nuevo? ¿A los fantasmas?

—Respecto a ti misma, Olimpia. Quiero saber cómo te sientes dentro de tu piel, ahora que eres mayor de edad y puedes hacer lo que te dé la gana con tu vida. ¿Te asusta esa libertad?

«Tocada y hundida», pensó la joven paciente, pero no estaba dispuesta a reconocerlo abiertamente.

—Más que asustada, estoy algo confundida. Como si llevara tiempo aletargada y de repente todo estuviera sucediendo a la vez. En cuestión de semanas he tenido que elegir carrera, he encontrado trabajo, ese chico ha aparecido… Todo es nuevo para mí.

Mercedes suspiró antes de comentar:

—Me temo que así será siempre a partir de ahora. Ser adulto conlleva eso.

—¿Qué conlleva?

—No tener ni puñetera idea de lo que va a pasar. Es como si hasta este momento hubieras caminado por una senda prefijada, la que te marcaban tus padres, pero ahora eres tú quien traza el camino. No hay carta de navegación para lo que vas a vivir. ¿No es emocionante?

—¿Y si la tuviera? —replicó Olimpia, que, al ver la mirada de sorpresa de la terapeuta, prosiguió—: ¿Y si existiera un atlas donde alguien mucho más sabio que yo hubiera llegado a comprender lo incomprensible?

—¿Qué es para ti lo incomprensible? —preguntó Mercedes un instante antes de que llamaran a la puerta.

La puerta se entreabrió y un hombre joven anunció con apuro:

—Tiene otro paciente en espera, doctora.

—Gracias por avisarme —dijo mirando su reloj—, no me había dado cuenta.

Mientras Olimpia dejaba sobre la mesa el dinero de la visita y atravesaba la consulta, mentalmente le contestó: «El amor. Lo más incomprensible es el amor».

Justo cuando salía por la puerta, Mercedes le dijo:

**—Feliz universo nuevo…**

# 7

## La noche de los poetas vivos

**Olimpia llegó a la entrada de los cines Verdi unos minutos antes de la hora acordada. El barrio de Gràcia bullía de colores y voces al atardecer. Barceloneses y extranjeros charlaban en distintas lenguas, entraban y salían de bares y se perdían por las calles colindantes sin imaginar lo importante que era para ella aquella tarde.**

**Sacó el móvil del bolsillo y comprobó la hora. Un minuto para las siete. ¿Y si no aparecía? ¿Y si le había tomado el pelo? ¿Y si le había pasado algo y no tenía manera de decirle que no llegaría y ella se pasaba la noche esperando allí, como la protagonista de tantas canciones trágicas?**

**—Hola…**

**El saludo interrumpió sus cábalas. Bernard se le había acercado por la espalda y ahora le sonreía con la cabeza inclinada hacia un lado.**

**—¡Hola! —exclamó ella, un poco más alto de lo que pretendía.**

**—Me alegra que hayas venido.**

**Sin darle tiempo a decir «Yo también», Bernard se inclinó hacia ella y le plantó cuatro besos alternativos en las mejillas, como era costumbre en París.**

**—¿Quieres ver alguna película o…? —preguntó Olimpia algo sofocada.**

**—No, pero me gusta quedar aquí porque me gustan los cines, ¿sabes? Son un poco como las librerías. Guaridas de historias. Edificios que**

contienen tantas emociones… Así siempre recordaremos que nuestra primera cita fue en la puerta de un cine.

Olimpia tragó saliva sin saber qué responder. Bernard hablaba con tanta pasión de todo, que era difícil hacer otra cosa que escucharle.

—Yo prefiero que vayamos a tomar algo a una terraza —dijo él—, que hace muy bueno, ¿verdad?

Sin darle oportunidad de opinar, echó a andar y Olimpia lo siguió. En el fondo, a ella tampoco le apetecía meterse en una sala oscura con alguien que acababa de conocer.

Encontraron una mesa libre en la plaza de la Virreina. Ella pidió un refresco y él un café con hielo.

—¿Sabes? Anoche no pegué ojo —explicó el francés—. Estaba ansioso por esta cita. Me puse a pensar en ti y entonces se me ocurrió una idea y tuve que escribirla. La inspiración, que no entiende de horarios, ya sabes…

—Ya, claro —dijo ella, algo cohibida—. ¿Y… puedo leerlo?

—Quizá algún día. Si te lo entrego todo hoy, ¿por qué querrías volver a quedar conmigo?

—¿Porque siempre habrá nuevas cosas que contarnos?

—*Touché.*

Olimpia tardó unos segundos en reconocer la expresión, tan perfectamente pronunciada con su acento galo, y se rio a destiempo. Al momento, pensó que igual no debería haber soltado una carcajada tan alta. Le sudaban las manos. ¿Por qué le sudaban las manos? Lo estaba haciendo todo mal. Ella no era tan ingeniosa como él. No había pensado nunca en el romanticismo de las puertas de un cine, ni se quedaba hasta la madrugada escribiendo nada. Como mucho, viendo una serie hasta terminarla. Por un instante, y por primera vez en la vida, deseó tener pasión por la pintura, como su madre. ¡O ser una experta en papiroflexia! Lo que fuera. Al menos así tendría algo que aportar a la conversación.

Afortunadamente, pensó, Bernard parecía muy cómodo hablando de él, de lo mucho que le gustaba Barcelona y de la experiencia tan revitalizante que estaba siendo para él vivir allí.

De vez en cuando le preguntaba a Olimpia por su vida, pero ya fuera porque sus respuestas eran vagas o porque directamente no eran interesantes, la conversación siempre se reconducía hacia él.

Bernard llevaba solo dos años en España, pero había tenido tiempo de ver más ciudades que ella en sus dieciocho años. «¿No has ido? ¡Tienes que ir!», «¿No lo has visto? ¡No puedes perdértelo!», repetía sin cesar a la vez

que se le encendían los ojos azules.

Lo único que lograba cortar su apasionado discurso era la pantalla del móvil, cada vez que se iluminaba al entrar un mensaje. La única vez que Olimpia había tratado de ver quién le escribía tanto, el francés le dio la vuelta al aparato y siguió hablando.

Cuando empezó a caer la noche, Bernard le propuso un nuevo plan.

—¡Acabo de tener una idea! ¿Quieres venir a mi lugar favorito?

—Eh…, claro.

Algo debía de estar haciendo bien, pensó Olimpia para tranquilizarse. Lo mismo no se estaba aburriendo tanto como ella se temía. De ser así, no le habría pedido seguir la cita en otro sitio, ¿verdad?

—Deja que te invite —añadió Bernard, cuando ella fue a sacar el monedero—. Insisto. Luego te tocará a ti, si quieres.

Acto seguido, empezaron a caminar en dirección al Eixample. Mientras atravesaban calles y plazas, Bernard no dejaba de contarle secretos sobre la ciudad. Mencionaba locales de los que ella nunca había oído hablar. Parecía que ella fuera la extranjera y él el autóctono.

Cuando Olimpia le preguntó cómo podía saber tanto sobre Barcelona, él le explicó que su exnovia trabajaba en el *Time Out* y que siempre estaba a la última de lo que sucedía.

Igual era su imaginación, pensó Olimpia, pero tuvo la impresión de que a Bernard le brillaban los ojos al hablar de esa joven desconocida. ¿Podía sentir celos de la exnovia de un chico al que acababa de conocer?

—¿Era a quien le escribías las cartas el otro día?

El gesto de Bernard se ensombreció mientras asentía.

—Me hizo mucho daño, ¿sabes? Sé que no lo hizo aposta. En fin…, yo solo espero que le vaya todo bien. Ojalá pudiera olvidarla.

Parecía realmente abatido con el recuerdo. No debería haberle preguntado, se riñó Olimpia. ¿Cómo podía ser tan torpe? Si Albert estuviera allí, se habría llevado la mano a la frente. Hablar de exnovias se consideraba tema vetado. En Barcelona y en la China oriental. No necesitaba ningún atlas para saber aquello.

—Es aquí —anunció el chico al llegar a la puerta de un local.

Sobre ella, un cartel rezaba: EL ESPINARIO.

Lo primero que le llamó la atención a Olimpia cuando entraron fue el silencio. La gente, repartida por los sillones arrimados a la pared, sentada alrededor de las mesas bajas o bien en la barra, hablaba en susurros.

Bernard saludó al camarero y este alzó la barbilla en señal de

reconocimiento, lo cual demostraba que era un cliente habitual. Se escurrieron entre la gente hasta encontrar un par de sillas vacías.

Al fondo del local, había un pequeño escenario con un micrófono.

—¿Es un sitio de monólogos? —preguntó ella.

—Mejor que eso: una vez al mes organizan La Noche de los Poetas Vivos, y puede venir cualquiera a leer sus textos. ¡Me encanta este lugar! La gente desnuda su alma de una manera tan visceral que… ¡Perdona! —Bernard interrumpió su discurso para llamar al camarero—. Yo quiero una cerveza y unas alitas de pollo, que invita ella y hay que aprovechar.

El comentario se le atragantó a Olimpia, que pensó que debía de ser una broma. De no ser así, esperaba llevar suficiente dinero, porque aún tardaría en cobrar su sueldo en la librería. Por si acaso, se limitó a pedir un agua fría. Ya comería algo cuando llegara por la noche a casa.

En cuanto se hubo marchado el camarero, un foco se encendió sobre el centro del escenario y subió una chica con una flauta travesera. Después de presentarse, se llevó el instrumento a los labios y, entre tonada y tonada, recitó versos de un poema que le había escrito a su gato.

Al terminar, el público aplaudió con relativa efusividad. Tras ella, subieron dos chicos ligeramente borrachos que habían preparado un diálogo que pretendía ser humorístico. Les siguió un hombre de aspecto cetrino que leyó varias páginas de su diario. Luego una adolescente leyó con pasión un poema verdaderamente tétrico, que tenía como protagonista un cadáver que se pudre al margen de un camino.

—Dedicado a Baudelaire —dijo como colofón.

—*Merveilleux!* —gritó Bernard, mientras daba buena cuenta de las alitas y la cerveza; al ver que Olimpia lo miraba de reojo, le ofreció que picara de su plato—. Lo que he dicho antes de que invitabas tú era broma, ¿eh?

Ella sonrió, más tranquila, y le robó un trozo de pollo.

—Gracias.

Cuando terminaron de cenar, Bernard tomó un puñado de servilletas de papel, le dio un par a ella y, tras limpiarse los labios, se levantó.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Olimpia, sorprendida.

—Quédate aquí, te lo ruego… —le pidió él, al tiempo que sacaba del bolsillo un papel doblado.

Bernard caminó entonces muy seguro entre las mesas hasta el estrado, ahora vacío, y se colocó frente al micrófono.

Olimpia se quedó paralizada. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a…? ¿Delante de toda esa gente? El corazón se le aceleró de pronto.

—¡Buenas noches! —saludó, comprobando que el micro funcionaba—. Para esta velada he arrancado un texto de mis entrañas que me gustaría compartir con vosotros, pero sobre todo con la persona que me lo ha inspirado: Olimpia.

Por si aquello no fuera suficiente, Bernard la señaló con la palma de la mano, y la gente se volvió para mirarla. Casi agazapada, ella bebió agua para que no la vieran ponerse roja.

Bernard se aclaró la garganta y comenzó a recitar:

—«Siempre queremos estar donde no estamos, ser quienes no somos, aparentar lo que no somos… Hasta que conocemos por fin a quien nos hace sentir únicos, especiales, perfectos. Esa persona ha llegado a mi vida y trabaja en una librería alternativa, y sus sueños abrazan los míos.»

Olimpia, en su asiento, se encogió como si cada palabra del chico le estuviera cayendo sobre los hombros. Era para ella. Aquel texto hablaba *de ella.* ¿Cuándo lo había escrito? ¡Si apenas se conocían! «Proclive a la fantasía, intenso pero inconstante, mientras dura su enamoramiento…» Las frases del atlas rebotaban en su cabeza haciendo coros a la voz del chico.

—«Sus ojos me recuerdan a los verdes prados de Normandía, tierra de mis abuelos. Porque no nos conocemos, nos reconocemos. No nos encontramos, nos reencontramos. No nos descubrimos, nos redescubrimos. El pasado es solo el mapa que nos ha traído hasta aquí. Y el futuro ya estaba contenido en nuestra primera mirada, en el primer aliento compartido, en aquel primer saludo en una cafetería, entre un puñado de viñetas. Ese futuro nos aguarda en nuestro primer beso, preludio de un universo compartido que no tiene fin.»

El público que llenaba el bar tardó unos segundos en reaccionar, pero los primeros tímidos aplausos dieron paso a una ovación general. Solo una chica, sentada cerca de Olimpia, se puso de pie y masculló en voz alta:

—Manda narices, el capullo este… —y se alejó en dirección a la salida.

Ella se volvió a mirarla, pero todo estaba sucediendo tan deprisa que no le quedó claro si se refería al francés o a otra persona. Además, en ese momento, Bernard regresó junto a ella y se puso de rodillas. Sin darle tiempo a reaccionar, con los aplausos del bar de fondo, la besó en los labios.

# 8

# Noche y día… y noche

**Un bostezo se apoderó de Olimpia, apoyada en la barra de la cafetería casi desierta a aquella hora de la mañana. Desde que abriera a las diez, solo habían ido tres clientes. Por el precio de un café, un melenudo había leído varios mangas sin comprar ninguno. Luego dos quinceañeras habían estado de cháchara mientras compartían un pastel de zanahoria.**

**La poca actividad la estaba sumiendo en un sueño plomizo en el que las impresiones de la noche anterior —aún no sabía qué pensar— parecían flotar sobre las mesas vacías. Desde que las chicas del pastel se habían ido, su cabeza vagaba sin cesar en un estado de ensoñación.**

**En el momento crítico en el que se le cerraban los ojos, un cruasán relleno de jamón y queso aterrizó sobre la barra.**

**El aroma de la pasta caliente despertó los sentidos de Olimpia, que se sorprendió al ver el rostro anguloso de Óscar frente a ella. La camisa de rayas abotonada hasta el cuello le hacía parecer aún más delgado, mientras que sus ojos, ampliados por las gafas de alta graduación, le hacían pensar en un adorable búho.**

**—¿De dónde has salido? —preguntó ella, aspirando el cruasán humeante.**

**—Me he escapado a la cafetería de al lado… —confesó en un tono de voz tan bajo que Olimpia necesitó acercar su oído—. En medio de tanto**

pastel y *muffin*, he pensado que te apetecería algo caliente y salado.

Dicho esto, pareció que al joven librero se le terminaran las pilas. Como una sombra huidiza, cruzó discretamente la sección de novela gráfica hasta regresar a su puesto en la caja. Olimpia mordió el cruasán relleno de jamón y queso mientras intentaba entender a aquel chico extraño que, atento y casi siempre silencioso, respondía a sus necesidades incluso antes de que ella misma fuera consciente de ellas. Todo lo contrario que Bernard, que debía de haberse desvelado de su sueño de poeta, ya que empezó a dispararle whatsapps como un fusil de repetición.

Se disponía a abrir la ristra de mensajes cuando Albert entró en el café con el pelo mojado y una camiseta ajustada de Megan Rappinoe, la heroína del Mundial de Fútbol, con el dorsal 15.

—¿De dónde vienes? —le preguntó tras abandonar la barra, aprovechando que no había ningún cliente.

—Del gimnasio. Vengo a saber cómo fue tu cita con el amante europeo.

Olimpia ocupó con él la mesa más cercana a la barra y su smartphone vibró un par de veces más. Esto no pasó desapercibido a Albert, que con media sonrisa comentó:

—Veo que muy bien… ¿Qué pasó?

Los ojos verdes de Olimpia barrieron brevemente el café para asegurarse de que estaban solos. Luego le explicó la cita, desde el encuentro frente al cine hasta el primer beso en El Espinario.

—¿Y qué más? —preguntó él, impaciente.

—Regresamos caminando a Gràcia y nos sentamos a charlar un par de horas en la plaza del Sol, donde había un montón de gente haciendo botellón.

—No parece muy romántico…

—Pues a él sí se lo pareció —dijo Olimpia—. Aunque Bernard lee poesía del siglo XIX, dice que tiene alma de poeta urbano. La ciudad le inspira porque dice que es en medio de las multitudes donde se vive la verdadera soledad.

—Ya… —Albert esbozó una sonrisa socarrona—. Pero ¿qué más hiciste con el franchute? Aparte de hablar de *cosas profundas*, quiero decir…

—Oye, ¡no te cachondees! —protestó Olimpia—. Si quieres saber si nos besamos, sí: nos besamos. Pero al principio fue un poco… raro. Bueno, raro no, inesperado. Sucedió en el bar, después de leerme un texto que yo le había inspirado.

—¡¿Cómo?!

—Sí, sí, como lo oyes. Que ahora soy su musa. ¿Qué te parece?

—Una fantasía de radionovela. ¿Y cómo besa?

—Pues realmente bien. Pero la cosa no fue más allá. Hacia las dos me acompañó a casa y, al llegar a la puerta…

—¡¿Qué?!

En este punto, Olimpia empezó a enfadarse.

—¿No eres un poco cotilla? Pues estuvimos un buen rato abrazados y, antes de meterme en casa, me dijo algo muy cursi.

Albert la miró interrogativamente, instándola a seguir.

—Me susurró al oído algo así: «Me gustaría entrar contigo ahí dentro y besarte hasta el fin de la noche, hasta que se nos gastasen los labios, pero sé que no puede ser…».

—Y tú le dirías que estaba completamente equivocado y que por supuesto que podía ser, ¿no? Si tu madre estaba en casa, podríais haberlo hecho en las escaleras.

—Pues no —replicó irritada—. Le dije que tenía razón, que tenía que dormir para venir a trabajar.

—¿En serio? Tú siempre tan fría y científica… Pero ¿te gustó o no la cita con el amante europeo?

Tras unos instantes pensativa, Olimpia concluyó:

—Me ha removido cosas, pero no te sabría concretar cuáles… Me cae bien, pero es un poco extravagante… Creo que está pasando todo demasiado rápido, o con demasiada intensidad.

—¿Es que acaso la pasión debe tener una intensidad concreta?

—Pues sí, la que la otra persona puede sostener. Y, no sé, lo del poema en el bar, el beso de rodillas delante de todo el mundo, las cosas que me decía… Es *too much*. Será tal vez que soy una pardilla, pero tengo la sensación de que él va esprintando y yo aún camino a gatas. O lo mismo es cosa de amantes europeos y yo, visto lo visto, no lo soy.

—Dale tiempo.

—Si es que ese es el problema: que parece que no lo hay, aunque me encanta que me escriba. Nos hemos pasado todo el camino hasta aquí mandándonos mensajes. No sé qué pensar…

Juntos repasaron fugazmente una veintena de mensajes inconexos. Había declaraciones de amor como «Tú, yo y la eternidad», junto a versos que eran demasiado buenos para ser de Bernard, pero también había guerras de memes sacados de internet y muchos emoticonos de risas por parte de ambos.

**El último era un mensaje más escueto que los anteriores:**

BERN
Necesito verte mañana por la noche.

Los ojos almendrados de Albert se abrieron, como un espectador que asiste al momento cumbre de una competición. Al notar su interés, ella puso los ojos en blanco, después lo miró divertida y tecleó delante de él.

OLIMPIA
Yo también.
¿Dónde?

# 9

# Todos los gatos pardos

—¿Otra vez sales?

Olimpia dio un respingo al escuchar la voz de su madre desde la puerta. Estaba tan concentrada en hacerse la raya del ojo que no la había oído llegar.

—Sí. He… quedado.

—¿Con quién? —preguntó inquisitiva.

—Con un amigo.

—Olimpia, ¿tienes novio?

—¡Mamá! —De los nervios, se le había ido el trazo y ahora parecía un mapache—. He dicho que con un amigo.

—Vale, vale… —cedió su madre—. Te iba a proponer una noche de chicas, como antes…

Antes era hace mucho tiempo. Antes era cuando su madre disfrutaba del caos del trabajo, las exposiciones y las reuniones con marchantes. Cuando su padre aún estaba con ellas. Olimpia interrumpió el movimiento del lápiz y se volvió hacia ella, avergonzada. Cierto: era martes. Pero hacía tantos martes en los que no hacían noche de chicas que ni se lo había planteado. La mirada de su madre la hizo sentir culpable. Pero ahora que por fin ella tenía una cita, no se veía con fuerzas de recuperar la tradición.

—Lo siento —dijo—. Si quieres, otro día podemos…

—Claro, da igual. Otro día, mejor. Bajaré al estudio y aprovecharé para avanzar con la nueva exposición.

Olimpia sabía que no le daba igual y que aquella sonrisa era tan frágil como los lienzos sobre los que pintaba. Valoró escribir a Bernard y cancelar la cita, pero al tomar el móvil vio que tenía otra docena de mensajes del chico, una especie de cuenta atrás mezclada con versos hasta la hora acordada, y un latigazo de emoción le recorrió el espinazo y la hizo sonreír. Ya compensaría a su madre de algún modo.

Habían quedado a la salida del metro de Arc de Triomf y, para cuando Olimpia llegó, Bernard ya estaba allí. Al verla, él se lanzó a abrazarla y le dio un largo beso en los labios.

—No he dejado de pensar en ti, ¿sabes? —dijo, cuando se separaron—. Te va a encantar el lugar que he reservado. Nunca habrás estado en un lugar parecido…

Caminaron por el paseo desde el Arc del Triomf hacia el restaurante, esquivando *skaters*, parejas fotografiándose a la luz del atardecer y pompas de jabón gigantes.

Antes de llegar a su destino, Bernard se detuvo para hacerse un selfi con Olimpia, con las palmeras del paseo de fondo. Cuando la besó en el instante de hacer clic, ella se sintió un poco ridícula, pero también emocionada: había llegado a pensar que ya nunca viviría algo así, y menos dos días después de haber conocido a un chico.

Acto seguido, él la compartió con ella por WhatsApp. Tuvo que reconocer que le gustaba la imagen radiante de los dos en aquella instantánea.

El restaurante se llamaba Dans le Noir, y, nada más entrar, Olimpia comprendió que se trataba, en efecto, de un local poco corriente.

En una sala de espera con cortinas negras, un hombre les explicó, junto al resto de los comensales, que estaban a punto de vivir una experiencia única. Cenarían totalmente a oscuras. Sin ver ni siquiera lo que les iban a servir. Sus camareros serían invidentes y, por primera vez, ellos serían los que se sentirían perdidos sin uno de los sentidos. También les advirtió que trataran de modular el volumen de voz porque, al no ver la distancia a la que se encontraban los demás, era habitual gritar.

Olimpia estaba emocionada: una de sus películas favoritas, *Una cuestión de tiempo*, comenzaba en un restaurante como aquel.

Cuando llegó su turno para entrar, tuvieron que ponerse en fila india, encabezada por un chico ciego que se presentó como Félix. Caminaron tras

él hacia el interior del local con una mano puesta sobre el hombro de quien tenían delante.

La claridad se fue haciendo cada vez más tenue por el pasillo hasta que, de pronto, tras una pesada cortina, desapareció todo rastro de luz.

El primer impulso de Olimpia fue darse la vuelta para salir de allí, pero siguió caminando. Su respiración de pronto le parecía más alta y era muy consciente de la textura de la camiseta del chico de delante, en cuyo hombro apoyaba la mano.

Una vez sentados en la más completa negrura, Félix les aclaró que no debían moverse sin avisarle previamente o podían provocar un accidente. A continuación, les sirvió una copa de vino a cada uno que agarraron a tientas. Cuando las tuvieron bien sujetas, se atrevieron a brindar.

—Qué lugar más extraño… —dijo Olimpia, y hasta su voz le sonó diferente en aquella oscuridad, como si estuviera en lo profundo del océano.

—¿Te das cuenta? Yo podría ser cualquiera ahora mismo y tú también…, pero tu voz, tu aroma, el hilo invisible que nos une me confirma en todo momento que estás aquí.

De pronto, los dedos de Bernard, que habían reptado por el mantel, alcanzaron su mano. Pero en lugar de detenerse allí, aquella mano invisible siguió su avance, acariciando el interior de su brazo hasta que, con una risita incómoda, ella se apartó.

—Para, me haces cosquillas…

En ese preciso instante, el camarero regresó y les anunció que les traía el primer plato. Olimpia respiró aliviada. No estaba tan relajada como debería. A diferencia de Bernard, a ella le ponía nerviosa tenerlo tan cerca y no verlo.

Félix les explicó que en el plato encontrarían tres elementos distintos y que podían comerlos con las manos o atreverse a utilizar los cubiertos. Olimpia ni se lo pensó: tocó la comida con los dedos e intuyó una especie de empanadilla con salsa, un rollito de verduras y una crema en un vasito que se bebió de un trago. Mientras tanto, Bernard no dejaba de sorprenderse entre carcajadas con cada sabor nuevo.

—¿Verdad que es como descubrir la comida por primera vez?

—No sé… —decía Olimpia, cada vez más agobiada—. Pero está rica.

—Está deliciosa.

Con el segundo plato, la cosa se animó. Olimpia tardó en reconocer el codillo y el puré de patata, y para entonces ya tenía las manos

embadurnadas. Se sentía como una niña pequeña, comiendo con las manos sin que nadie la regañase. Mientras tanto, Bernard no había dejado de hablar en ningún momento: comentaba lo fácil que le estaba siendo comer con cubiertos, recitaba poemas de memoria, contaba anécdotas de su exnovia, lanzaba teorías inflamadas sobre el amor…

—Por cierto —dijo de pronto, cuando les trajeron los postres—. Quiero intentar darte un beso en la oscuridad.

De nuevo, no esperó a su respuesta. Olimpia escuchó de repente un ruido sobre la mesa y, al instante siguiente, sintió los labios de Bernard buscando los suyos. Pero aquello no fue lo único que notó. Las manos del chico también se escurrieron por sus brazos hasta alcanzar su cuello mientras buscaba su boca. Y no se detuvieron ahí. Los dedos se deslizaron por su clavícula y, tras un descenso en vertical, de pronto notó cómo le agarraba los pechos.

—Pero ¡¿qué…?!

Olimpia le pegó un manotazo a la oscuridad y alcanzó a Bernard en los brazos, que se replegaron como tentáculos. Pero también atizó a las copas, que chocaron contra los platos al caer, derramando su contenido entre una lluvia invisible de añicos.

Las personas de las mesas colindantes preguntaron, asustadas, qué estaba pasando. Olimpia sintió que, además de la luz, le habían arrebatado de pronto el aire y no podía respirar. Ignorando las advertencias del camarero, se puso de pie.

—¡Olimpia! ¿Adónde vas? —le preguntó Bernard—. Perdón, creí que…

Pero ella no respondió. Necesitaba salir de allí. Ver. Escapar. Aquello no estaba saliendo como en su película favorita.

Tanteó la oscuridad en busca de las cortinas que habían atravesado antes de entrar en el salón, pero por el camino solo encontró cabezas de gente asustada que se quejaba y sillas que chocaban con la punta de sus zapatillas.

—¡Señorita, quédese quieta! —le pidió una voz que reconoció como la de Félix.

De nuevo, Olimpia ignoró la orden y siguió avanzando hasta que, al fin, encontró la ansiada cortina. La apartó con torpeza y caminó por el pasillo con las manos pegadas a la pared hasta que, al fin, llegó al vestíbulo.

Tras ella dejaba una algarabía de voces, entre ellas la de Bernard, que le suplicaba que volviera, pero Olimpia continuó huyendo y, a diferencia de Orfeo, lo hizo sola y sin volver la vista atrás.

# 10

## Más lejos que el fin del mundo

**Antes de que Bernard lograra salir de aquel pozo de oscuridad, ella se apresuró por el paseo de Picasso con una mezcla de furia, tristeza y confusión. Aquel tipo había dado por hecho que podía magrearla sin su consentimiento. Bernard le gustaba, pero aquello había sobrepasado todas sus líneas rojas. En un libro había leído una frase de Hermes Trimegisto, tal vez el maestro más antiguo de la humanidad, que decía: «Como es adentro, es afuera», y Olimpia no tardaría en descubrir hasta qué extremo eso era verdad.**

**La tormenta que se había desatado en su interior fue quizá lo que la impulsó a actuar como estaba a punto de hacerlo en ese momento, delante del parque de la Ciutadella. Todo sucedió muy rápidamente, pero ella lo vio como una sucesión de planos de una película.**

**Una chica alta y delgada de aspecto nórdico hablaba despreocupada por su móvil, cuando un ciclista que se acercaba por detrás casi la rozó al pasarla por la derecha… Antes de que le arrancara el bolso que colgaba de su hombro, Olimpia ya sabía que iba a hacerlo.**

**Dicen que los futbolistas excepcionales se distinguen del resto porque ven las acciones en cámara lenta, y eso les permite anticiparse a las jugadas, robar balones y engañar a los oponentes con una asombrosa facilidad. Después de aquella noche para olvidar, Olimpia tuvo un fogonazo**

de esa lucidez.

Sin pensarlo ni un instante, empujó lateralmente al ciclista al pasar junto a ella.

Al caer de costado, el hombre aterrizó con ambas manos para minimizar los daños. Esto le obligó a soltar el bolso, que fue rápidamente capturado por Olimpia, quien, como en un partido de rugby, se lo lanzó a su propietaria, que llegaba corriendo.

Tras enderezar la bicicleta, los ojos del ladrón frustrado brillaron mientras le enseñaba una navaja.

—Debería rajarte.

En estado de shock, Olimpia se limitó a aguantarle la mirada.

Cuando aquel tipo de cabeza rasurada salió pedaleando, sintió que las fuerzas le abandonaban de golpe. Se habría sentado en el suelo ante aquella flojera repentina, de no ser porque la chica la abrazó con una fuerza inusitada. Por su acento, confirmó su impresión de que era extranjera.

—¡Gracias, gracias, gracias! —dijo con lágrimas en los ojos—. Es impresionante lo que has hecho. ¿Sabes que en este bolso llevo mi pasaporte, mis ahorros, mi cámara…, toda mi vida? —Siguiendo un arrebato, aunque el ladrón ya no estaba allí, gritó—: ¡Jódete, cabrón!

Sin soltar todavía a Olimpia, declaró:

—Eres mi heroína. ¿Tú cómo estás?

¿Que cómo estaba? Acababan de amenazarla de muerte y había evitado que robaran a una desconocida. La mezcla de adrenalina y temor a que aquel hombre volviera terminó por vencerla y al final se sentó en el suelo para recuperar la respiración.

—Te entiendo —dijo la chica—. Bueno, yo me llamo Gudrun.

—Yo Olimpia —respondió ella, y se saludaron con dos besos—. Puedes… puedes irte si quieres, ¿eh? Se me pasará enseguida.

—¿Cómo me voy a ir y dejar sola a mi salvadora? Yo me quedo aquí hasta que estés mejor.

Olimpia le agradeció el gesto. En el fondo no quería quedarse sola. Pero tampoco quería pensar en lo ocurrido. Por suerte, la chica parecía leerle la mente y empezó a contarle que venía de ver un concierto en el que había tocado un amigo bajista.

—No ha estado mal, y encima había barra libre de cervezas. Y a mí es que todo lo libre me puede.

Olimpia se rio y le contó dónde había estado ella, evitando mencionar a Bernard. Al cabo de un rato, se sintió mucho mejor.

—Oye, en serio, ya me encuentro mejor —dijo, y se levantó para demostrarlo—. Seguro que te están esperando en alguna parte.

—En una fiesta. Puedo llegar cuando quiera. De hecho, ¿te apetece venir? ¡Va, por favor! Es la única manera que tengo de pagarte lo que has hecho —le rogó, y sus ojos centellearon aún más bajo la luz de las farolas.

Olimpia no supo qué contestar. Si ya había sido raro ir a un restaurante a oscuras con un chico al que solo había visto un par de veces, presentarse en una fiesta de una desconocida era subir un peldaño más en su ascenso a la montaña del caos.

—Solo nos tomaremos una cerveza para quitarnos el susto y el mal rollo de encima. Luego te libero. Prometido.

Olimpia sonrió y asintió, convencida. Gudrun dio una palmada y le plantó un beso en la mejilla.

Durante el camino hacia el apartamento, que quedaba cerca de la Sagrada Familia, Gudrun le contó que era danesa y que, a pesar de tener solo veinte años, había vivido ya en media docena de países.

—Ahora mismo estoy con una beca Erasmus en la facultad de Arquitectura, aunque no me han visto demasiado por allí —le explicó mientras la instaba a caminar más rápido—. La fiesta a la que vamos ahora la han organizado unos amigos, y vendrá un montón de gente.

Olimpia estuvo a punto de decirle que aquel plan no la seducía. La cena había sido agotadora y su «acto heroico» la había dejado planchada. Sin embargo, había algo en aquella chica de cuello largo y pelo rubio revuelto que la atraía. Tal vez fuera la energía y el entusiasmo con los que hablaba, que hacían que las historias que contaba, aunque no tuvieran ninguna importancia, quedaran vestidas de un aura mítica.

—En esa fiesta habrá al menos quince nacionalidades. ¿Cuál es tu *top five* de los países en los que has estado?

—No te sabría decir… —repuso sintiéndose, de repente, provinciana—. He viajado con mis padres a París, a Italia y a lugares así, pero vivir…, siempre he vivido en Barcelona. Mi padre, en cambio, está dando la vuelta al mundo en un pequeño barco.

Olimpia se arrepintió de haberle contado aquella confidencia. Y no tanto porque no se conocieran de nada, algo que ya estaban remediando, sino porque no le apetecía ahondar en la herida.

Sin embargo, Gudrun enseguida llevó la conversación a su terreno:

—Mi viejo es igual. De hecho, cuando yo era pequeña, vivíamos en un barco en el puerto de Aarhus. Supongo que la locura viajera me viene de él.

Si algún día vienes a visitarme, le pediré que nos lleve a navegar por los fiordos noruegos. Iremos juntas a una sauna al aire libre y luego nos arrojaremos desnudas al agua helada, como hacen allí.

En medio de aquella charla, llegaron a una finca donde un tipo cargado con un pack de cervezas estaba llamando al timbre. A él se unió por detrás una chica con peinado afro que, a modo de saludo, saltó hasta subirse a caballo sobre él.

—Tengo que confesarte algo… —murmuró Olimpia—. Me da vergüenza meterme en tu fiesta. No se me da bien hacer nuevos amigos. Y por lo que me has dicho, todos tenéis historias increíbles que contar. ¿Qué puedo explicar yo, si quizá lo más emocionante que he vivido haya sido recuperar tu bolso?

Gudrun acarició su mejilla y, desde los quince centímetros de altura que le llevaba, abrió sus ojos increíblemente claros al responder:

—Da igual que hayas visto mucho o poco… Lo que has hecho hoy no ha sido solo recuperar mi bolso, te has arriesgado por alguien que no conocías. Eso demuestra que tienes corazón, y eso vale más que todos los viajes que se puedan hacer sobre la faz de la Tierra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Olimpia, impresionada.

—Te lo explicaré con un proverbio danés: el fondo del corazón está más lejos que el fin del mundo.

# 11

# Nadie es una isla

**Aquella fiesta era caos, era música, eran risas, y olor a marihuana y a sudor. Era todo lo que Olimpia siempre había imaginado que serían las fiestas a las que nunca la invitaban. Las que salían en las películas y en las series juveniles de televisión.**

**El piso era enorme y de techos altos, con un pasillo que se bifurcaba en dos y volvía a reencontrarse en un amplio salón con terraza. Gudrun no le soltó la mano en ningún momento. Mientras la danesa saludaba con besos, abrazos y grititos de alegría a todo el mundo, Olimpia la seguía con una sonrisa esquiva e iba saludando a la gente. Todos tenían una palabra amable para ella y le ofrecían bebida o comida después de presentarse.**

**Aquel no era su ambiente. Ella era más de quedar con Albert y sus amigos de siempre, de ver películas en casa, de pedir pizzas, de jugar a la videoconsola o de matar las horas desternillándose con vídeos de YouTube. Pero, entonces, ¿por qué no argüía alguna excusa y se marchaba de allí? La respuesta era evidente: porque en el fondo sentía curiosidad y todo el mundo parecía encantador. Era como si se estuviera viendo en tercera persona y el deseo de ver dónde terminaba todo aquello fuera demasiado imperioso.**

**—Y estos son Calvin, de Los Ángeles, y Heidi, de Munich —concluyó la danesa, ya en la terraza del piso—. Chicos, os presento a Olimpia.**

—Encantada —respondió ella, tras abrazar al joven de aspecto atlético y piel pecosa y a la morena de ojos azules.

—¡No estás bebiendo nada! ¿Quieres cerveza? —preguntó Calvin, con marcado acento inglés.

Su primer impulso fue contestar que no. Aunque Albert le insistía en que tenía que probarla más para acostumbrarse a su gusto, ella todavía no le había encontrado la gracia a su sabor. Sin embargo, aquella noche, con la adrenalina aún disparada, estaba dispuesta a darle una nueva oportunidad y dijo que sí.

A caballo entre el español, el inglés y alguna palabra en danés, Gudrun les contó a sus amigos la hazaña de Olimpia y todos brindaron a su salud. Los tres se habían conocido en la facultad de Arquitectura y desde el principio habían congeniado como un equipo.

—Barcelona es como un puzle inacabado —decía Heidi, mientras les abría la tercera ronda de cervezas—. Siempre hay piezas con las que encajar, pero el dibujo nunca se completa.

—Como las obras de Gaudí.

—*Yes!* —exclamó el americano—. Encajas con un grupo de personas que vienen de distintos lugares y te mueves con ellos.

—Ya lo dijo el poeta John Donne —explicó Gudrun en inglés—: «Nadie es una isla por completo en sí mismo; cada persona es un pedazo de un continente, una parte de la Tierra».

De pronto, alguien cambió la música en el salón y los tres amigos aullaron emocionados. Era su canción, supuso Olimpia, antes de que la danesa volviera a agarrarla de la mano y la llevara adentro con ellos, donde comenzaron a saltar y a gritar al ritmo de *Dancing on my Own*, de Robyn.

En algún punto entre la tercera y la cuarta cerveza, el tiempo comenzó a deshilacharse para Olimpia y la vergüenza dio paso a una euforia desenfrenada. Su cuerpo respondía al ritmo de las canciones y a los gestos cariñosos de sus nuevos amigos. Los ojos de Gudrun eran un faro en mitad de aquella tempestad multicolor. Siempre que la miraba, ella la estaba observando con curiosidad, ternura y algo más que Olimpia era incapaz de descifrar, pero que le gustaba.

Las manos de la danesa resultaban cálidas al contacto con su piel. Parecía preguntarle si estaba bien, si se divertía, si quería bailar un poco más. Y, también con sus manos, Olimpia le contestaba que sí. Que no quería que aquella noche se acabase. Que, de pronto, Bernard, el atlas y hasta su padre parecían una frontera distante, el continente más allá del

mar en el que se había convertido aquella noche, lejos del archipiélago que había formado con aquellos desconocidos. Con Gudrun.

Así siguieron, piel contra piel, mirada contra mirada, hasta que las ganas de ir al baño fueron superiores. Casi le dolió tener que separarse de la danesa, pero la urgencia era extrema. Gudrun le indicó el camino y Olimpia se apresuró a entrar.

Al terminar, se miró al espejo y le costó reconocerse. Le brillaban los ojos y su frente relucía de sudor. Estaba despeinada de un modo salvaje que, para su sorpresa, creyó que le favorecía. ¿Quién era esa Olimpia? No lo sabía, pero estaba dispuesta a descubrirla.

Cuando salió del baño y volvió al salón, se encontró a casi todo el mundo sentado en círculo. Más de quince chicos y chicas que se zarandeaban con la música. En el centro, alguien había dejado una botella de ron vacía.

—¡Olimpia!

Gudrun, Calvin y Heidi le hicieron señas para que se sentara en el hueco que le habían dejado a su lado.

—¿Qué hacéis?

—Jugar a la botella, como si tuviéramos catorce años —dijo Heidi, poniendo los ojos en blanco.

—Hay juegos que nunca pasan de moda —respondió la danesa en el momento que un chico de pelo largo le daba impulso al cristal para que comenzara a girar.

Todo el mundo vitoreaba, cada vez más deprisa, hasta que la punta se detuvo delante de una chica rubia. Entre risas, el tipo se levantó y se acercó a ella para darle un pico. A continuación, le tocó a la rubia, que acabó besándose con una pelirroja entre silbidos. Así fueron tirando unos y otras, y cuando una pareja repetía, el beso debía intensificarse en tiempo y forma. Incluso los que no jugaban, seguían el desarrollo con atención.

Olimpia se reía con los demás, y el alcohol la hacía gritar y silbar tanto como al resto…, hasta que le tocó el turno a Gudrun, tras tener que besar a un chico afroamericano.

—Vamos allá —dijo ella, y le dio impulso a la botella.

El cristal dio vueltas entre aplausos acompasados y finalmente se detuvo. Olimpia tardó en darse cuenta de que la estaba apuntando a ella.

Las dos se miraron y la danesa la sonrió, despreocupada, mientras se estiraba hacia ella y le daba un beso en los labios. Fue un instante, pero a Olimpia le pareció ser consciente de cada nanosegundo que duró, como si

lo viviera a cámara lenta.

Era la primera vez que besaba a una chica. Y, de golpe, se le evaporó parte de la ebriedad, como una bella durmiente que despertara de pronto. El tiempo pareció volver a hilarse cuando Gudrun se separó.

—Te toca —le dijo, y Olimpia avanzó de cuclillas hasta la botella, la giró y esperó.

Que la punta se detuviera donde lo hizo resultaba casi imposible, pero cuando Gudrun alzó la ceja en señal de espera, una parte de Olimpia, la que acababa de salir de aquel inesperado letargo, estalló en su pecho y la impulsó hacia ella. Aquel segundo beso lo inició Olimpia, pero Gudrun lo conquistó y lo hizo suyo. Las lenguas y los labios, primero con dulzura, luego con vehemencia, hicieron de emisarios hasta llegar a una tregua que se cerró entre caricias. Cuando se separaron, Olimpia reparó en los silbidos y aplausos que habían ido en aumento en los largos minutos que había durado el beso.

Con la respiración entrecortada se volvió para mirar a Gudrun, algo cohibida y sin entender lo que acababa de suceder. Pero la chica no le dio tiempo a formular un solo pensamiento, mucho menos una palabra. Porque esta vez, sin botella de por medio, la danesa volvió a incorporarse, a sujetarle el rostro con delicadeza y a besarla con una intensidad que le arrebató por completo el sentido. Por fin pudo descifrar aquello que había visto en sus ojos durante toda la noche: Gudrun no era una isla, era uno de los cinco continentes que describía el misterioso atlas.

Y Olimpia acababa de encallar en él.

# 12

## Resaca de una noche de verano

**Olimpia sintió el martilleo en la cabeza incluso antes de abrir los ojos. En la distancia, el timbre de casa sonaba como una ametralladora que apuntaba a sus neuronas. No volvería a beber, se juró. ¿Cómo había llegado hasta casa?**

**Le llegaron flashes inconexos del final de la velada: el paseo por Barcelona de la mano de Gudrun. Risas. Un beso en un portal desconocido. Más risas. Los primeros destellos del amanecer. Sus «buenas noches» susurradas al oído, y después la nada más absoluta y brillante.**

**El recuerdo de Gudrun la puso nerviosa y al mismo tiempo le dibujó una sonrisa en los labios. Animada, se incorporó de sopetón, pero volvió a caer en el colchón, rendida. No podía. Necesitaba que alguien borrara ese día del calendario, que el tiempo le diera una tregua para recuperarse y poner en orden sus pensamientos. Pero comprendió que sus plegarias habían caído en saco roto cuando la puerta de su cuarto se abrió y apareció Albert.**

**—Uf, qué peste —fue lo primero que dijo—. Veo que anoche se te fue la cosa de las manos.**

**—Por favor, mátame y acaba con mi sufrimiento.**

**—No solo no voy a hacer lo que me pides, sino que encima voy a avivar un poco más las llamas de tu infierno personal: vas a llegar más que tarde como no muevas el culo.**

—Pero… ¡¿qué hora es…?! ¡Mierda! —exclamó al encontrar el móvil, a la vez que sentía un doloroso latigazo en el cerebro.

En cuestión de minutos estaba duchada, vestida y saliendo por la puerta de casa con una aspirina, una magdalena y un vaso de agua en el estómago. Por suerte, podría abastecerse de cafeína en el trabajo.

Aparcada en la acera estaba la moto de Albert, que le tendió el casco de repuesto. A continuación, Olimpia se subió detrás de él. El viaje lo hicieron en silencio y ella agradeció el viento al tomar velocidad y el silencio encapsulado con la visera bajada.

—Eres el mejor —le aseguró, cuando llegaron a la puerta de la librería.

La Wollstonecraft estaba ya abarrotada cuando Olimpia se coló detrás de la barra para ponerse el delantal. Óscar le sonrió y, con un simple asentimiento de cabeza, le dejó claro que estaba todo bien, que él la había cubierto la media hora que se había retrasado.

—Te debo una —le susurró al pasar a su lado, y cuando le dio un beso en la mejilla, el chico se tensó como la cuerda de una guitarra.

La primera hora fue la más dura. Por suerte, la aspirina y el café hicieron el efecto esperado y la activaron rápidamente.

Cuando el número de clientes se redujo, Albert se levantó de la mesa donde había estado leyendo. Quería saber qué había hecho la noche anterior para que tuviera esa cara. Ella también quería saber cómo había pasado todo. El móvil no dejaba de vibrarle, pero solo eran mensajes de Bernard, que parecía a punto de quitarse la vida.

De Gudrun no había señales.

Olimpia necesitaba contarle lo que había ocurrido a su amigo. Sabía que Albert la entendería mejor que nadie, pero antes tenía que lograr asimilarlo ella. No era tanto por el hecho de que se hubiera besado con una chica, sino por lo inesperado e intenso que había sido todo. Por la extraña ansia que sentía en aquellos momentos por saber de Gudrun. Aun así, aquel no era el momento, y aquella parte de la conversación tendría que esperar, por lo que se limitó a explicarle lo que había pasado después de abandonar el Dans le Noir.

Y pronto, no solo Albert, sino también Óscar y hasta la propia Lola escuchaban intrigadísimos la historia de cómo había evitado que robaran a una chica danesa y había acabado de fiesta con un montón de extranjeros.

—La magia de las noches de verano —comentó el joven librero en voz tan baja que solo Olimpia lo escuchó.

—Me gusta que seas valiente —añadió Lola—. Ya sabemos quién va a

salir corriendo detrás del primero que intente robarnos aquí.

Todos se echaron a reír justo cuando la puerta de la librería se abrió y las campanillas tintinearon alegres.

La cliente que acababa de entrar avanzó directamente hasta el café, donde se quitó las gafas de sol, dejando a la vista unos preciosos ojos negros.

Como si les hubieran pillado en falta, todos volvieron a sus quehaceres. Albert se despidió y Olimpia se puso a secar los vasos. De pronto, tuvo la sensación de que alguien la observaba y, al levantar la mirada, se encontró con la mirada intensa de la chica entre las estanterías y giró la cara.

Por un instante, tuvo la sensación de que le sonaba de algo. ¿Habría estado en la fiesta? Lo mismo era amiga de Gudrun… Cuando alzó los ojos de nuevo, volvió a descubrirla mirándola.

—¿Necesitas algo? —le preguntó, un tanto incómoda.

La chica fingió mirar una novela gráfica en inglés, como si la pregunta no fuera para ella, pero cuando Olimpia salió de la barra, pareció darse por vencida. Tomó aire, como quien está a punto de lanzarse a una piscina helada, y se acercó a ella.

—Siento molestarte, pero creo que… —respiró—. Me llamo Clara.

—Encantada. Yo Olimpia. ¿Nos conocemos?

—Más o menos. Bueno, yo a ti sí… y, ahora que lo pienso, es probable que tú a mí también.

—El caso es que me suenas. Pero ahora no…

—Estás saliendo con Bernard, ¿no? —soltó a bocajarro.

Olimpia se quedó lívida. ¿Bernard? ¿Cómo sabía esa chica con quién…?

—Eres ella… —El recuerdo le sobrevino de golpe—. La del Club de los Poetas Vivos. La que se había levantado cuando Bernard terminó de leer…

—Necesito mostrarte el texto que me escribió a mí, meses antes —la interrumpió, mientras desdoblaba un papel y se lo tendía.

Olimpia frunció el ceño, extrañada, pero comenzó a leer, intrigada:

> Siempre queremos estar donde no estamos, ser quienes no somos, aparentar lo que no somos… Hasta que conocemos por fin a quien nos hace sentir únicos, especiales, perfectos. Esa persona ha llegado a mi vida y trabaja en una revista que ausculta los latidos de la ciudad, y sus sueños abrazan los míos. Sus ojos me recuerdan los ríos oscuros que surcan Normandía, tierra de mis abuelos. Porque no nos conocemos, nos reconocemos. No nos encontramos, nos reencontramos. No nos descubrimos, nos redescubrimos.

> El pasado es solo el mapa que nos ha traído hasta aquí. Y el futuro ya estaba contenido en nuestra primera mirada, en el primer aliento compartido, en aquel primer saludo en la cola de un cine, con nuestra propia banda sonora. Ese futuro nos aguarda en nuestro primer beso, preludio de un mundo compartido que no tiene fin.

—Eres su exnovia, ¿no? ¿A la que le escribe las cartas?

—¿Te lo ha contado? —le preguntó ella, con una sonrisa amarga—. Con Bernard todo fue…

—¿Una mierda?

—No, perfecto. —Clara miró a Olimpia emocionada, pero a continuación pareció volver al presente—. Cada día teníamos un detalle el uno con el otro: un mensaje, venir a buscarnos a casa o a la uni, una escapada inesperada… Con él sentía que podíamos contarnos cualquier cosa. Nunca había sentido algo así por nadie.

Olimpia no supo si quería conocer tantos detalles.

—Pero su romanticismo empezó a volverse raro: dejó, no sé…, dejó de pensar en él y solo pensaba en mí y en lo que creía que me iba a agradar, ¿sabes? Se obsesionó con ser perfecto para mí, aunque para ello tuviera que mentir y fingir ser otra persona. ¡O igual nunca fue él mismo y mintió desde el principio! Yo qué sé… Igual la culpa fue mía, que supe que lo estaba haciendo, y no quise decir nada hasta que ya fue demasiado tarde. Para entonces, ni sabía con quién estaba saliendo realmente, ni en quién me había convertido yo. Te suena muy loco, ¿verdad?

No, a Olimpia no le sonó nada loco. Pero acababa de identificar a un espécimen, más cabal y menos desesperado, de amante europeo.

—El caso es que no pude seguir mintiendo y lo dejé de la peor manera posible: por carta. En ese momento me pareció hasta romántico. —Clara se rio para sí—. Ahora me doy cuenta de que fue por cobardía. Desde entonces, Bernard no deja de mandarme cartas. Sé que ha escrito más de las que he recibido, porque le conozco…, y, sinceramente, pensaba que le duraría más el dolor por nuestra ruptura, no sé… Pero ya vi en El Espinario que me equivocaba.

—¿Y cómo es que estabas allí?

—¡Porque yo le descubrí el sitio! Un día le hablé del bar después de hacer un reportaje, y ahora veo que lo ha hecho suyo. No me había vuelto a cruzar con él hasta la noche que te llevó a ti. Y lo que realmente me dolió no fue que hubiera superado ya lo nuestro, sino que utilizó el mismo texto

que me escribió a mí para embaucarte a ti, cambiando cuatro tonterías. Por eso salté de aquella manera.

Olimpia releyó de nuevo las primeras líneas del papel, idénticas a las que en teoría ella le había inspirado, y después se lo devolvió. Se encontraba sorprendentemente calmada.

—Lo malo es que sé que si se atreviera a ser él mismo, sin más, todas caeríamos rendidas a sus pies —comentó Clara. Olimpia evitó decir nada, pero lo dudó en silencio—. Aun así, no podemos dejar que vuelva a hacer lo mismo. Porque sé que volverá a engañar a otra chica.

—¿Y qué propones?

—Todavía no lo sé, pero te avisaré cuando se me ocurra para que me ayudes. ¿Vale?

Y Olimpia, que sintió que no le quedaba más remedio que implicarse en aquello, asintió.

# 13

# Romances y pesadumbres

«Voy a dormirme en el diván», pensó Olimpia mientras la terapeuta, sentada detrás de ella, revisaba sus notas. A diferencia de las primeras sesiones, en las que se sentía fuera de lugar, ahora aquel le parecía el único lugar seguro del universo. Por desgracia, su mente no dejaba de martillearla en el silencio.

Gudrun llevaba desde la noche de la fiesta sin dar señales. Olimpia le había escrito un par de mensajes para preguntarle qué tal estaba, pero la única respuesta que había recibido de la danesa era el silencio.

Al final, había decidido no darle más vueltas. Si ella había sido capaz de olvidarse de ella tan pronto, no le quedaba otra que hacer lo mismo. Aunque ahora necesitara una pequeña sutura a la altura del pecho.

En los últimos días había seguido conversando con Clara, y aunque la chica estaba realmente ocupada y nunca tenía tiempo para quedar, se mantenían al día de sus vidas. De vez en cuando, su nueva amiga le mencionaba a Bernard con cierto dolor y enfado, y Olimpia trataba de serenarla como podía. Pero su posición no era la más oportuna para hacerlo, y en el fondo sabía que Clara no encontraría consuelo hasta que Bernard recibiera un escarmiento. Por su parte, el francés parecía haberse olvidado de Olimpia. Después de insistir con decenas de llamadas perdidas y mensajes, había pillado la indirecta de que no quería volver a saber de él.

En vista de que Mercedes no decía nada, y temiendo que le estallara la cabeza, Olimpia finalmente se decidió a declarar:

—Tengo sensaciones contrapuestas sobre el amor.

—Eso suena interesante… —comentó la mujer pasándose los dedos por la melena plateada—. ¿Puedes concretarme esas sensaciones?

Olimpia se quedó unos instantes pensativa.

—Cada vez estoy más convencida de que el amor es una farsa. Utilizamos muchas palabras para conseguir algo que los animales hacen de forma natural.

—¿Te refieres al sexo?

—Sí.

Mercedes dio varios golpecitos a su libreta con el bolígrafo, como un mago que va a sacar un conejo de la chistera, pero lo único que obtuvo fue un suspiro de su joven paciente.

—¿Ha sucedido algo para que estés tan segura de que el amor es una farsa, Olimpia?

—Sí… Bueno, no. En realidad, no sucedió nada importante. Me da risa solo pensarlo.

A continuación, le explicó atropelladamente la historia del amante europeo. Cómo se habían conocido el día de su contratación en la Wollstonecraft, lo de las cartas a la exnovia, sus dos citas y la aparición de la susodicha en el café con la prueba del delito.

—Este descubrimiento me confirma que el amor es una ficción —dijo a modo de conclusión—. El mismo poema sirve para todas las chicas del mundo porque en realidad no significa nada. Son solo fuegos artificiales. El romance del amante europeo es *fake*, una gran mentira.

—Pero ¿no me has dicho que Clara también es una amante europea?

—Bueno, pues me corrijo: el romance de *este* amante europeo es una gran mentira.

La terapeuta guardó silencio antes de preguntar:

—¿Y no crees que la responsabilidad de hacer suyas esas palabras es de quien las escucha o las lee?

—¿En qué sentido? —preguntó la chica, intrigada—. No te entiendo.

—Un poema cambia por completo según quién lo lea o incluso cuándo lo lea. Este chico ha repetido las mismas palabras en ambas ocasiones, pero para ti ha tenido un significado distinto que para su exnovia. Y, sin embargo, a ambas os agradó cuando lo escuchasteis. De no haber sabido la una de la otra, ¿el poema habría perdido valor?

Olimpia se quedó meditando en silencio.

—¿Me estás diciendo que ha sido culpa nuestra?

—Aquí nadie ha hablado de culpas. Al contrario. Por cómo lo has descrito, Bernard es un chico que trata por todos los medios de complaceros. De lo único que se le podría acusar es de tomar atajos y de ser un poco torpe, pero eso no significa que no le gustarais. O incluso que no se haya enamorado de vosotras.

—Aquí parece que la gente se enamora y se desenamora muy rápido, y estoy un poco harta.

Sorprendida por la vehemencia de Olimpia, la terapeuta dejó el bolígrafo y la libreta sobre su regazo y le señaló:

—Hace un rato has hablado de sensaciones contrapuestas sobre el amor… Pero lo que acabas de afirmar no admite duda por tu parte. ¿Ha ocurrido algo más estos días?

Olimpia, incómoda, se abrazó las rodillas y sintió el peso del teléfono y la ausencia de noticias por parte de Gudrun. ¿Y si ella era igual que «la gente»?

—Creo… creo que me gusta alguien…, aunque nos hemos visto una sola vez.

—Es una buena noticia —repuso Mercedes, inclinándose instintivamente hacia el diván—. ¡Significa que estás viva!

Olimpia agradeció que no le echara en cara su frase anterior, ni tampoco que lo de Bernard le hubiera durado más bien poco. Se atrevió a bajar la guardia.

—Ya…, quizá debería estar contenta, pero lo cierto es que estoy cagada.

—¿Y eso?

Olimpia tragó saliva.

—Es una chica.

Esperó durante unos segundos la reacción de la terapeuta, pero la mujer se limitó a asentir y a esperar a que siguiera hablando.

—Empezaron siendo unos besos en el juego de la botella, pero al final no necesitamos excusas, y la verdad es que…

—Te gustó.

—Sí… ¿Debería estar avergonzada?

—En absoluto, Olimpia.

—Sucedió hace un par de días, y desde entonces no he dejado de pensar en ella —confesó por fin—. De alguna manera siento que encajamos como las piezas de un puzle. ¿Has sentido alguna vez algo así? Las últimas dos

noches apenas he pegado ojo. Me desvelo pensando en Gudrun. Imagino que la tengo en mis brazos, y nos tocamos… Ha despertado algo en mí que no conocía, por eso estoy tan impresionada. ¿Significa eso que soy lesbiana?

Mercedes respondió con una suave sonrisa, a la vez que comentaba:

—Se necesitan más que algunos besos y caricias, por intensos que sean, para sacar una conclusión así.

—¿Qué más hace falta? —preguntó Olimpia con ansiedad.

—Yo que tú… me limitaría a disfrutar, en lugar de apresurarme a poner etiquetas. Quizá sea la primera y última chica que te guste en tu vida, porque tiene algo que te ha enamorado, más allá de su género. O tal vez aquí empiece una nueva etapa de tu vida. ¿Cómo saberlo?

—Eso mismo me pregunto yo —repuso, aliviada tras haberse sincerado —. ¿Cómo podré saberlo? Ni siquiera entiendo por qué siento eso por ella.

—Querida Olimpia, eso tendrás que descubrirlo por ti misma. Estás abriendo la puerta de una habitación que no conocías. Ahora tienes que pasar al interior y ver qué hay ahí, y si te sientes a gusto en ella y por qué. Podemos formular muchas teorías e hipótesis, pero servirán de poca cosa… Tienes que vivirlo.

Se quedaron unos instantes en silencio mientras las nubes espesas que se habían formado delante del ventanal se disolvían por fin, permitiendo pasar la luz del mediodía.

# 14

## Desvanecida

La tarde de domingo se fue apagando sin que Olimpia lograra despegar su cuerpo de la cama. Había pasado una hora anestesiada con las redes sociales, pero eso no había ayudado a activarla. En Instagram todo eran fotos de gente de vacaciones en destinos lejanos, comiendo platos increíbles o luciendo su piel bronceada en una piscina. Incluso Clara se había marchado a las islas Canarias a cubrir un festival que duraba varios días; sabía que estaría menos pendiente del móvil.

Sintiéndose una fracasada, empezó a leer *El núcleo del sol*, una novela finlandesa que le había regalado su jefa. De vez en cuando les daba lecturas para «contribuir a su formación», en sus propias palabras. La trama no era para animarse, precisamente. En una sociedad futura, el estado totalitario ha dividido a las mujeres en dos subespecies: las *elois*, hembras sumisas y siempre dispuestas a dar sexo a los hombres, y las *morlocks*, consideradas salvajes por su inteligencia e independencia y que son esterilizadas antes de ser destinadas a realizar trabajos duros.

Olimpia se había enganchado a la historia de Vanna, que busca a su hermana desaparecida, cuando su móvil vibró un par de veces anunciando la entrada de un mensaje.

El remitente no formaba parte de sus contactos, lo cual ya era raro, y todavía lo era más que le mandara un audio sin más.

**Al reproducirlo, se inició una canción con unos bellos acordes de piano. ¿Quién diablos le mandaba eso? Conectó su teléfono por** *bluetooth* **con el equipo de música para escucharla mejor.**

*Where are you now?*
*Was it all in my fantasy?*
*Where are you now?*
*Were you only imaginary?*[1]

Conocía aquella canción de Alan Walker, un DJ noruego que, con solo dieciséis años, había arrasado con aquel *single* en todo el mundo. No recordaba el nombre de la vocalista, pero sin duda quien le mandaba aquello le estaba transmitiendo un mensaje.

*Where are you now?*
*Another dream?*
*The monsters running wild inside of me.*
*I'm faded*[2]

Siguiendo un impulso, Olimpia decidió llamar a aquel número desconocido. Cuando, tras una larga espera, por fin obtuvo respuesta, disparó:

**—¿Quién eres?**

**—Eso es difícil de responder —dijo una voz aterciopelada y soñolienta—. Soy algo distinto en cada lugar y a cada momento. ¿Quién eres tú?**

**Olimpia sintió cómo la emoción descolgaba una lágrima de su mejilla. Aunque no tenía ninguna duda, preguntó:**

**—¿Gudrun?**

Media hora después, se deslizaba con el patinete eléctrico de su madre hacia la dirección que le acababa de dar la recién aparecida danesa. Al parecer vivía en algún lugar del Poblenou, un antiguo barrio industrial cercano a la playa.

**Era ya de noche cuando atravesó las calles desiertas a aquella hora, llenas de almacenes reconvertidos en** *lofts***, cafés de diseño y talleres de artistas.**

**Al llegar a la localización que le había mandado Gudrun por WhatsApp, pensó que tenía que ser un error. El edificio estaba en ruinas. Rodeado por una valla, parecía listo para su demolición. Había empezado a rodearlo con**

el patinete cuando una cabeza rubia asomó por uno de los ventanales.

—¡Sí, no te has equivocado! ¡No te muevas de ahí!

Un minuto después, una sección de aquella valla se movió hacia dentro para dejarla entrar.

Tras contemplarla con sus ojos de un azul imposible, la escandinava la abrazó. El corazón de Olimpia, que latía como una ametralladora, revelaba que estaba asustada a la vez que feliz.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no respondiste mis mensajes?

—Mi viejo móvil se hundió en el mar. He conseguido otro con otro número —dijo mientras la instaba a pasar.

Olimpia nunca había estado en un lugar como aquel. Las paredes de ladrillo estaban iluminadas por bombillas y leds conectados a cables que salían de forma desordenada por las ventanas.

Después de atravesar un gran espacio que parecía un almacén de basura, Gudrun encendió su móvil para guiarla por unas escaleras hacia el primer piso, donde un estruendo de guitarras eléctricas y batería reveló que había un ensayo.

Le presentó a los músicos y luego la llevó hasta su habitación. Estaba desprovista de todo, a excepción de un colchón en el suelo, una pila de libros y una esfera de luz.

Sin otro lugar donde sentarse, Gudrun se sacó las chanclas y se dejó caer sobre aquella cama espartana, invitándola a que hiciera lo mismo.

—Esto es… —murmuró Olimpia, tendida a su lado—. ¿Vives en una casa okupa?

—Ajá… Salta a la vista, ¿no?

—¿Con esos que están ensayando?

—Sí…, y tres colegas más —dijo mientras le acariciaba el pelo—. Funcionamos como una comuna de los viejos tiempos. Vamos haciendo turnos de cocina, limpieza o recolección de alimentos.

—¿Recolección de alimentos? —preguntó, sorprendida.

Por toda respuesta, Gudrun se acercó a ella y le dio un beso en el cuello que la desarmó por completo. Instintivamente, ella también volvió la cara y se encontró con sus labios. Las manos de la danesa recorrieron entonces su camiseta antes de llegar al final y acariciar su barriga. Olimpia dio un respingo, no por el susto, sino por la urgencia de aquellas manos. El corazón le latía tan fuerte que estaba convencida de que Gudrun lo escucharía.

—Nuestra comuna vive al margen del capitalismo —explicó Gudrun con

total naturalidad, sin dejar de darle besos en el cuello—. A no ser que sea totalmente imprescindible, no gastamos en nada. El agua y la electricidad las tomamos de la red general. En cuanto a la comida… —dijo mientras se acercaba a su oreja para susurrarle—. Si te cuento cómo la conseguimos, no vendrás nunca a cenar.

Acalorada como estaba, Olimpia volvió la cabeza hacia la puerta para comprobar que, de hecho, no había puerta: solo el hueco que daba al pasillo y al cuarto donde la banda seguía ensayando a todo volumen.

Los dedos largos y finos de Gudrun se deslizaron ahora por su cuello hasta el hombro derecho. Una vez allí, juguetearon bajo la camiseta con la tira elástica del sujetador para desplazarla lateralmente.

—Esto… —la frenó Olimpia, de repente, apartando suavemente su mano con una fuerza de voluntad que nada tenía que ver con las ansias que sentía de que siguiera.

Los ojos azules de Gudrun se acercaron a los de ella para tratar de entender qué estaba pasando.

—¿Hay poca intimidad? —Y estirando su largo cuello hacia la puerta, añadió—: O tal vez es por la música… Sí, realmente tocan como el culo.

Tras un instante de duda, se incorporó a la vez que tiraba de Olimpia y le dijo:

—Vamos, te llevaré a un lugar que te gustará.

# 15

# El otro mar

**El lento vaivén del oleaje, que avanzaba y se retiraba como una bestia oscura que no se decide a atacar, destensó los miembros de Olimpia. Llevaban un buen rato allí, sentadas en la playa vacía mientras la espuma les lamía los pies.**

**Gudrun le hablaba de su infancia en Aarhus con la barbilla apoyada en las rodillas, como una amiga soñadora que comparte sus recuerdos. Tras descalzarse, no había hecho el menor gesto de buscar intimidad con ella.**

**«¿Se habrá ofendido?», se preguntaba Olimpia, inquieta, antes de retomar la conversación que habían tenido en la casa:**

**—Entonces, ¿cómo conseguís la comida?**

**Tras alisarse con las manos el vestido floreado, Gudrun explicó:**

**—Vamos a unos contenedores que hay delante de un supermercado. Allí los empleados tiran cada noche todo lo que ha caducado: yogures, latas, bandejas de carne… También la fruta que tiene mala pinta, aunque esté sana.**

**—¿Carne caducada? —preguntó, escandalizada—. ¡Podéis pillar una intoxicación!**

**—Qué va… —dijo Gudrun, dando un manotazo al aire—. Los supermercados están obligados a retirar la comida caducada por normativa, pero puede aguantar perfectamente unos días más. Cocemos las cosas y ya**

está. Cuando vas por Oriente Medio, ves carne llena de moscas en los mercados…, y es la misma que te sirven en los restaurantes.

Olimpia enmudeció, consciente del abismo de experiencias que había entre ambas. Charlando en aquella playa urbana y solitaria, deseó sentirla más cerca, aunque solo fuera su brazo en el hombro. Lo habría hecho ella misma de no ser porque la avergonzaba haberla rechazado. «Un poco loca sí estoy», pensó, hecha un lío.

—Tiene que ser genial trabajar en una librería… —le dijo Gudrun de repente—. Ese era mi sueño de pequeña. Trabajar en una librería, acompañada de un mono y un caballo.

—¿Un mono y un caballo? —repitió sin entender.

—¡Claro! Como el señor Nilsson y Pequeño Tío. ¿Tus abuelos no te ponían la serie *Pippi Calzaslargas*?

Olimpia visualizó enseguida el pequeño tití y el caballo con topos negros, aunque sus abuelos nunca le habían puesto aquella serie ni ninguna otra. Sus abuelos maternos eran un matrimonio arisco y malhumorado, siempre discutiendo entre ellos, y en cuanto a los paternos, habían muerto siendo su padre muy joven y no había llegado a conocerlos.

—Hey…, ¡despierta! —le dijo Gudrun—. ¿En qué estás pensando?

—En una novela de Johanna Sinisalo que estoy leyendo —mintió.

Olimpia se felicitó interiormente por haber logrado recordar cómo se llamaba la autora de *El núcleo del sol*. Así parecía un poco menos estúpida.

Se esmeró en contarle aquella trama distópica y francamente deprimente a una atenta Gudrun, que al saber lo de las *elois* y las *morlocks* le preguntó muy interesada:

—¿Y no hay dos subespecies de hombres?

—Sí que los hay… —Tuvo que esforzarse para recordar los nombres—. Los *mascos*, que vendrían a ser los machos alfa, y los *minus men*, que son débiles de carácter.

—Así son los que viven conmigo en la casa okupa. —Suspiró—. Una panda de inútiles.

Olimpia no sabía a qué venía aquello, pero antes de que pudiera preguntarle, Gudrun volvió a cambiar de tema.

—Oye, ¿no te apetece un baño? ¿A qué hemos venido si no?

Dicho esto, se puso en pie y, con un rápido movimiento, se bajó el vestido. Luego, tras liberarse con dos zarpazos de la ropa interior, empezó a correr hacia el manto oscuro del mar.

Olimpia admiró aquel cuerpo esbelto que, bañado por la luz de la luna,

se zambullía en el oleaje como una criatura de otro mundo.

Para no parecer una mojigata, también ella se desnudó y corrió hacia el agua para dar alcance a Gudrun.

Tras el golpe inicial del agua fría, braceó un poco para entrar en calor y se dejó caer sobre su espalda para hacer el muerto. Mecida por el oleaje bajo la luna creciente, Olimpia se dijo que aquel era el mismo mar que había contemplado su tristeza un par de semanas antes. Sin embargo, todo parecía tan distinto…

Ni siquiera estaba segura de ser la misma persona. Tal vez tuviera razón la nórdica cuando le había dicho: «Soy algo distinto en cada lugar y a cada momento». Y seguía sin tener respuesta para la pregunta: «¿Quién eres tú?», pero ahora estaba dispuesta a descubrirlo.

Un mordisco suave en el pie la asustó al principio, pero al darse cuenta de que había sido Gudrun, fue tras ella para capturarla. Aunque siempre había sido buena en natación, la danesa demostró ser extraordinariamente atlética. Sus largas piernas y brazos la llevaron a la orilla mucho más rápido. Cuando Olimpia salió del agua, caminando como una náufraga, la okupa ya estaba descansando sobre una suave duna.

Al tenderse a su lado, la embargó un sentimiento de plácida felicidad. No tenía la menor idea de lo que podía suceder, pero ya no tenía miedo. Desnuda junto a Gudrun bajo las estrellas, allí y entonces tuvo la sensación de que el universo les pertenecía.

Con un gesto fraternal, la nórdica alargó el brazo hasta tomar su mano y le dijo:

—No has hecho nunca el amor con una chica, ¿verdad?

Olimpia se quedó muda. No tanto por lo directa que era la pregunta como por el bochorno que le producía contestar.

—Si te soy sincera, nunca he llegado al final. Tampoco con un chico.

—Entonces ¡eres virgen! —dijo Gudrun con asombro.

—Sí… —repuso avergonzada—. Estuve saliendo unas pocas semanas con quien hoy es mi mejor amigo. Hacíamos cosas, pero era tan caballero que nunca tenía prisa en culminar.

—¿Era gay?

—Correcto. Lo descubrió estando conmigo, y creo que mi autoestima nunca se ha recuperado por ello —admitió sin soltarle la mano.

—Eso no debe hacerte sentir mal, Olimpia. Gracias a ti, tu amigo pudo experimentar y descubrir su propio camino en la vida. ¡Tendrías que estar orgullosa!

—Si tú lo dices…

Con un nuevo cambio de rasante, Gudrun liberó su mano que, tras un breve vuelo, aterrizó sobre el vientre de Olimpia.

—¿Te apetece experimentar un poco conmigo?

Ella asintió en silencio, tratando de ocultar su turbación.

La mano de Gudrun se deslizó entonces entre sus piernas y sus dedos se aventuraron con pericia en su vagina. Con los ojos cerrados, Olimpia navegaba por una marea de estremecimientos que bordeaban el éxtasis. Estaba a punto de irse, cuando su compañera decidió tenderse sobre ella.

Notar a Gudrun frotar su sexo contra el suyo, así como sus pechos grandes y firmes, era más de lo que sus sobrepasados sentidos podían encajar. Al menos, por el momento. La empujó suavemente a la derecha hasta quedar tendidas de lado.

—Siento que vas a ser muy importante para mí —dijo la danesa, que no parecía contrariada—. Quiero que vivamos muchas cosas juntas.

Por toda respuesta, Olimpia mordisqueó un par de veces su labio inferior antes de darle un beso profundo, al que siguieron unos cuantos más.

Tras separarse un par de centímetros para darse un respiro, Gudrun le soltó:

—¿Puedo ir a vivir unos días contigo? Necesito descansar de esos *minus men*.

# 16

# Tres en casa

**Querida Olimpia:**

**Esta es la tercera carta que te escribo desde un lugar remoto al que no me puedes responder, porque cuando te llegue yo me encontraré ya muy lejos de aquí.**

**La misiva ha viajado hacia ti desde la oficina postal de Cockburn Town, un puerto británico en el Caribe. No sé dónde estaré el día que tus ojos lean estas líneas. Tal vez mi yate se haya hundido o lo hayan asaltado unos piratas. También cabe la posibilidad de que sufra algún percance al desembarcar.**

**En este viaje sin ruta me doy cuenta de lo incierto que es todo. Por eso aprovecho ahora para escribirte. A medida que avanza mi travesía, siento que cada vez sé menos cosas. Y eso es maravilloso y terrorífico al mismo tiempo.**

**¿Qué sabe el pez del agua en la que nada toda su vida? Eso se preguntaba Einstein, y yo lo extendería a los seres humanos. ¿Cuál es el sentido de todo esto? Nos plantan en este mundo sin nuestro permiso (te pido perdón, hija) y nos echan de aquí sin preguntarnos.**

**Ya solo por eso es extraña la vida, ¿no crees?**

**Debes de preguntarte a qué viene esta filosofada de ultramar. Lo cierto es que tampoco yo lo sé, Olimpia. Simplemente, te echo de menos y necesitaba compartir contigo mis desvaríos.**

**Te quiero de aquí al infinito y volver.**

P. D.: No des nada por supuesto.

Sentada al borde de la cama, Olimpia se quedó inmóvil un buen rato con la carta en la mano mientras Gudrun dormía a pierna suelta.

Se había encontrado el sobre en su escritorio al regresar con compañía la madrugada del domingo. Agradeció al cielo que los lunes por la mañana no tuviera que trabajar, ya que el tsunami de emociones que se agitaba dentro de ella la tenía exhausta.

Mientras se preguntaba qué habría querido decir su padre con esa posdata, guardó la carta en el cajón de su escritorio. Luego se enfundó una camiseta que le venía grande de la República de California, con el oso y la estrella en el medio, y bajó las escaleras para dirigirse al comedor.

El silencio que reinaba en la casa le había hecho suponer erróneamente que su madre no estaba. Al verla sentada a la mesa, delante de su café americano sin azúcar, intuyó que se avecinaba tormenta.

El tono suave de su madre solo la tranquilizó a medias:

—Cuando he abierto esta mañana la puerta de tu cuarto, me he dado un buen susto. ¿Quién es esa chica que dormía a tu lado?

Olimpia hizo un rápido repaso mental a su historia, por si encontraba alguna parte que pudiera contarle, pero finalmente optó por una respuesta vaga.

—Se llama Gudrun. La conozco desde hace unos días. Es estudiante de arquitectura.

Su madre se limitó a asentir, como si esperara a que ella le ampliara la información.

—Está buscando otro lugar donde vivir —prosiguió, tomando el toro por los cuernos—. Mientras tanto, necesito preguntarte si podría vivir unos días en casa.

—Claro, hija... —dijo sin ocultar su sorpresa—. Pero siempre has necesitado mucho tiempo para confiar en las personas. Si hace solo unos días que os conocéis, ¿cómo es que os habéis hecho tan amigas?

—Simplemente hemos conectado, mamá. Las relaciones humanas tampoco son ciencia exacta, ¿no crees? Hay personas con las que puedes compartir años, media vida incluso, sin llegar realmente a conocerlas.

—Sé de quién estás hablando, cambiemos de tema.

Repentinamente tensa, su madre le dirigió una mirada ansiosa. Sin duda, deseaba saber el contenido de la carta que había leído aquella

mañana, pero el orgullo le impedía preguntárselo.

Aquel fue el momento elegido por Gudrun para aparecer en el comedor tal como había dormido, solo con las braguitas.

Se sentó a la mesa como si se conocieran de toda la vida y, tras liberar un bostezo, murmuró:

—He dormido de maravilla, es un colchón muy bueno.

El hecho de no presentarse siquiera acabó de hacer estallar a la madre de Olimpia, que le soltó:

—No sé aún quién eres, pero no me parece correcto que bajes al comedor con las tetas al aire, por muy orgullosa que estés de ellas.

—Uy, perdón… —se disculpó cubriéndose con las manos, sin perder un ápice de su serenidad.

—Me ha dicho Olimpia que estudias arquitectura…

—Sí, pero no me presenté a los exámenes finales. He perdido el interés por el mundo académico —explicó con suficiencia—. Creo que para mí ya no puede haber otra universidad que la calle.

Olimpia se habría reído a gusto de no ser porque su madre, en este punto, se puso en pie y se marchó hacia la cocina a grandes zancadas. No le costó adivinar que estaba furiosa, así que fue tras ella. Al ver que la había seguido, la mujer cerró la puerta de la cocina y fulminó a su hija con la mirada, antes de preguntarle:

—¿Puedo saber por qué has metido a esta provocadora en casa?

Muy ofendida, Olimpia sintió que en su interior se enroscaba una serpiente de rabia. Cuando eso sucedía, sabía bien que lo mejor que podía hacer era callarse, pero aquel mediodía no se pudo contener.

—No tienes derecho a juzgarla. Además, ¿tú no eres artista?

—¿A qué viene eso? —dijo su madre cada vez más encendida.

—Se supone que una artista no debería escandalizarse ante la libertad de otras personas. Tal vez por eso no logras acabar los cuadros… Tienes la cabeza llena de prejuicios.

Olimpia se arrepintió inmediatamente de haber dicho eso, pero ya era demasiado tarde.

—Si tuviera la cabeza en mi sitio, echaría a esa amiga tuya de casa ahora mismo. Solo por ti no lo haré.

Aquella frase condescendiente le dolió más que si su madre la hubiera atacado de frente. Fuera de control, antes de subir a su habitación para vestirse y luego largarse, le dijo:

—Empiezo a entender por qué papá se fue.

# 17

# Experiencia compartida

**Viajar de Barcelona a Cadaqués era como escapar de una matrioska. No le habían dado opción de negarse: aquella mañana, sin aviso previo, Dídac y Albert habían aparecido en su casa y le habían propuesto visitar la Costa Brava. A su madre, que los adoraba como a los hijos que nunca había tenido, le pareció maravilloso. Más aún cuando descubrió que Gudrun también estaría fuera esos días, ya que iba a visitar Valencia con su amiga Heidi.**

**La danesa y Olimpia se habían despedido de madrugada, un par de horas antes de que los chicos la pasaran a buscar, y se habían prometido estar en contacto hasta que volvieran de sus respectivos viajes. Gudrun le prometió que para cuando regresara de Cadaqués, ella estaría esperándola en casa.**

Hora y media después de haber dejado atrás la cosmopolita ciudad de Barcelona, Olimpia, Albert y Dídac entraron en un paisaje de ensueño. El coche de alquiler serpenteaba por una vertiginosa carretera entre las montañas, camino del mar.

**Al final de aquel tortuoso recorrido surgió su ansiado destino.**

**Las casas blancas con tejados naranjas bajaban entre las rocas hasta un mar agreste y azul que poco tenía que envidiar a las calas griegas o**

ibicencas.

Se habían pasado el trayecto cantando a grito pelado los temas de la *playlist* que Dídac y Albert habían preparado para aquella escapada, mientras charlaban sobre banalidades.

A Olimpia, el nombre de Gudrun le quemaba en los labios y en los dedos. Quería hablarles de ella, pero no encontraba el momento oportuno. Y al mismo tiempo, estaba tan pendiente del móvil, tan ansiosa por recibir el siguiente mensaje de la danesa, que apenas pasaban unos segundos entre una respuesta y otra. Le costaba evitar la sonrisa por algo que le decía o por algún *gif* que le enviaba. Al final, Albert se dio cuenta y tuvo que preguntar mirándola por el retrovisor:

—¿Quién más ha venido con nosotros de viaje?

La chica levantó la mirada, confundida.

—¿Quién más? Nadie.

—Pues por el caso que nos estás haciendo, no lo parece… ¿No estarás hablando otra vez con el franchute?

—Y si lo estuviera haciendo, no sería cosa tuya, Albert —le reprendió Dídac.

—Gracias —dijo ella.

—Pero yo también espero que no sea él —añadió el chico, y Olimpia bufó irritada.

—Es… una amiga. La chica a la que ayudé cuando intentaron robarle.

—Ya —contestó Albert, escueto.

Su mirada dejaba claro que no la creía.

La casa de huéspedes que regentaban sus tíos se encontraba en una de las estrechas cuestas empedradas, a escasos metros del puerto. Después de dejar el coche en el aparcamiento reservado, cogieron las mochilas y fue a su encuentro un hombretón tan moreno que parecía un marinero recién llegado de alta mar. Detrás de él, una mujer de larga melena dorada y sonrisa cálida les saludaba con la mano.

—¡Bienvenidos a la Mangata! —exclamó el tío de Albert con un vozarrón grave como un volcán.

Después les fue abrazando uno tras otro.

—Ya tenéis vuestras habitaciones preparadas —les dijo su mujer—. Son las de arriba. Albert, ¿se las enseñas tú?

—Claro, tía.

Tras despedirse de la pareja, entraron en la casa de huéspedes. Estaba decorada con tanto gusto y corría una brisa tan refrescante que Olimpia

**deseó poder vivir allí, como poco, todos los veranos. Y la impresión fue aún mayor cuando Albert le enseñó su habitación, con un balcón que daba al mar.**

**—Esto es precioso… —musitó, conmovida por el paisaje—. ¿Por qué no me habías traído antes?**

**—¡Porque nunca podías! Te recuerdo que no es la primera vez que te lo propongo.**

**—También es verdad. Gracias… —dijo, y se apoyó en su hombro antes de suspirar.**

**—A ti te pasa algo, no me engañes. Cuando tengas ganas de contármelo, aquí estaré. Mientras tanto, vamos a dar un paseo, que hay que aprovechar este día tan increíble.**

**Se pasaron el día recorriendo Cadaqués. El pueblo que había cautivado a tantísimos artistas, desde Dalí hasta Buñuel, Picasso e incluso Lorca. Comieron en un restaurante de solo cuatro mesas donde disfrutaron de un arroz delicioso y, a continuación, dieron un paseo por el puerto.**

**Después, por recomendación de Joan, tomaron el coche para visitar el salvaje Cap de Creus, desde donde pudieron admirar las vistas de la Costa Brava bajo el atardecer y quemar los móviles a fotos. Una placa decía que en aquel santuario natural azotado por el oleaje se había rodado, entre otras películas,** *El faro del fin del mundo***, con Kirk Douglas y Yul Brynner.**

**Cuando regresaron al hostal, estaban molidos, pero felices. Con tanta excursión, Olimpia apenas había estado pendiente del teléfono, así que por la noche aprovechó para escribir a Gudrun y contarle todo lo que habían hecho.**

**La danesa tardó poco en responder y le mandó algunas fotos de un concierto clandestino al que había asistido esa noche. Olimpia compartió con ella las mejores instantáneas de aquella tarde, y Gudrun le respondió con varias docenas de corazones.**

**Con aquel último mensaje en la memoria y la brisa nocturna meciendo las cortinas del balcón, Olimpia se quedó felizmente dormida.**

A la mañana siguiente, el aroma a tostadas y café recién hecho ascendió desde la cocina. Aún somnolienta y en pijama corto, Olimpia lo siguió hasta el salón como si estuviera en casa. Quizá por eso se llevó un susto cuando, en la mesa del comedor, se encontró con un chico esbelto de rasgos latinos, ojos grandes y oscuros, y una sonrisa marfileña.

—Buenos días. Me llamo Edgar —se presentó con un marcado acento mexicano; su voz dulce y clara la hizo sentirse acogida.

—Encantada, soy Olimpia —dijo ella, y se acercó para estrecharle la mano, cohibida por ir en pijama—. Perdón, no sabía que había más huéspedes…

—No te apures… ¿Dormiste bien?

—Muy bien. ¡Ahora tengo hambre! —dijo mientras se sentaba enfrente de él.

—Pues eso tiene fácil solución… ¿Te sirvo? —preguntó el chico con la cafetera italiana en la mano.

—Por favor.

La mesa estaba repleta de dulces, un bizcocho recién horneado, rebanadas de pan con tomate, fruta, y una tabla de quesos y embutidos caseros.

—¿Eres… de México? —se aventuró Olimpia.

—Sí, de Monterrey. ¿Lo conoces?

—No, nunca he estado… ¿Y qué te trae por aquí?

—Estudio cine en la ESCAC. Gané una beca y acabo de terminar el curso. Estoy esperando a mis compas, que vienen a pasar un mes conmigo, pero no más me acaban de avisar de que se les retrasó el vuelo y llegarán por la noche. ¿Tú eres de acá?

—De Barcelona, sí. Esta casa es de los tíos de un amigo y hemos venido a pasar el finde.

—¡Qué chido!

En ese instante, Albert y Dídac irrumpieron en el salón tan bien vestidos y conjuntados como siempre. Olimpia se sintió aún más ridícula con su pijama corto.

Tras las presentaciones de rigor, la pareja se unió a la mesa y comenzaron a dar buena cuenta del desayuno.

—Le decía a Olimpia —comentó Edgar— que mis amigos llegarán tarde y había sacado entradas para visitar la casa de Dalí con ellos esta mañana. ¿Les gustaría acompañarme? Sería una lástima que se echaran a perder los tíquets, y justo tengo cuatro… Están todos invitados.

Los tres se miraron entre sí y asintieron.

—Me parece un plan perfecto, Edgar —dijo Albert.

—Muchas gracias —le dijo Olimpia.

—¡A ustedes! Como dice mi mamá: experiencia compartida, experiencia bien avenida.

# 18

## ¿Qué se siente al nacer de nuevo?

La casa donde Dalí había vivido desde 1930 hasta la muerte de Gala, en 1982, se encontraba en la plácida cala de Port Lligat. Las tres cabañas de pescadores tuneadas de forma surrealista por el genio eran ahora un museo que solo permitía la entrada de grupos reducidos.

Mientras Olimpia y sus tres acompañantes hacían una pequeña cola ante la verja de hierro, el organizador de la visita se interesó por la vida de ella.

—Trabajo en el café de una librería.

—¡Eso es fantástico! —dijo Edgar—. Yo no podría hacerlo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Me entrarían ganas de leer todos los libros que tuviera a mano. Creo que no conseguiría servir un solo café.

En aquel momento se abrió la verja y el pequeño grupo tuvo acceso a las primeras dependencias de la casa de Dalí. Había detalles chocantes en cada rincón, como si el pintor hubiera dedicado buena parte de su vida a recoger objetos insólitos.

La visita empezaba por un recibidor custodiado por un oso disecado que sostenía una lámpara. Detrás, había un búho en el mismo estado.

Tras subir unas escaleras, llegaron a un saloncito con vistas al mar, presidido por una mesa de vidrio sobre la que reposaba un enorme caracol.

Olimpia sintió que aquel rincón de la casa aportaba una melancólica paz a su corazón. Sin duda, la vida del matrimonio Dalí había transcurrido lenta como aquel molusco detenido en el mar de cristal.

La voz algo estridente de la guía la arrancó de aquella ensoñación:

—Salvador Dalí eligió este lugar porque le gustaba que el sol se levantara sobre su cama antes que en cualquier otro lugar de la península. Este es justamente el punto más oriental. El juego de espejos que veis entre estas salas era para que el primer rayo de sol de la mañana le despertara.

El tour siguió por el dormitorio, que contaba con dos grandes camas rojas separadas entre sí.

—Tengo entendido que Dalí jamás hizo el amor con Gala —le susurró Albert al oído—. Es más, ella tenía permiso para tener los amantes que quisiera. Salvador no estaba interesado en esas cosas…

—Eran unos adelantados, hasta para los temas del corazón —añadió Dídac, que había puesto la oreja para enterarse de lo que decían.

Una vez visitadas todas las habitaciones, pudieron salir al exterior de la casa sin necesidad de guía. También estaba llena de lugares curiosos, como un gran huevo roto que se erigía en una de las terrazas sobre el mar.

Sin dudarlo un instante, Edgar se agachó para escurrirse como un lagarto dentro del huevo. Lo hizo por un agujero en la base de la escultura en el que Olimpia no se había fijado. Su cabeza morena y despeinada emergió, un instante después, de la cáscara, mientras levantaba los brazos dramáticamente como un bailarín de danza contemporánea.

—¡Hacedme fotos, chicos! Creo que jamás volveré a estar dentro de una obra de Dalí.

Los tres activaron sus móviles en modo paparazzi antes de que Albert adoptara un tono de reportero:

—¿Qué se siente al nacer de nuevo?

—Mucha responsabilidad —dijo Edgar con fingida seriedad—. Lo peor de cada nueva oportunidad es que la puedes volver a chingar, pero tengo un guion muy bueno para la vida que empieza ahora.

Olimpia sintió que aquellos ojos oscuros y perfilados, como si llevaran maquillaje, se posaban intensamente en ella por un momento. En otras circunstancias le habría halagado aquella mirada, pues el chico le parecía más que guapo, pero se sentía extrañamente lejana de aquella escena. Como si no fuera ella quien estuviera ahí, sino un holograma proyectado desde algún remoto lugar donde su corazón estaba agazapado.

Entre bromas y risas, el grupo pasó junto a una estilosa piscina, a la que

seguía un sofá con forma de labios rodeado de neumáticos Pirelli.

Concluyeron la visita en un pequeño auditorio, donde Dídac y Edgar se sentaron a ver un breve documental sobre el artista que había dado forma a aquel lugar delirante.

Este fue el momento elegido por Albert para tomar sutilmente de la mano a su amiga y llevarla afuera.

—¿Qué te pasa? —la interrogó—. Parece que vayas drogada.

—Puede… —bromeó ella, con una mirada cómplice—. ¿No dicen que las endorfinas son como una droga natural del cerebro?

—Ya veo. Pero esas hormonas se segregan cuando practicas ejercicio, algo que tú no haces desde hace mucho. También cuando te enamoras, claro… —Una idea atravesó la mente de Albert, iluminando su sonrisa—. Espera, ¿de Edgar? ¡Si le acabas de conocer! Aunque puedo entenderlo. Es un encanto de tipo, y está buenísimo.

—¿Cómo que de…? ¡No! —repuso ella—. A ver si eres tú quien se ha tomado algo y está teniendo alucinaciones…

—Ya, ya… Pues, entonces, ¿a qué viene esa cara de embobada? A mí no me engañas, Oli…

Ella suspiró, debatiéndose entre contenerse o abrir las compuertas de su alma. Sin embargo, aquella no era una decisión que pudiera tomar. No ante Albert, que disparó:

—¿Quién es entonces?

—¿Cómo dices?

—Ayer en el coche ya te lo noté, ahora que me acuerdo. Estás colada por alguien y no me lo has contado. Tranquila, te perdono. Pero ahora responde: ¿es el franchute? ¿Te has vuelto a enganchar?

Olimpia alzó la ceja.

—¿No te dije ayer que no? ¿De verdad me ves capaz de colgarme de él después de todo?

—La verdad es que no. Pero si tampoco es el buenorro de Edgar, ¡pues no sé…! Te lo pregunto directamente, como esa canción viejuna, y acabamos antes: ¿y quién es él? ¿A qué dedica…?

En este punto, Olimpia no pudo resistirlo más y gritó:

—¡Que no es él! Es ella…

Albert se quedó boquiabierto. Su mente no tardó en conectar esa respuesta con la nueva amiga de Olimpia.

—¿La danesa? —preguntó incrédulo—. ¿La chica a la que ayudaste cuando le robaron?

Olimpia asintió, agotada, mientras interiormente se decía, como si de una mala canción se tratase: «Yo evité que le robaran, y ella me ha robado la razón».

Impresionado, Albert dejó caer la mano sobre su hombro y le preguntó:

—¿Qué se siente al nacer de nuevo?

# 19

## «Kilig» y «razliubit»

**Acabada la visita, pasearon por el puerto hasta un pequeño bar donde pidieron pescado frito. Comer con el runrún de las olas de fondo y las risas de los chicos en primer plano calmó el alma de Olimpia más de lo que creía necesitar.**

**Gudrun hacía horas que no contestaba. Le había mandado fotos de la casa de Dalí y del horizonte azul. La echaba de menos, y se lo había dicho. Pero la escandinava se había vuelto a esfumar. Los mensajes ni siquiera constaban como leídos. La que sí que le había mandado un mensaje había sido Clara: ya sabía cómo darle un escarmiento a Bernard y la necesitaba. Sin demasiadas ganas, Olimpia le pidió detalles y a continuación se obligó a aparcar el teléfono en el bolsillo y a no sacarlo en lo que quedaba de día.**

**Edgar les contó que desde niño había soñado con ser director de cine. El año anterior había pedido una beca para estudiar en España y por fin se la habían concedido.**

**—Para mí está siendo un sueño hecho realidad. A mis padres aún les cuesta entender lo que supone para mí estar aquí, pero cuando termine mi primera película y se vea en el mundo entero, lo comprenderán.**

**—¿Y tienes algún guion listo o algo? —preguntó, interesado, Dídac.**

**—Tengo unos cuantos que, de hecho, quiero grabar estas semanas cuando lleguen mis amigos.**

—Si necesitas ayuda, avisa —añadió Olimpia.

—Gracias, gracias… Les tomo la palabra, chicos. ¡Por el arte! —exclamó el mexicano, y alzó su copa de vino blanco.

—Y por el amor —añadió Albert—, que no venga con demasiadas curvas.

Los amigos de Edgar llegaron cuando el sol comenzaba a ponerse. Eran tres: Diego, Fátima y Elisa; él de Ciudad de México y ellas de Monterrey. Aunque aseguraban estar muertos por el viaje, enseguida revivieron y, con el jet lag a cuestas, se dirigieron a un bar de copas donde estuvieron bailando hasta altas horas de la noche.

Olimpia solo sacó el móvil para hacerse una foto de grupo, pero fue inevitable que se diera cuenta de que Gudrun aún no la había escrito. No dejó que aquello le estropeara la noche y quemó su impotencia con más saltos en la pista.

Edgar resultó ser un fantástico bailarín y Olimpia tan pronto se veía entre sus brazos como, al instante siguiente, sujeta de sus manos mientras giraban de un lado a otro.

—Te juro que hasta esta noche pensaba que no sabía bailar —le confesó ella, casi a gritos.

—Es que, al bailar, uno debe olvidar lo que sabe y dejarse llevar por lo que siente —le contestó él, antes de darle un beso en la mejilla y separarse para seguir moviéndose al ritmo de la música.

Sudorosos, agotados y algo ebrios, abandonaron el local de madrugada.

—¡Guey! No me extraña que quisieras venirte aquí —le dijo Diego a Edgar, palmeándole la espalda antes de salir corriendo hasta el borde del puerto.

Olimpia caminaba unos pasos por detrás del resto del grupo, con los ojos clavados en el mar. El reflejo de la luna dibujaba un camino que se perdía en el horizonte. Quizá, pensó, su padre se encontrara al otro lado de aquel puente de luz, observando la luna como estaba haciendo ella en aquel instante.

—Se llama *mangata*… —le explicó Edgar, cuando advirtió que estaba sola y que sus ojos se perdían en el océano—. Ese camino de luz de luna es una palabra sueca y solo existe en ese idioma.

—*Mangata* —repitió Olimpia—. ¿Te sabes más? Palabras que solo existen en un idioma.

—Algunas… Mi madre es filóloga y las colecciona. Me regaló un libro que se llama *Lost in translation* de una tal Sanders.

—¿Y cuál es tu favorita?

—Te vas a burlar de mí —dijo el mexicano, sonriendo—. Pero soy un romántico…

Y mientras decía eso, se quitó la camiseta que llevaba y se señaló el costado derecho. Olimpia tardó en advertir, más allá de su cuerpo fibrado y moreno, el tatuaje que le señalaba.

—¿*Kilig*? —leyó.

—Es tagalo, uno de los idiomas que hablan en Filipinas. Hace referencia a ese momento en el que te enamoras de alguien o algo y no puedes parar de sonreír y te falta el aire y todo te recuerda a… Bueno, no más tú me entiendes.

Entonces se volvió y le mostró un segundo tatuaje a la misma altura, pero en el costado contrario, que se conectaba con el primero con un fino hilo que le atravesaba la espalda.

—*Raz… liu… bit*. ¿Ruso? —se aventuró Olimpia.

—¡Premio para la dama! El *razliubit* describe ese momento en el que se comienza a acabar el amor, cuando se apaga la llama que te mantenía unido a tu pareja, y es inevitable, por mucho que trates de que no suceda…

—Es una palabra triste… ¿Por qué te la tatuaste si dices que eres tan romántico?

El chico se encogió de hombros.

—Precisamente por eso. Para recordarme que igual que llega el *kilig*, también acabamos sucumbiendo al *razliubit*. Cuando sientas que se acerca el final, hay que encontrar el modo de redescubrir a la otra persona y encontrar el *kilig* que te provocaba mariposas en el estómago. De ahí el hilo que las une. Además —añadió tras unos minutos en silencio—, incluso en el *razliubit* se esconde la belleza. Nos recuerda que nada es para siempre y que, precisamente, en esa fugacidad reside la magia de lo que vivimos: por eso hay que aprovechar cada segundo. Por eso hay que arriesgarse.

A la mañana siguiente, Olimpia, Albert y Dídac se despidieron de sus nuevos amigos y prometieron verse en Barcelona. Se pasaron los números de teléfono y emprendieron el viaje de vuelta a la Ciudad Condal.

Durante el trayecto, tal como Olimpia esperaba, su amigo la interrogó sobre Gudrun y ella trató de explicarle lo que sentía, pero le costaba mucho. No porque no quisiera sincerarse con él y Dídac, sino porque aún no sabía cómo describir lo que le pasaba. Y más ahora que la chica no daba

señales. ¿Habría llegado ya a casa?

Apenas la conocía, pero había entrado en su vida con una fuerza inusitada, dando un vuelco a lo que creía saber de sí misma. En lo más profundo de su ser, se sentía víctima de un terremoto que amenazaba con nuevas réplicas.

—Gudrun parece una chica fascinante —comentó Dídac, que se había mantenido en silencio durante toda la conversación entre su novio y Olimpia—, pero también parece de esas personas que no se dan cuenta de los efectos colaterales que tienen sus acciones. Mi exnovio era así…, y al final me dejó hecho polvo con todas sus buenas intenciones.

—¡No seas gafe! —exclamó Albert, dándole un manotazo en el hombro. Luego se volvió hacia Olimpia—. Aunque Dídac tiene razón: disfruta, pero ten cuidado, ¿vale?

La dejaron en su casa. Olimpia se despidió de ellos y entró, ansiosa por encontrarse con Gudrun.

—¡Ya he llegado! —anunció, pero no obtuvo respuesta—. ¿Gudrun? ¿Mamá? ¡Hola! ¿Hay alguien?

Revisó la planta principal antes de subir a las habitaciones, pero enseguida confirmó que estaba sola. No fue hasta dejar la mochila sobre su cama cuando encontró la nota garabateada en medio folio y un pósit encima. En este podía leerse con la letra irregular de su madre:

> Cariño, encontré esta nota pegada a la puerta de casa esta mañana.
>
> Un beso
>
> MAMÁ

Rápidamente, Olimpia arrugó el pósit y leyó la carta:

> Gracias por dejar que me quedara en vuestra casa, Olimpia. Tu madre es un amor, aunque no nos entendiéramos muy bien. No quiero que pienses que no he vuelto por su culpa, porque no es así.
>
> Me ha salido un viaje inesperado según volvía de Valencia: ¡unos amigos han alquilado una furgo y me voy con ellos a Marruecos!, ¿no es genial? Estaré desconectada del mundo un tiempo. Necesito encontrarme conmigo misma.
>
> Te avisaré cuando vuelva.
>
> Un beso en el alma,

Olimpia dejó caer el papel al suelo y se sentó en la cama. En la mesilla de noche, entre varios libros para pasar desapercibido, asomaba el atlas de su padre. No le hizo falta revisarlo para saber qué clase de amante acababa de marcharse: la oceánica. Ahora lo tenía claro.

**Las lágrimas de decepción que pugnaban por descolgarse de sus ojos hicieron temblar las notas que trataba de leer sobre la lejana Oceanía.**

## *EL AMANTE OCEÁNICO*

*Se guía por la inspiración del momento*
*y es impredecible: hoy te lo da todo*
*y mañana desaparece en cualquier aventura.*

*Como en el continente más lejano e ignoto,*
*es fácil perderse cuando se viaja*
*hacia su corazón.*

*El amante oceánico no hace planes,*
*improvisa, cambia de rumbo,*
*pega fuego a su nave*
*para luego reconstruirla de nuevo.*

*Es un pájaro de bosque que no puede ser enjaula-*
*do, y eso es lo que le da su atractivo,*
*lo que hace tan emocionante estar a su lado,*
*pero cuidado…*

*Para aventurarse con el amante oceánico,*
*hay que saber naufragar.*

# 20

# El poeta-robot

—¿Entramos? —preguntó Olimpia cuando estuvieron todos.

Había quedado a la puerta de El Espinario con Albert, su novio Dídac y Clara. Tras contarle a su mejor amigo lo sucedido con el francés, había decidido que quería estar allí cuando le dieran carpetazo al amante europeo. «Cualquier cosa para no pensar en Gudrun y en su ausencia», se dijo Olimpia.

Aquella velada del Club de los Poetas Vivos estaba igual de abarrotada que la anterior. Encontraron unos taburetes junto a una mesa alta cerca de la pared y pidieron las bebidas.

—¿Y si no aparece? —preguntó Dídac mientras el público aplaudía los haikus sobre las redes sociales de un rapsoda gordito.

—Aparecerá —le aseguró Clara—. Este lugar se ha convertido en el escenario perfecto para robarles el primer beso a todas las chicas que le gustan.

—La verdad es que conmigo sí funcionó… —confesó Olimpia, avergonzada.

Clara alzó las cejas como diciendo: «¿Lo ves?».

Era una chica risueña a la que le gustaba más escuchar que hablar, pero cuya timidez inicial no debía confundirse con una persona sin opinión. Al contrario, en cuanto tomaba confianza, Clara no tenía problema en decir lo

que pensaba, siempre con una delicadeza que a Olimpia le parecía admirable. Era una fanática del cine, la poesía y, en general, del arte. A todo le encontraba un lado romántico, y eso divertía a Olimpia. La razón por la que sus vidas se habían cruzado era poco habitual, pero habían encontrado motivos de sobra para seguir conociéndose.

—¡Ahí está! —exclamó Olimpia con el aliento contenido.

Como habían esperado, iba de la mano de otra chica. Tenía el pelo moreno liso, y cara de no entender qué hacían allí. Olimpia se preguntó si su expresión había sido la misma cuando entró en aquel sitio por primera vez.

En el escenario, un chico latino interpretó una canción de trap con una caja de ritmos en el regazo.

—Pues es mono —comentó Dídac mirando al francés en su mesa.

—Te lo dije —le respondió Albert.

Había que darles la razón. Era mono, no cabía duda, y desde lejos parecía material de novio perfecto. Cómo se reía, cómo acariciaba a la chica, cómo se esforzaba para que fuera la velada perfecta… Pero aquel era el problema: que en lugar de leer a quien estuviera a su lado, trataba de hacerlas encajar a todas en el mismo patrón.

—¡Va a salir! ¡Va a salir! —dijo Clara tratando de bajar la voz.

Todos miraron a Bernard, que en aquel momento sacaba de su bolsillo un folio doblado idéntico al que les había regalado a ellas dos. Un momento después, irrumpió en el escenario.

—¡Buenas noches a todos! Hoy no he podido dormir. Los ojos de una chica me deslumbraban en la oscuridad…

—Mierda, ¿lo ha cambiado? —preguntó Olimpia.

—Dale unos minutos… —respondió Clara, sin apartar los ojos del escenario.

—Así que tuve que hacer caso a mi musa y escribir las palabras que me inspiró. Esto es para ti, Sofía, dueña de mis desvelos.

Clara le dio un codazo a Olimpia justo cuando Bernard comenzaba a recitar las conocidas palabras:

—Siempre queremos estar donde no estamos…

—¡Ser quienes no somos! —exclamó Clara, haciendo que todo el mundo se girara hacia ella.

—Aparentar lo que no somos… —le siguió Olimpia, y se levantaron para acercarse al escenario.

Bernard tardó un microsegundo en reconocerlas, pero cuando lo hizo,

se puso lívido. Aun así, agarró con más fuerza el papel que tenía entre las manos y siguió:

—Ha… hasta que conocemos por fin a quien nos hace sentir únicos, especiales, perfectos.

—¡Esa persona ha llegado a mi vida y trabaja en…! Vamos, poeta, esa parte te toca rellenarla a ti —le interrumpió de nuevo Olimpia, en medio de las mesas.

—¿A qué te recuerdan los ojos de esta chica, Bernard? —le preguntó Clara, ya casi en el escenario—. ¿A los caminos de tierra de Normandía? ¿A los tejados de las casas de Normandía? ¿A las escarpadas rocas de Normandía?

Aunque muchos no entendían qué estaba pasando, el público de El Espinario estalló en carcajadas.

—Porque no sé si lo sabéis —añadió Olimpia levantando la voz hacia el público—, sus abuelos son de allí. ¿A que sí?

Bernard apretó con furia el folio que tenía entre las manos, incapaz de pronunciar palabra. Las dos chicas subieron al escenario en ese momento, y lo apartaron del micrófono para que Clara añadiera:

—Y, querida Sofía, nosotras que somos adivinas hemos escrito el final del poema que él te quería recitar. —Y con tono dramático empezó a leer—: «Ese futuro nos aguarda en nuestro primer beso, preludio de un universo compartido que no tiene fin».

—Sí —intervino ahora Olimpia—. Y ahora el poeta-robot debería bajar del escenario y, delante de todos, plantarte un beso. ¡Vamos, Bernard!

—¡Eso, vamos! —gritó un chico del público que llevaba unas cervezas de más.

Lívido como un muerto, el francés bajó del escenario y atravesó el local, sin siquiera mirar a su espantada cita, para finalmente salir corriendo por la puerta entre una algarabía de risas y vítores.

## 21

## La revelación

—Ayer me telefoneó tu madre —dijo Mercedes mientras se acariciaba la barbilla con los dedos—. Debo decírtelo, porque eres mi cliente.

Olimpia se removió en el diván sin llegar a girarse. Tras inspirar hondo para contener su amargura, replicó:

—Gracias por informarme. ¿Y puedo saber qué te dijo?

—Está preocupada por ti. Cree que vas muy pasada de revoluciones, como si quisieras vivir en dos semanas más de lo que has vivido en toda tu vida.

—Bueno, es su opinión…, y es mi vida. Solo yo puedo decidir cómo vivirla.

—Eso está absolutamente claro —dijo Mercedes mirándola con atenta ternura—. ¿Qué tal con tu chica? Ahora no recuerdo…

—Gudrun. —El solo hecho de pronunciar aquel nombre hizo que sintiera que se rompía por dentro—. Y no es mi chica. Se ha ido.

—¿Qué ha pasado?

Olimpia se encogió de hombros. Como si no le importara. Como si no sintiera aquella presión entre los pulmones al recordar el pósit.

—Unos amigos le propusieron visitar Marruecos y se largó. Da igual… —Guardó silencio y luego añadió, sin poder contenerse—: Bueno, ¡no da igual! Porque ni siquiera me ha ofrecido ir con ella. Sí, ya sé que estoy

trabajando y eso, pero me habría gustado que contara conmigo. Simplemente, ha desaparecido después de escribirme una nota de mierda.

—¿Y por qué crees que Gudrun ha actuado así?

Olimpia se incorporó, como impelida por un secreto resorte. En su cabeza la respuesta era obvia, pero enseguida comprendió que a la terapeuta le faltaba el mapa en aquel asunto.

Sin decir nada, abrió la mochila donde guardaba el atlas y se lo ofreció a Mercedes abierto por la página que tantas veces había releído.

La terapeuta se calzó unas gafas estrechas de montura transparente y se sumergió en las notas sobre aquel continente lleno de islas perdidas en el océano.

Sin esperar a que le diera sus conclusiones, Olimpia concluyó:

—Aunque sea danesa, Gudrun es un ejemplar perfecto de amante oceánico. Igual que mi padre.

—Tu padre no es así.

Aquella aseveración rotunda impactó a la joven paciente, que enfocó sus ojos verdes hacia Mercedes, como pidiéndole explicaciones. Por primera vez desde que iba a consulta, le pareció que la terapeuta estaba inquieta.

Mientras se peinaba con los dedos la cabellera plateada, le dijo:

—Hay algo que debes saber, Olimpia.

—¿Más chismorreos de mi madre? No me importa lo que opine de mí.

—No estamos hablando de tu madre, sino de tu padre. Yo le conocí cuando era solo un estudiante de Económicas que caminaba como un sabio despistado.

—Lo sé: eras amiga de mis padres —dijo, cada vez más incómoda—. Por eso vine aquí.

—Así es, pero conocí a tu padre antes de que empezara a salir con tu madre. Por eso es importante que sepas lo que voy a contarte.

Aparentando calma, Olimpia volvió a tumbarse en el diván y clavó la mirada en el techo, que tenía una fina grieta que lo atravesaba de forma sinuosa.

La terapeuta estaba dando muchos rodeos, pensó, y aquello no era nada propio de ella. En el fondo de su mente ya había alumbrado la razón por la que estaba mareando la perdiz, pero prefería que fuera Mercedes quien pronunciara las palabras que la paralizaron.

—Yo salí con tu padre, Olimpia.

La joven paciente se incorporó y giró la cabeza sin saber qué decir ni

cómo reaccionar a la revelación.

—Tuve una relación con tu padre hacia los veinte años. Lo conocí en la fiesta universitaria de los telecos y salimos un par de meses casi a diario. Al final, los dos llegamos a la conclusión de que no estábamos hechos el uno para el otro. Y, a diferencia de lo que suele suceder, seguimos siendo amigos. De hecho, aún recuerdo la tarde que me presentó a tu madre... Para él era importante mi opinión y, tras charlar un rato los tres en una cafetería, le hice saber con un gesto que encajaban a la perfección.

—De acuerdo... —respondió ella, suponiendo que aquello era lo que tenía que decir. ¿Sabía su madre que estaba yendo a terapia con la ex de su padre? Probablemente, supuso, pero aun así...—. ¿Por qué me cuentas esto?

Un rayo de luz que se filtraba por la persiana iluminaba miles de partículas de polvo hasta llegar a su rostro desconfiado.

—El motivo por el que dejamos la relación con tu padre fue porque yo le parecía muy alocada y él a mí muy previsible. Era un gran escuchador y tenía un corazón bondadoso, pero yo me aburría con él. Le gustaba hacer siempre las mismas cosas de la misma manera, ya era un hombre de costumbres en aquella época.

—Sé de lo que me hablas... —murmuró, bajando por un momento la guardia—. Por eso mismo, me resultó incomprensible que se fuera.

—No es el amante oceánico —dijo rotunda—. Tu padre odia la aventura, improvisar y cambiar de rumbo, como dice este atlas.

Mercedes hizo el ademán de devolvérselo, y Olimpia se puso de pie, cada vez más desconcertada.

—Si realmente es así... —suspiró. De repente tenía los ojos anegados en lágrimas—. ¿Por qué se ha ido?

La terapeuta le puso las manos sobre los hombros para confortarla:

—Lo acabarás sabiendo, pero no tengas duda de que tiene un buen motivo para ello.

# 22

## Alejarse para curar

El encuentro con la psicóloga no había calmado a Olimpia lo más mínimo. De hecho, se sentía mucho más alterada después de conocer la historia entre ella y su padre. Cuanto más creía acercarse a él, más distante lo sentía. Supuso que todo el mundo pasaba por aquel momento en su vida, tarde o temprano. El de descubrir que los padres no son superhéroes, que han cometido errores, al igual que ahora los hijos. Que no son perfectos.

Lo echaba tanto de menos…

El atlas no la estaba acercando a él. Más bien, todo lo contrario: la estaba alejando de cuanto conocía. Sobre ella, sobre la vida, sobre el amor… Le estaba provocando preguntas para las que no tenía respuesta o no quería tenerla.

Aquella mañana, nada más llegar a la librería, se encontró con una inesperada sorpresa: en el mostrador, como producto destacado, y en la estantería de novelas gráficas y cómics, alguien había dejado varios ejemplares de *Lost in translation*, el libro de las palabras intraducibles que le había recomendado Edgar en Cadaqués.

Ella llevaba el suyo propio, que se había comprado al día siguiente de regresar de la costa y que ojeaba constantemente, tratando de encontrar las palabras para su caos vital.

—Creo que venderá bien. —La voz de Óscar a su espalda la sobresaltó

—. No lo conocía y me ha parecido muy original.

—¿Los has pedido tú?

—Te vi el otro día tan absorta leyéndolo que... he encargado unos cuantos. Espero que no te haya molestado.

—¿Molestado? ¡Para nada! Eres muy atento.

Las mejillas de Óscar se encendieron mientras se daba media vuelta y regresaba a la estantería. Olimpia se lo quedó mirando, entre divertida y conmovida por aquel gesto.

El librero era tan silencioso y tímido que parecía tener el don de volverse invisible. Sin embargo, tenía los cinco sentidos en lo que sucedía a su alrededor. Ahora que lo pensaba, en las semanas que llevaba trabajando allí, apenas había cruzado unas pocas palabras con él, y siempre había sido Óscar quien se había acercado a ella, a pesar de su timidez.

De pronto sintió un nudo de culpabilidad en el estómago por no saber prácticamente nada de su compañero. Quiso remediarlo de inmediato, pero justo en ese momento Lola entró por la puerta principal con Minerva en el trasportín.

—¡Buenos días! —saludó, y liberó al felino, que salió disparado hacia algún rincón de la librería—. Olimpia, quiero hablar contigo.

Óscar asomó la cabeza entre las estanterías y la miró preocupado. Ella también tragó saliva antes de seguir a su jefa al despacho.

—Cierra la puerta —le pidió Lola, y tomó asiento detrás de un escritorio de madera cubierto de libros y cajas.

Más que un despacho, aquella habitación parecía un trastero. Sus estanterías estaban a rebosar de libros para devolver, catálogos, fotografías antiguas y algunas plantas de interior. Desde la única ventana se podía ver la cafetería.

—Estoy preocupada contigo, Olimpia. Últimamente te noto distraída, torpe, cansada. ¿Duermes bien?

—Más o menos... —respondió ella, enumerando mentalmente las tazas que se le habían caído en los últimos días, las veces que había dado mal el cambio a algún cliente, la cantidad de trabajo extra que le había provocado a su compañero sin pretenderlo—. ¿Óscar... se ha quejado?

—¿Óscar? —La mujer soltó una carcajada—. ¡Al contrario! El pobre se ha desvivido para que no me diera cuenta, pero no soy tonta, cariño. Esta librería es una criatura viva, con su corazón, sus ojos, su energía. Y yo sé cuándo está triste o algo no funciona.

El miedo a la peor consecuencia posible se le atragantó a Olimpia en la

garganta.

—¿Me… me vas a despedir? —preguntó en un hilo de voz.

—Todavía no. Te voy a dar una segunda oportunidad. Sé que para ti no es más que un trabajo de verano, un recuerdo para cuando crezcas y les cuentes a tus amigos aquella época en la que trabajaste en una librería y te enamoraste.

Olimpia pasó del susto a la confusión. ¿Enamorarse? No quiso insistir: Lola era una mujer demasiado peculiar como para tratar de encontrarle sentido a todo lo que decía. Lo importante era que, por ahora, podía seguir trabajando allí.

—Sin embargo, quiero ayudarte a que saques algo más que un puñado de anécdotas de este verano aquí. —Por primera vez desde que la conocía, Olimpia advirtió que se removía un poco nerviosa antes de añadir—: La madre de Albert me ha contado la situación que tienes en casa y… quería darte un consejo, aunque quizá me esté metiendo donde no me llaman.

Esta vez fue Olimpia quien se tensó en la silla, sin saber dónde posar la mirada. No quería oír hablar de su padre y del viaje. Menos a una desconocida. Pero se mordió el labio y esperó.

—Aún eres demasiado joven para entenderlo, pero a veces tenemos que alejarnos para cuidar a quienes más nos importan. A tu edad sucede al contrario: cuando te pasa algo, necesitas tener a tus amigos cerca. Si sientes que tus amigos están mal, corres a su lado. Pero al madurar, vivirás dolores que no sabrás curar sin distanciarte, para rehacerte en soledad y proteger a quienes no quieres que sufran por ello. Y estará bien. Desconozco la razón por la que tu padre se marchó, pero no cometas el error de juzgarlo. Como me dijo una vez mi madre: siempre nos falta información. Cada uno de nosotros somos fragmentos de una gran historia inconclusa y nos pasamos la vida desesperados por entenderla al completo. Y a veces necesitamos inventar las partes que desconocemos. En ese caso la imaginación puede jugar en nuestra contra. Y dicho esto, vuelve ahí fuera. ¡A currar! Y, te lo advierto, la próxima taza que rompas, la pagas con tu sueldo.

Olimpia levantó los ojos y se encontró con la mirada traviesa de la librera.

No advirtió que estaba llorando hasta que se cruzó con Óscar detrás de la barra y él le ofreció un pañuelo de papel, con delicadeza y sin decir una palabra.

# 23

## Leer a los lectores

**Los días que siguieron a aquella conversación, Olimpia se puso las pilas. Se obligó a dejar sus preocupaciones, agobios y desamores en la puerta de la librería antes de cada jornada. Hasta comenzó a apagar el móvil y a dejarlo en la taquilla para no distraerse.**

**Los ratos libres los dedicaba a leer muchas de las novelas y cómics que tenía pendientes para después recomendárselas a los clientes. Y cuando no sabía qué escoger, le preguntaba a Óscar, que al terminar cada jornada se acercaba con un libro en las manos.**

**—Este es el que te estaba esperando —le decía, sencillamente.**

**Y siempre acertaba. Ensayos, ficción, novelas gráficas, incluso álbumes ilustrados que le entraban por los ojos y por el tacto de las páginas y que se enraizaban a su intimidad hasta convertirse en parte de sí misma.**

**Desde el día del rapapolvo, Olimpia se había esforzado en conocerlo más. Le había juzgado injustamente y estaba demostrando ser un gran compañero. Además, a su peculiar manera, era un maestro en el arte de averiguar qué buscaba un cliente, incluso cuando ni ellos lo sabían.**

**—Cada persona que entra aquí dice más sobre ella misma de lo que cree… —le contó una tarde, mientras recogían antes de cerrar—. Fíjate en cómo se mueven, en lo que expresa su mirada, en los colores y las prendas que han escogido para vestir. Piensa en si te inspiran ternura, pena, alegría,**

esperanza…

—¡Pareces Sherlock Holmes!

Óscar sonrió y sus mejillas se encendieron como ascuas.

—Es mi manera de hacer mi trabajo aquí, supongo… Probablemente, me equivoque la mitad de las veces, pero unos cuantos han regresado para que les aconseje más lecturas. Así que, bueno, algo es algo…

—No creo.

—¿El qué? —preguntó sobresaltado.

—Que te equivoques. Conmigo has acertado de pleno todas las veces.

Óscar encogió el cuello, como si fuese una tortuga que quisiera guarecerse en el interior de su caparazón, y siguió colocando en los estantes la pila de libros que tenía entre los brazos.

En las últimas semanas, le había crecido considerablemente el pelo, advirtió Olimpia. Ahora lo llevaba recogido en una pequeña coleta que remarcaba aún más sus ojos oscuros y profundos, las cejas pobladas, las facciones afiladas y la nariz puntiaguda. Era delgado, pero no flacucho. Alguna vez, mientras colocaba los volúmenes en las estanterías más altas, Olimpia se había fijado sin querer en su abdomen fibrado cuando se le levantaba la camiseta.

—Olimpia…

—Eh, ¿sí? —respondió, distraída.

—Decía que… ¿si te importaría echar el cierre tú hoy?

—No, claro. Lo haré encantada —respondió cogiendo las llaves que le tendía—. Pero estaba pensando que igual te apetecería tomar…

En ese momento, la puerta de la librería se abrió y apareció una chica que debía de rondar la veintena. Era rubia, con curvas imposibles, y vestía unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

—¡Buenas noches! —canturreó, exhibiendo una sonrisa de actriz de cine mudo—. Te espero fuera, cari, que tengo la moto mal aparcada. ¡Adiós! —añadió en dirección a Olimpia que, de tan rápido como había sucedido todo, por un momento creyó que lo había imaginado.

—Me tengo que ir —le dijo él, nervioso—. Pero me estabas diciendo algo…

—¿El qué…? ¡Ah, no! Nada, nada, no me acuerdo —improvisó Olimpia, sintiéndose como una tonta—. ¡Vete, yo cierro! Disfruta. ¡Hasta mañana!

Su voz al despedirse le sonó excesivamente aguda, y sostuvo una sonrisa un poco crispada hasta quedarse sola. En cuanto se cerró la puerta, su sonrisa se desplomó y se dio la vuelta con vergüenza. ¿Por qué no le

había propuesto a Óscar tomar algo otro día? Era un compañero de trabajo. Nada más… ¿Qué importaba que tuviera novia?

Se escuchó el rugido de una moto y, más tarde, nuevamente el silencio.

«No quiero que se piense lo que no es», se dijo sin quitarse de la cabeza aquel bellezón. «¿Y qué es?», se preguntó a sí misma.

—¡Nada! —exclamó en voz alta, apoyada en la barra de la cafetería—. Nada.

Aquel atlas y la estúpida propuesta de Albert de enamorarse de alguien ese verano estaban acabando con su paciencia. ¡Como si algo así pudiera decidirse de antemano! Como si Gudrun, Bernard y, aparentemente, ahora Óscar hubieran aparecido en su vida solo para que ella pudiera catalogarlos, como una ornitóloga descubriendo nuevas especies de aves.

Cuando terminó de limpiar la encimera de la cafetería, fue a cambiarse. Al recoger sus cosas, vio que tenía varios mensajes en el móvil. Todos de Edgar. En ellos le proponía, si no tenía plan, quedar en la azotea del Hotel Casa Fuster, desde el cual se podía ver todo el paseo de Gràcia.

Había pasado muchas veces por delante de aquel edificio de estilo modernista, pero solo la sobriedad de la entrada y los botones aguardando la llegada de los huéspedes la habían intimidado demasiado como para intentar entrar siquiera. Aparte, debía de ser carísimo tomar una simple cerveza en aquel cinco estrellas. Aun así, una noche era una noche, y ¿cuándo volvería a tener una invitación para un lugar así?

## *EL AMANTE AMERICANO*

*Vive el amor como un éxito*
*que hay que compartir en sociedad,*
*pero es más efectivo de cara a la galería*
*que en las distancias cortas.*

*Raramente aparece solo, siempre hay a su alre-*
*dedor una corte de amigos, socios o aduladores,*
*y arrastra esa compañía*
*como un rey la cola de su capa.*

*Para el amante americano,*
*todo hay que compartirlo y celebrarlo.*

*Cuando se enamora, proclama a los cuatro*
*vientos lo que le dicta su corazón.*
*Cuando rompe, da explicaciones a todo el mun-*
*do, aunque no se las hayan pedido.*

*Su amor es como una pieza teatral*
*que se representa en un auditorio siempre lleno.*

# 24

## Cita en las alturas

**Olimpia se alisó el vestido con el que había estado trabajando todo el día, como si así pudiera convertirlo en una prenda distinta, más elegante, más sobria. A continuación, avanzó hacia la entrada. El botones le abrió la puerta y, tras darle la bienvenida con un gesto de la mano, le indicó dónde tomar el ascensor que la llevaría a la azotea y a Edgar.**

**Sintió que le sudaban las manos mientras se elevaba hacia las alturas, y el bolso-mochila que llevaba le parecía demasiado ridículo para un lugar tan distinguido. Se obligó a calmarse. A fin de cuentas, la habían invitado y no estaría sola.**

**Vio al grupo en cuanto accedió a la terraza. Era magnífica, con una piscina en medio e iluminada por hermosas farolas. Parecía el escenario de una película de Woody Allen. Junto a la balaustrada de piedra, en una esquina desde la cual se veía todo el paseo de Gràcia, el mexicano le hizo un gesto para que se acercara. Con él estaban los amigos que ya había conocido en Cadaqués y otros nuevos.**

**Edgar le dio dos besos en la mejilla cuando estuvo cerca.**

**—¿Viste? Ya no me confundo: me gusta más la costumbre de acá. ¿Por qué conformarse con un beso pudiendo tener dos? ¡Ven, te presento!**

**Los saludos y nombres se sucedieron tan deprisa como en la fiesta de Gudrun e, igual que aquella noche, Olimpia no se quedó con apenas**

ninguno. El recuerdo de la nórdica tampoco la ayudaba a concentrarse.

—Ven. ¿Qué quieres tomar?

En la mesa había tres botellas de champán y un cubo con tercios de cerveza. Olimpia eligió uno de los botellines y empezó a beber sin vaso.

—Luego me dices cuánto es —comentó, cohibida por irrumpir en aquella fiesta privada sin haber puesto ni un céntimo.

—¡Ni te preocupes! Estás invitada. El tío de Diego es íntimo amigo del dueño y nos ha organizado todo esto como bienvenida a Barcelona.

—Vaya, ¡pues gracias! Desde luego, hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Allí sobre todo —le dijo el mexicano, guiñándole el ojo.

A continuación, le contó cómo habían sido sus primeros días por la ciudad, los monumentos que habían visitado, las excursiones que tenía previstas, los ratos de playa…

—¿Y tú? —quiso saber él—. ¿Muchos planes con tu novio?

Ella lo miró extrañada, con el ceño fruncido.

—No tengo novio…

—¿Ah, no? Pensé que… no más te sentí un poco ausente cuando nos conocimos en Cadaqués, así que creí que era porque estabas con alguien. Discúlpame.

—No hay nada que disculpar: echaba de menos a alguien, es cierto. Pero no era mi novio. Una… amiga. —Olimpia le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de dar un trago a su cerveza—. ¿Qué tal tus proyectos?

—¡De maravilla! Nos falta un actor para iniciar el rodaje, no más. Te hablé de ello, ¿no? Un proyecto de vídeos en vertical…

—Sí, algo me contaste —dijo ella, sin reconocer que no se acordaba de nada.

—Será una historia de amor. Épica, actual, que defina de alguna manera nuestra generación.

—¿La de los que pueden permitirse una velada en esta azotea o la de los de allí abajo? —comentó ella, burlona.

—¡La de todos, Olimpia! Como si el amor entendiera de dinero… Al corazón le da igual que seas tú quien se está tomando la cerveza o quien nos la ha servido. Cuando se prende la mecha, ¡bam!, todo deja de importar. De ahí que se cometan las locuras que se cometen, renunciando incluso a nuestros principios.

—¡Pues menudos principios son esos que no resisten ni un romance!

—Al contrario: ¡qué miedo esos principios que, ni cuando el amor nos desnuda, se doblegan! ¿No te parece?

Olimpia reconoció con fingida seriedad:

—Antes de nada, necesitaría saber cuáles son mis principios.

—Lo bueno de ser jóvenes es que hay tiempo para cambiarlos. ¿Otra cerveza?

La velada transcurrió entre conversaciones, risas y bebida. De vez en cuando, se acercaba alguno de los amigos de Edgar para incorporarse a la charla. El acento latino del chico le parecía bonito, pero al cabo de unas cuantas cervezas, le resultaba embelesador. No obstante, bastó aquel pensamiento para que Olimpia decidiera que ya había bebido suficiente, por muy gratis que fuera la fiesta, y decidió pasarse al agua con gas.

Edgar estuvo pendiente de ella toda la noche. Le contó que en México había tenido una novia que le había apoyado mucho en su sueño de ser cineasta. De hecho, ella le había convencido de que se fuera a España.

—Pero rompimos dos días antes de viajar, ¿no es absurdo? Los dos sabíamos que nos limitaría mucho estar pendiente del otro viviendo yo aquí.

—¿No crees, entonces, en las relaciones a distancia?

—No creo que yo esté hecho para ellas —respondió él—. ¿Y tú? ¿Alguna vez has vivido algo así?

Ella se encogió de hombros y desvió la mirada, como quitándole importancia a lo que dijo a continuación:

—Creo que una vez estuve enamorada.

—No puedes *creer* haberte enamorado. *Sabes* que te has enamorado y no hay vuelta atrás. No hay un punto intermedio en el que dudas. Incluso cuando no quieres que pase y pasa… Puedes engañarte, pero en el fondo sabes que ha ocurrido y que, con suerte, no acabarás con el corazón destrozado.

—En realidad, sé que lo estuve. Pero lo pasé demasiado mal como para pensar que de eso va el asunto. Necesito creer que existen historias de amor con finales felices —comentó, compungida.

—De lo único que podemos estar seguros es de que no existen historias sin un final —dijo con expresión reflexiva—, por eso lo importante es disfrutar de la película… hasta el fin.

Olimpia asintió, aturdida por la simple verdad de aquellas palabras.

—¿Y de eso irá tu serie?

—En efecto… —Tras pensarlo un instante, le preguntó—: ¿Te apetecería

ayudarme a escoger al protagonista? Me gustaría contar con la mirada de alguien ajeno al proyecto que me diera su opinión.

—¿Qué tendría que hacer? —dijo sorprendida.

—Te mandaré un mensaje con la dirección y la hora del casting. Solo tienes que ver actuar a los candidatos y decirme qué te transmiten, si te gustaría verlos en pantalla. Eres mi público objetivo.

—¿Nada más? ¿Solo eso?

—¿Eso es un sí?

—Tú mándame el mensaje y ya veremos…

Por toda respuesta, Edgar le acercó su cerveza y ella brindó con su vaso de agua. No creía en supersticiones y no iba a empezar a creer en ellas ahora, mucho menos en aquella azotea, con Barcelona a sus pies.

# 25

## Solitario Jorge

—Le molas.

—¡No digas tonterías! —protestó Olimpia mientras bostezaba con el teléfono en la mano—. Había un montón de gente en la fiesta… Si le gustara, me habría propuesto quedar a solas.

—Edgar es así. Es un tío ultrasocial, pero lo que cuenta es que te prestaba atención a ti por encima de todos los demás, ¿no?

—Sí…, pero quizá solo trataba de ser amable.

—¿Y tú?

Mientras pensaba qué responder a eso, se abrió la puerta de la habitación y su madre dejó un sobre encima de la cama. Olimpia le mandó un beso con la mano. Desde que Gudrun se había marchado, parecía que hubieran firmado un pacto de no agresión. Su madre se había vuelto muy delicada con sus comentarios y gestos, como el artificiero que trata de desactivar una bomba. Por su parte, ella también intentaba ser más cariñosa. A fin de cuentas, ambas estaban solas en el mundo.

—¿No me contestas? —insistió Albert.

—No sé qué decir… —repuso Olimpia sin apartar los ojos de aquel sobre blanco; sabía perfectamente quién lo había mandado—. Ya sabes que mi cabeza va a mil por hora, pero mi corazón va mucho más lento. ¿Cómo quieres que me fije en Edgar cuando hace nada que estaba colgada por una

chica?

—Para ti eso no supone ningún problema. He llegado a la conclusión de que lo mismo eres sapiosexual.

—¿Qué me has llamado?

Albert rio al otro lado de la línea. Olimpia sopesaba ahora el sobre en sus manos, como si tratara de calcular el peso de aquellas palabras que llegaban de los confines del mundo.

—Sapiosexual es aquella persona que prioriza la inteligencia por encima del género. Se enamora del cerebro de una persona, sin importar que sea hombre o mujer. ¿No crees que puede ser tu caso?

—O quizá simplemente soy bisexual y ya está. No es por nada, pero tampoco estoy yo tan segura de la inteligencia de Gudrun ni de que sea eso lo que me tiene así, quizá es más superficial de lo que pensaba —dijo bajando la voz, por si su madre estaba al otro lado de la puerta; no quería darle la razón—. El hecho de no parar quieta y ser totalmente imprevisible no significa que seas genial..., ¿o quizá sí?

—Bueno, eso no prueba que seas una lumbrera, aunque para vivir así se necesita una gran capacidad de adaptación. Puedes llamarlo carisma también, ya que los viajeros como Gudrun saben ganarse a la gente para que los inviten y alojen en todas partes, como hizo en tu casa.

—Ya..., para luego no mandar un solo mensaje —dijo sintiendo cómo dentro de ella se reavivaba el fuego del resentimiento—. Supongo que aquí la idiota soy yo. Bueno, tengo que dejarte, Albert. De aquí a media hora debo ir para el curro y aún tengo que ducharme y... —Tras mirar la carta que sostenía entre sus dedos, prefirió no decir nada—. En fin, que pases un día bonito. Besos a Dídac de mi parte.

Tras colgar, abrió con cuidado el sobre. Tal como había sospechado, la fina hoja contenía la escritura de su padre.

> Querida Olimpia:
>
> Hoy he llegado a Panamá, el único lugar desde el que es posible pasar del Caribe al Pacífico, de un lado al otro de América. ¿Sabes que, aunque se inauguró en 1914, en el siglo XIX el científico alemán Alexander von Humboldt ya proponía que se construyera un canal que atravesara Centroamérica?
>
> Mañana voy a cruzar esos ochenta y dos kilómetros y pondré rumbo hacia las Galápagos. Quizá nunca te conté que era mi sueño desde niño. Se encuentran a mil kilómetros de la costa de Ecuador y fue donde Darwin ideó su teoría de la evolución. Allí permanecen cientos de especies en peligro de

**extinción.**

**La fascinación por ese lugar me volvió hace unos años, sin imaginar que ahora estaría vagando por los mares del mundo, al leer en un periódico sobre la muerte de Solitario Jorge (Lonesome George).**

**Último ejemplar del mundo de la Tortuga Gigante Pinta, fue descubierto en 1971 cuando creían que la especie estaba extinguida. Nadie sabe cuánto tiempo llevaba caminando solo, pero vivió hasta 2012 en su melancolía.**

**Imagino lo solo que debió de sentirse Lonesome George, como se le conocía en todo el mundo, al pasar buena parte de sus cien años de vida sin amigos, ni pareja posible.**

**Pensar en esa tortuga que pesaba más que yo me ayuda ahora a sobrellevar con dignidad mi propia soledad.**

**Te quiero.**

**PAPÁ**

# 26

## El quinto candidato

**El casting se había fijado para la mañana del domingo, la única en la que Olimpia podía dormir hasta el mediodía. Al sonar la alarma, primero se había maldecido por haber aceptado la propuesta de Edgar. Sin embargo, tras pasar por la ducha y tomar un té y una galleta, ya no le había parecido tan mala idea.**

**En la línea amarilla del metro, mientras se dirigía a Poblenou, pensó que sería divertido elegir a un actor para una serie que, quién sabía, lo mismo la veían en el mundo entero a través de internet.**

**Repasó en su móvil las notas de Edgar sobre la escena que interpretarían los candidatos al papel protagonista.**

Xavier entra en la habitación de Mindy, que se está peinando frente al espejo en tejanos y sujetador. Al oír la puerta, ella se pone de pie, avanza hacia él y le dice:

M: Pensaba que ya te habías marchado…
X: Necesitaba verte una vez más.
M: ¿Para qué?
X: Para recordarte cuando lo nuestro ya no sea.
M: Oh, no, Xavier. Otra vez, no…

Xavier se acerca para besarla, y ella, aunque duda y en un principio trata de detenerlo, al

final sucumbe y empieza a desabrocharle los botones de la camisa. Tras contemplar su torso desnudo, Mindy lo abraza muy fuerte y, cerrando los ojos, le besa el cuello. FIN DE LA ESCENA.

Olimpia rio al leer aquello, que le sonaba a culebrón de primera hora de la tarde. De hecho, tenía miedo de no poder aguantar la risa cuando actuaran los candidatos, que habían sido reclutados en el Institut del Teatre para, según el mexicano, «comprobar la química entre ellos delante de la cámara».

**El casting tendía lugar en Palo Alto, un complejo de talleres de artistas que Olimpia jamás había visitado. Siguiendo las instrucciones, una vez en el recinto, atravesó un callejón flanqueado de cactus hasta un espacioso almacén.**

**Nada más cruzar la puerta de hierro, vio que el set de rodaje ya estaba montado, lo cual le hizo darse cuenta de que llegaba diez minutos tarde. Dos potentes focos iluminaban una silla frente a un tocador con un gran espejo de sobremesa.**

**En la penumbra vislumbró a varias figuras que susurraban entre ellas. Sin duda, se dijo, eran los candidatos del Institut del Teatre.**

**Edgar estaba ya sentado en la silla del director, a unos cuatro metros de la escena. Tras darse dos besos, Olimpia le preguntó:**

**—¿Hay otra silla para mí?**

**—Todas las que quieras, pero no más tengo que pedirte un favor muy especial… —dijo nervioso—. Otro, aparte de haber venido a ayudarme.**

**—Claro…, ¿de qué se trata?**

**—La actriz que se sentará frente al espejo, una amiga mexicana, tiene gastroenteritis y no podrá venir. ¿Podrás cubrirla para las filmaciones de prueba, además de ayudarme a elegir al actor?**

**—¿Y lo de ver la química entre ellos que decías en el mensaje?**

**—Tendrás que valorar la actuación de cerca: no puedo retrasar más el rodaje.**

**Sofocada, Olimpia se dijo que aquello era un castigo divino por haberse reído de aquella escena durante el viaje en metro. Le daba vergüenza interpretar ese papel con tejanos y sujetador, pero tampoco quería parecer una mojigata.**

**Edgar parecía haberle leído el pensamiento, ya que enseguida le dijo:**

**—No es necesario que te quites la camiseta, aunque en el rodaje será así. Basta con que ocupes la posición de la actriz y sigas la escena. Ni siquiera has de hacerlo bien, ya que estaremos pendientes de elegir al candidato. ¡Tú también!**

—Okey... —dijo avanzando hacia la silla frente al tocador, tratando de ocultar su nerviosismo.

Justamente llevaba tejanos y bambas, además de un suéter de punto bastante caluroso. No había contado con que los focos la apuntarían a ella, aumentando la temperatura ya tórrida unos cuantos grados más.

—¡Acción! —gritó Edgar.

Esforzándose por ser natural, Olimpia empezó a cepillarse el cabello, que se trabó un par de veces porque no había pensado en ponerse acondicionador.

—¡Se oye la puerta! —avisó Edgar para que la actriz de sustitución, Olimpia, se girara hacia el chico que entraba en escena.

Olimpia se puso en pie a la vez que se volvía hacia un chico pequeño y musculado. Le costó horrores soltar la frase:

—Pensaba que ya te habías marchado...

—Necesitaba verte una vez más.

—¿Para qué?

—Para recordarte cuando lo nuestro ya no sea.

—Oh, no, Xavier. Otra vez, no...

El candidato hizo el ademán de besarla, y ella le hizo la cobra, para luego, paradojas del amor, empezar a desabrocharle los botones de la camisa. Probablemente, una actriz de verdad le daría más sentido a aquel guion. Los ojales resultaron ser demasiado pequeños, por lo que sus dedos tuvieron que trabajar más de la cuenta —en la filmación real habría sido un «¡Corten!»— para abrirle la camisa y descubrir un pecho rasurado de culturista.

Cuando ella le abrazó, el aspirante a actor se quedó congelado. Incluso al posar sus labios sobre su cuello, sintió que besaba una piedra.

—¡Gracias, Ramón! —gritó Edgar antes de llamar al próximo.

A este siguieron otros tres, que parecían igual de poco dotados para actuar, al menos delante de una cámara.

Antes de que entrara el quinto aspirante, Olimpia sintió que se iba a derretir con aquel suéter. El calor allí era infernal y temía marearse si no lo remediaba pronto. Haciendo un rápido escaneo mental, recordó que aquella mañana se había puesto un sujetador de algodón blanco bastante nuevo, con un poco de espumilla que ayudaba a levantar el suave busto. No tenía de qué avergonzarse, se dijo. Aquel era un buen momento para demostrarse que no temía mostrar su cuerpo, al contrario. Antes de que el mexicano volviera a gritar «¡Acción!», Olimpia levantó la voz:

—Creo que voy a llevar el vestuario propio de la escena. Tal vez así parezca más natural…

—¡Perfecto, dale! —la animó Edgar.

Olimpia sintió cierto vértigo al sacarse el suéter por la cabeza. Tras echarlo a un lado, miró su cabeza despeinada en el espejo y luego su pecho erguido dentro del sujetador. No había nada de lo que avergonzarse.

—¡Acción!

En la quinta prueba, mientras se cepillaba el pelo, no necesitó de ningún aviso para saber cuándo entraba el actor que interpretaba a Xavier. De alguna manera, sintió que ya estaba allí.

Al ponerse en pie y girarse experimentó nuevamente vértigo, porque sabía que Edgar la estaría mirando…, pero aquella impresión ambivalente, en la que se mezclaba el rubor y cierta excitación, quedó eclipsada al ver al quinto candidato.

Se llamaba Sergio. Era alto, ancho de hombros y estrecho de cintura. Bajo el cabello castaño rizado, sus facciones armoniosas recordaban a las de una escultura griega. Una camisa de seda color burdeos envolvía como un guante un pecho que se adivinaba también escultural.

—Pensaba que ya te habías marchado… —murmuró Olimpia.

—Necesitaba verte una vez más.

—¿Para qué?

—Para recordarte cuando lo nuestro ya no sea.

—Oh, no, Xavier. Otra vez, no…

Su mirada la acarició con tal arrebato que, cuando el actor trató de besarla, ella habría dejado que lo hiciera de buen grado. Sin embargo, regresó inmediatamente al guion, dando un paso atrás, como indignada, antes de entregarse a la falsa pasión. Luego sus dedos se afanaron en desabotonar la camisa de seda, hasta dejar a la vista un pecho fibrado y cubierto por un fino vello dorado.

Tomándose muy en serio su papel de Mindy, lo abrazó con ganas. Mientras sus pechos se apretaban contra la caja torácica de Xavier, le pareció que el corazón del chico iba tan rápido como el suyo.

Abrazada a él con los ojos cerrados, cuando le besó el cuello sintió la erupción de un volcán en su interior.

«Oh, no, Olimpia», pensó. «Otra vez no…»

# 27

## Por encima de la luna y las estrellas

**Sus dedos parecían darle los buenos días con las caricias en la cintura. Con el beso en el cuello parecía preguntarle qué tal había dormido. Olimpia, para responderle que bien, se giró y le besó los labios. Y para saber si él también había descansado, pasó su mano por el suave vello de su pecho y bajó por su abdomen hasta el ombligo.**

**Era algo más que atracción. Era una pulsión física, cuántica y química. Era un calor que sofocaba y derretía. Y también un frescor más agradable que la brisa que se colaba por el balcón abierto de la habitación.**

**Era algo nuevo lo que había despertado en ella la noche anterior.**

**Era su cuerpo reaccionando como las hojas verdes al rocío matutino. Era algo que se escapaba de cualquier lógica; no: que seguía su propia lógica. Como una galaxia que se rigiese por otras leyes. Era tiempo condensado en una botella de la que solo bebían ellos dos y que los embriagaba como ningún afrodisíaco. Era su piel reaccionando a la de ella como una dulce adicción que abrasaba de placer. Era algo incontrolable, y Olimpia no quería pensar en ello. Porque sabía que la consciencia ahogaría ese fuego y lo convertiría en humo. No quería pensar para no tener que darse explicaciones ni a ella misma.**

**Por eso volvió a besarle. Con más fiereza. Pero en cuanto pensó que no quería pensar, sucedió lo inevitable.**

Recordó el día anterior en el casting. Cómo, cuando terminaron de improvisar la escena, Sergio le propuso tomar algo. Edgar, que los había escuchado, decidió que sería buena idea descansar y comer algo todos juntos.

En una cafetería cercana a las naves, entre bocadillos, hamburguesas caseras y latas de refresco, el mexicano anunció que habían encontrado, por fin, al protagonista de la *webserie*. Olimpia aplaudió como la que más. En un impás a solas, le había comentado a Edgar sus impresiones y lo mucho que le había gustado Sergio. Finalmente, logró disipar sus dudas.

Edgar y Sergio se habían sentado junto a ella. Uno a cada lado. Y fue una comida tan divertida que, para cuando quisieron darse cuenta, ya eran las cinco de la tarde. El resto del equipo se había ido a preparar las luces y los detalles técnicos para el rodaje del día siguiente y, al cabo de un rato, aunque trató de alargar su presencia, Edgar también tuvo que abandonarlos.

A Olimpia no se le escapó la mirada lastimera que les dedicó antes de dejarlos solos. Una mirada que, ya fuera por el rato que acababan de pasar o por las insinuaciones de Albert sobre los sentimientos de Edgar, Olimpia notó cargada de algo parecido a los celos. Aunque probablemente lo hubiera imaginado. El chico solo había sido amable con ella. Nada más.

Desde aquel bar, Sergio y ella habían paseado hasta el metro más cercano, y de allí se habían ido al centro de la ciudad. Por el parque de la Ciutadella se habían agarrado de las manos y, camino de la plaza Catalunya, Sergio había pasado su brazo por encima de su hombro y ella había podido percibir más claramente el aroma de su *aftershave*.

A Olimpia le hacían gracia sus mejillas cubiertas de pecas y los hoyuelos que se le formaban al sonreír. Le había contado que estudiaba Interpretación desde niño y que cada semana se presentaba a una decena de castings, esperando que alguno le lanzara al estrellato.

Desde luego era guapo, pensó; tenía carisma, porte y un tono de voz grave y profundo que hacía vibrar cada célula de su cuerpo y que contrastaba con aquella cara inocente, casi angelical. Sus ojos eran de un azul que, más que recordarle al hielo, le hacían pensar en el corazón de una llama. Una en la que se dejó consumir en cuanto el chico, tras unos instantes de miradas en silencio, se acercó a ella y la besó al comienzo de la Rambla.

El primer beso lo dio él, pero los siguientes fue ella quien los buscó con un ansia hambrienta que pronto fue insuficiente. Quería volver a tocar ese

cuerpo, esta vez sin gente mirando, ni un guion que recitar. Libre. Por eso, cuando él le propuso ir a su casa, ella no dudó en acompañarle.

—Vivo con compañeros de piso, pero creo que no están —le dijo.

En efecto, el enorme apartamento, en un octavo sin ascensor, estaba vacío, y Sergio tenía una amplia habitación con un balcón desde el que se veían los tejados de alrededor. Pero apenas le dedicó un suspiro a aquellas vistas. Enseguida los brazos de Sergio la envolvieron por detrás, levantándole la camiseta con suavidad.

Esta vez, cuando ella le desabotonó la camisa, los dedos se movieron con prisa, igual que cuando le quitó el pantalón mientras él se deshacía de su sujetador. En el slip del chico se marcaba su erección, que Olimpia notó palpitar sobre su piel cuando le abrazó, los dos de rodillas sobre la cama.

Pronto les faltó piel para sus manos. Y les sobró la ropa interior y la vergüenza. Los dedos tocaban, acariciaban, descubrían el cuerpo del otro, y sus labios iban detrás comprobando que no quedara ni un centímetro sin colonizar.

Para su sorpresa, los nervios de saber hacia dónde se encaminaban no asustaron a Olimpia. Al contrario: Sergio tenía una forma de mirarla, de estar presente en cada segundo, que le procuraba una paz insospechada. Siempre había imaginado que perdería su virginidad con alguien de quien estuviera perdidamente enamorada, un novio de varios meses o quizá años. Nunca se había planteado que sería con un recién conocido, una tarde cualquiera de verano, en un piso de estudiantes.

Y, sin embargo, aquel escenario, aquel instante, le parecía perfecto. Estaba segura de lo que quería. Él estaba claro que sabía cómo hacerla sentir cómoda y excitada, y Olimpia quería aprender y conocer. Era una sensación distinta a la que le había provocado Gudrun, se descubrió pensando en un instante. Ni más ni menos intensa. Distinta. Y esa diferencia fue lo que hizo que enseguida olvidara todo lo demás y se centrara en el presente.

Por suerte, Sergio tenía una caja de preservativos sin estrenar en la mesilla de noche y fue tan paciente con ella, tan dulce a pesar del calentón de ambos, que logró que el pudor que sentía por ser virgen desapareciera.

—No sé si lo lograré —le dijo en un susurro—. Pero te prometo que voy a intentar que este momento lo recuerdes como algo bonito y especial toda la vida.

Ella se sonrojó al instante, más que cuando se había desnudado ante él, y respondió:

—Espero estar a la altura…

—Ya lo estás, Olimpia —le aseguró él—. Por encima de la luna y las estrellas.

La primera vez fue incómoda, no podía negarlo. A pesar del cuidado de Sergio, le dolió. Pero después todo fluyó mejor de lo que jamás había imaginado.

El sexo era algo de lo que se oye hablar mucho antes de que se sepa incluso qué es realmente. Cuando se es joven, pensaba Olimpia horas después, exhausta entre las sábanas, el sexo es tabú, miedo, egoísmo, advertencia. Pero una vez que te haces mayor, descubres que también es cuidado, cariño, generosidad, placer, belleza… Una belleza que, como ella misma descubrió esa noche, se multiplicaba con la persona adecuada.

Cuando los dos comprobaron que haciendo el amor tenían la misma complicidad, si no más, que cuando se besaban y se tocaban, no hubo vuelta atrás. Ella era nueva en las artes amatorias, pero sus gestos nacían de un instinto animal que la hacían desear, buscar y encontrar lo que ambos necesitaban. Y lo mismo notaba que le sucedía a Sergio.

Para cuando cayeron sobre el colchón, agotados, sudados y felices, era ya de noche. Olimpia hizo un amago de irse y, como si le hubiera leído el pensamiento, Sergio le pidió que se quedara. La chica solo tuvo fuerzas para escribir un mensaje a su madre y decirle que no se preocupara, que pasaría la noche en casa de Albert.

Pero ahora, con la claridad solar entrando por la ventana, con el ruido de la calle y las conversaciones de los vecinos, el mundo parecía reclamarla de vuelta. Esa mañana le tocaba abrir la librería a ella, recordó de golpe, y tuvo que pedirle a Sergio que se detuviera.

—Me… me tengo que ir al trabajo —le dijo, sintiéndose como una traidora.

Él puso fin al camino de besos en su hombro y se apartó sin dejar de sonreír.

—Te acompaño —dijo, saltando fuera de la cama—; no vayas a perderte por el camino.

Olimpia arrugó la nariz para seguirle la broma, aunque no estaba segura de que no lo hubiera dicho en serio. En cualquier caso, pensó, aquel comentario le ayudó a controlar el impulso de abalanzarse sobre él y pedirle que siguiera besándole los hombros, el cuello y hasta el último rincón de su cuerpo. Estaba madurando, pensó. Y en ese instante, se lamentó por ello.

# 28

## Interferencias

**Aunque hacía tiempo que iba a consulta, Olimpia tuvo la sensación de estar por primera vez en aquel despacho en el centro de Barcelona. Las persianas bajadas para propiciar una penumbrosa intimidad no lograban relajarla, debido al nuevo actor que había entrado en escena. Mejor dicho, a la nueva actriz: su madre.**

**Con el diván arrinconado en una pared, se sentaba en una butaca a su derecha, con Mercedes frente a ellas completando el triángulo.**

**—Os agradezco mucho a las dos que hayáis venido —dijo la terapeuta, conciliadora—. Olimpia es mi paciente, pero de forma puntual será muy nutritivo poder hablar de este conflicto en un entorno neutral.**

**—¿Vas a ejercer de juez de paz? —le preguntó la madre con una mezcla de cansancio y complicidad.**

**—En absoluto, no me corresponde juzgar nada. Como mucho, haré de traductora. Es decir, os devolveré en un lenguaje lo más sencillo posible lo que salga en la sesión. Quizá puedes empezar tú aportando tu visión de lo que ha sucedido las últimas semanas.**

**Olimpia agradeció secretamente que no fuera ella quien tuviera que abrir fuego, ya que desde que habían entrado en la consulta el móvil no dejaba de vibrar sobre su regazo.**

**Las palabras de su madre se perdieron en la neblina mientras miraba de**

**reojo los mensajes:**

SERGIO
No dejo de pensar en ti ni un instante.
Estoy intentando memorizar el texto
del casting y no me entra ni una línea.

—… soy partidaria de la libertad para todo el mundo. También para mi hija, que ya es mayor de edad. Pero eso no significa que tenga libertad para insultarme.

**—Yo jamás te he insultado, mamá —replicó, reconectando a tiempo.**

**—Hiciste algo peor —dijo con las mejillas encendidas—. Me heriste en lo más profundo al insinuar que crees que tu padre se fue por mi culpa. ¿Te das cuenta de lo que eso duele con lo que estoy viviendo?**

**—*Estamos viviendo*, mamá, yo también sufro la ausencia de papá. Además, te pedí perdón al momento de decirlo.**

**—No, no lo hiciste.**

**—Pues lo pensé —repuso Olimpia, un poco más nerviosa con cada vibración del móvil.**

SERGIO
Lo de anoche fue salvaje, atómico.
Si estuvieras aquí, te haría de todo…

SERGIO
En lo que llevo de mañana
me he hecho ya dos pajas
pensando en ti.
Y, aun así, no logro apagar el fuego.
¿Quieres una prueba?

Tras haber desviado la mirada un instante para leer los mensajes, Olimpia dio rápidamente la vuelta al smartphone, que vibró dos veces más. Se estaba empezando a enfadar, pero no con su madre o con Mercedes, sino con Sergio y su fogosidad. Le había pedido que le diera una tregua durante la sesión, ¿por qué insistía?

**—Aunque no vale solo con pensarlo, Olimpia, darse cuenta enseguida de que se ha dicho algo hiriente o inapropiado es una buena muestra de inteligencia emocional —recapituló la terapeuta—. Sin embargo, la cuestión es lo bastante importante para ir más allá de las palabras. Ahora te**

pregunto a ti, Olimpia: ¿qué sentías un momento antes de soltar esa *frase desafortunada*?

—Mucha rabia —reconoció, mirando a su madre—, porque me hablaste con desprecio de una amiga que para mí era muy importante y que invitaba por primera vez a casa.

—Ya..., esa amiga que después de estar a pan y cuchillo se largó con la misma ligereza con la que había venido. Espero que no te moleste mi comentario, porque es algo de lo que te has dado cuenta tú misma.

En este punto, Mercedes decidió volver a intervenir:

—Para que la sesión funcione, es importante que nadie hable por boca del otro. Si Olimpia ha advertido algo y le apetece contarlo, solo a ella le corresponde hacerlo.

—No me apetece —se apresuró a decir la aludida—. Es agua pasada. Y si me dolió en su momento, no tengo ganas ahora de revivirlo.

Su madre le tomó de la mano y se la apretó con suavidad, como disculpándose por haber sacado el tema de nuevo. De pronto, la ira que sentía se apaciguó. Se le había olvidado hasta ese momento aquel don que tenía su madre para calmarla, y la nostalgia de un pasado más tranquilo la embargó por dentro. No era enfado lo que sentía cuando se enfrentaba a su madre, sino impotencia porque ella tampoco pudiera salvarlas de la ausencia de su padre. Olimpia le devolvió entonces una sonrisa triste y le pidió perdón en silencio por haberla cargado con una culpa que no le correspondía. Supo que su madre la había entendido.

## *EL AMANTE AFRICANO*

*Se guía por la piel y la pasión,*
*domina el cuerpo a cuerpo*
*tanto como aborrece la lejanía.*

*Su necesidad es de contacto,*
*necesita ver confirmado su amor momento a*
*momento, por eso acaba resultando agobiante*
*a quien precisa de un jardín privado.*

*Generoso y entregado,*
*todo lo da, pero también todo lo pide.*
*Si no obtiene la totalidad, desata un vendaval,*
*ya que adolece de impaciencia y celos.*

*El amante africano, más que ningún otro,*
*obliga a la fusión.*

*Su geografía es la caricia, el abrazo y el beso,*
*hacer del cuerpo del amante su hogar perma-*
*nente. donde el fuego nunca se apaga.*

*De tanto avivar las brasas, a veces se escapan las*
*llamas incendiando la casa.*

# 29

# Sin rumbo

La ola de calor que azotaba Barcelona parecía haberse instalado también en el cuerpo de Olimpia. A pesar de mostrarle su enfado por su insistencia durante la terapia, Sergio no había aflojado. De los mensajes pasó rápidamente a enviarle fotos subidas de tono que la devolvían de golpe a la noche en que se habían conocido. A su cuarto. A su cama.

Tal como pasara en la consulta, tenía que hacer auténticos esfuerzos para concentrarse en lo que estaba haciendo y no mirar el móvil.

Aquella mañana de sábado se despertó con otros cuatro mensajes del actor. Que necesitaba verla. Que no podía estar ni un minuto más sin tocarla. Que le dolía ver la cama tan vacía. Se sentía halagada, pero suspiró agobiada y le dijo la verdad: que aunque también quería verle y repetir aquella noche de pasión, no podía. Albert vendría a buscarla para ir a desayunar y por la tarde había quedado con su madre para ir a la bolera.

Habían fallado demasiados martes seguidos en su costumbre de pedir sushi y ver una serie, pero de pronto su madre había rescatado otro ritual que habían tenido los tres cuando ella no era más que una niña. Muchos sábados, su padre, su madre y ella iban al Bowling Center y jugaban varias partidas antes de cenar. Sin embargo, el trabajo, el estrés, las exposiciones de su madre y —tal vez lo más importante— la adolescencia de Olimpia habían acabado con esas citas familiares antes de que ella cumpliera los

catorce.

No sabía qué le había picado a su madre aquel día, pero le había pedido que cancelase cualquier plan que tuviera con sus amigos para ir con ella esa noche a la bolera y a cenar. Lo había dicho sin darle opción a replicar, con el mismo tono que utilizaba cuando hablaba con su marchante de arte. Por eso había tenido que reestructurar su plan con Albert y quedar para un *brunch*.

—El otro día escuché en una serie que el *brunch* es un desayuno para pijos que no tienen que ir a trabajar —comentó ella cuando por fin les sirvieron los huevos benedictinos y los zumos de naranja, un buen rato después de haber entrado en el pequeño local de Gràcia.

—Pues tú me dirás qué tiene de pijo hacer media hora de cola para tomarte un zumo de naranja y unos huevos con beicon —respondió él, gruñón.

Ignorando las quejas de su amigo, Olimpia soltó:

—Creo que he encontrado a los amantes americano y africano.

A Albert se le iluminó el rostro.

—Entiendo que el americano es Edgar, ya lo había pensado. Por eso de que le encanta exhibir sus sentimientos en público y siempre está rodeado de gente. No conozco a un animal más social que él. En cuanto al africano… No me estarás diciendo que has conocido a alguien más en los últimos… ¿dos días?

Olimpia se encogió de hombros y le dio un sorbo al zumo para no tener que responder. Pero Albert no necesitó más.

—Querida, no sé qué te pasa últimamente, pero me encanta que no te pueda seguir el ritmo. ¿Quién es? ¿Y cómo sabes que es el africano? ¿No se supone que ese es el superfogoso? ¿El de la piel y los besos, y todo eso de las caricias y el fuego? ¿Cómo vas a saber que lo es si…? —Volvió a quedarse en silencio, alucinado—. Un momento, un momento… ¡¿Os habéis acostado?!

—¿Te importa bajar la voz?

—¡No puedo bajar la voz! Mi mejor amiga me ha vuelto a traicionar. ¡Deberías haberme llamado inmediatamente después de que sucediera!

—¡Albert!

—Lo digo en serio. Muy mal por tu parte. Ahora… ¡cuéntamelo todo! ¡Ya!

Olimpia no se hizo de rogar. Prefería hablar de manera voluntaria antes que responder a un interrogatorio a voz en grito. Cuando terminó de

contarle cómo había conocido a Sergio y la noche que habían pasado juntos, Albert tenía la mandíbula desencajada y su plato de comida se había quedado frío.

—¿Puedo hacerme de tu club de fans? ¿No tienes club de fans? Ya está: lo monto yo y me hago presidente. ¡Oli, esto es muy fuerte! Definitivamente, has encontrado al amante africano. ¡Y menuda pieza! Joder, me pongo cachondo nada más escucharte.

—¿Quieres controlarte? —le suplicó ella, sonrojada mientras contenía la risa—. Aún no entiendo qué me pasó. No me reconozco.

—Nadie puede reconocerse en algo que hace por primera vez.

—Supongo…

Horas después, en su cuarto, mientras esperaba a que su madre terminara de vestirse, y con el atlas abierto sobre las rodillas, Olimpia comprendió que se estaba equivocando.

Se le había olvidado una parte fundamental del mensaje de la primera carta de su padre. La pregunta que debía hacerse no era qué amante encajaba con ella. La pregunta acertada era a qué continente pertenecía su corazón.

Y hasta que no encontrara respuesta a ello, por muchos atlas, guías y brújulas que la rodeasen, seguiría vagando sin rumbo e igual de perdida en los mares del amor.

# 30

# Pensión Oasis

**Sergio llevaba media tarde en la Wollstonecraft haciendo ver que leía el tercer volumen de *Persépolis*. Mientras removía con la cucharilla su *matcha latte*, iba levantando la mirada de la novela gráfica para estudiar qué pasaba en el café de la librería, lo cual no era mucho.**

**Desde que había llegado, a las seis de la tarde, había entrado media docena de clientes a remover las estanterías. Dos de ellos habían comprado e intentado pagar en la barra, momento en el que Olimpia los había redirigido hacia Óscar.**

**Por su parte, el librero había visitado el café un par de veces. Una para buscar un ejemplar en mejor estado de *Maus*; otra para tener una breve conversación con Olimpia, seguida con ojos atentos por el amante africano.**

**Fuera de esto, Olimpia había servido cuatro mesas en toda la tarde, sin contar la de Sergio. Ella hubiera preferido quedar al salir de la librería, tal como le había propuesto, pero su nuevo amor, si podía llamarlo así, había insistido en conocer dónde trabajaba.**

**A la insoportable calma chicha de aquel lunes en el café se sumaba la vigilancia constante de Sergio, que parecía no perderse detalle de lo que sucedía en la librería alternativa de Gràcia.**

**Terminado su turno, Olimpia se despidió apresuradamente de Óscar, porque Sergio tiraba de ella como si fueran a perder un avión. Una vez en**

la calle, él empezó a andar en silencio a grandes zancadas, como si quisiera liberarse de una gran tensión.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—No… Bueno, sí. Es que… Olvídalo, es una tontería.

—Quiero saber esa tontería.

Sergio inspiró profundamente, mientras le tomaba la mano. Olimpia pensó que no tenía ni idea de adónde iban, si es que iban a algún sitio.

—Ese chico que trabaja contigo…, el librero ese flaco.

—Óscar.

—Como se llame. Te mira demasiado.

—¿Cómo dices? —preguntó ella sin entender.

—Cuando te has agachado para sacar un libro de la estantería de abajo, he visto claramente cómo te miraba el culo.

Tras unos instantes de enfado, Olimpia finalmente estalló en una carcajada nerviosa. Sergio se detuvo de golpe, mirándola ofendido.

—¿Qué tiene eso de divertido?

—Para empezar, que no creo que tengamos ningún compromiso como para que te pongas así. Y para continuar, si vieras la chica que vino a buscar a Óscar hace un par de días, se te quitarían los celos de golpe. Sale con un pibón. No necesita mirarme ni a mí ni a nadie, y tampoco es su estilo.

—No hay pibón que se te pueda comparar —dijo Sergio antes de besarla avergonzado—. Disculpa que me haya comportado como un niño. Me siento inseguro a tu lado…

—Te perdono, pero nos acabamos de conocer y, además, creo que no te he dado razones para que estés celoso.

—Tienes toda la razón.

Olimpia sonrió. Le temblaban las manos levemente después de haberle dicho aquello. Para cambiar de tercio, preguntó:

—Por cierto, ¿adónde vamos?

—Ya hemos llegado.

Olimpia miró el letrero PENSIÓN OASIS y luego la expresión azorada de su acompañante.

—¿Vamos a subir ahí?

—Sí… He cogido una habitación —dijo sacando una llave del bolsillo—. Hoy hay una fiesta en nuestro piso, y no puedo esperar un día más para estar contigo.

—¿Y si a mí me apetecía más la fiesta? —preguntó ella, con tono

acaramelado.

—Te prometo que conmigo lo pasarás mejor. Después de ti…

El chico hizo una reverencia y Olimpia empezó a subir la escalera angosta de aquel viejo edificio. Sergio fue tras ella.

Dos escalones antes de llegar al rellano, sintió la mano de él bajo su falda tejana. Aquella iniciativa inesperada la excitó y molestó al mismo tiempo. No le gustaba aquella intimidad en una escalera cochambrosa de un piso de vecinos.

Él empujó la puerta con la seguridad de quien ha estado muchas veces en lugares similares. La pensión constaba de un pasillo con olor a desinfectante con tres puertas a cada lado y una pequeña recepción al fondo.

Sergio abrió la puerta número dos y tiró de Olimpia para, una vez dentro, cerrar con llave.

Ella contempló aquel minúsculo espacio con un sentimiento de aprensión. Apenas cabía una cama individual y un armario barato, con una ventana que daba a un patio interior.

Sin más preámbulos, Sergio se arrancó la camiseta y, tras sentarse en la cama, se bajó los pantalones y los bóxeres.

Aún cohibida, Olimpia vio que tenía una monumental erección.

Dio dos pasos tímidos hacia él, que la contemplaba embobado como si se encontrara ante una diosa.

Aquel chute de autoestima, viniendo de un chico con aspecto de modelo, le hizo olvidar lo sórdido del lugar. Sintiéndose juguetona, se desabrochó la blusa demorándose todo lo que pudo para alargar la espera. Tras arrojarla al suelo, se aflojó la falda, que cayó, dejándola en ropa interior.

Él abrazó entonces sus muslos y le mordió suavemente entre las piernas por encima del algodón de las bragas.

En medio de un subidón de excitación, Olimpia se desabrochó el sujetador a toda velocidad mientras él le bajaba su última prenda a la vez que capturaba uno de sus pechos con los labios.

Acto seguido, se colocó un preservativo con una agilidad sorprendente, como si hiciera aquello todos los días.

—¿No vas un poco rápido? —preguntó ella.

—Confía en mí —dijo mientras le agarraba los glúteos con fuerza—. Sé que te va a gustar…

Una hora después, tras alcanzar el cénit, Sergio cayó como un soldado

que regresa de una larga batalla. Ocupando el poco colchón libre que quedaba pegado a la pared, lanzó un suspiro y se sumió en un profundo sueño.

Recostada de lado, Olimpia trataba de comprender lo que había pasado cuando se fijó en el móvil de su amante.

Por alguna razón, la pantalla se había iluminado mostrando como fondo de pantalla una foto de ella. Un primer plano, en el café, con gesto fatigado. No podía seguir ignorando las señales: por mucho que disfrutara con las artes amatorias de Sergio, por muchos gestos que tuviera con ella, fallaba algo. Algo que iba más allá del placer que suponía tenerlo cerca, algo que tenía que ver, entre otras cosas, con las prisas y el carácter posesivo con los que el chico parecía querer compensar los momentos en los que no estaban juntos.

Allí, en la cama, con él a su lado, Olimpia comprendió que su corazón no pertenecía a aquel amante africano.

# 31

## Un dolor semejante

**No estaba siendo como recordaban.**

**Aunque trataban de ignorarlo, el padre de Olimpia estaba demasiado presente en su ausencia. A su alrededor, grupos de amigos y familias aplaudían, reían, se jaleaban con cada pleno y se burlaban cuando la bola acababa en los raíles. Ellas no.**

**—Te toca —le dijo su madre después de lanzar.**

**Olimpia se levantó del sillón semicircular, escogió una bola de color rosa, apuntó, tomó impulso y la lanzó. No derribó ni un solo bolo.**

**—Tienes una segunda…**

**—Ya sé que tengo una segunda oportunidad, mamá —gruñó, sin poder contenerse; después en voz baja, añadió—: Lo siento.**

**¿Qué pintaban allí? Eso se preguntaba mientras escogía una nueva bola. ¿A qué venía ese repentino interés por regresar a la bolera después de tantos años? Ninguna de las dos se lo estaba pasando bien y a ambas se les daba fatal fingir.**

**Con un nuevo lanzamiento, esta vez logró derribar todos los bolos menos uno.**

**—¡Me toca! —dijo su madre, levantándose con una energía forzada.**

**Olimpia aprovechó la oportunidad para sacar el móvil y comprobar lo que ya imaginaba: que los mensajes de Edgar, Sergio y Albert se le**

acumulaban en las notificaciones. Tras asegurarse de que, como también era de esperar, no había nada urgente, alzó la cabeza y se encontró a su madre mirándola fijamente, con la bola entre las manos y los labios apretados.

—Te aburres —dijo.

—Estoy cansada. Aunque lo recordaba más divertido, es verdad… —añadió. Su madre la conocía demasiado bien como para saber cuándo mentía, y no pensaba que hubiera necesidad—. Pero acabemos la partida.

—No hace falta. Vayamos a tomar algo —respondió su madre, dejando la bola en el carril para recoger luego sus cosas del sillón—. Necesito una copa de vino.

Después de abandonar la bolera, se dirigieron a un bar decorado al estilo americano de los años veinte y se sentaron en un reservado con sillones de tapicería roja y mesa de madera.

—¿Te gusta el tequila? —le preguntó su madre, a bocajarro.

A Olimpia le pilló tan de improviso la pregunta que contestó con un escueto «no sé». En realidad, la única vez que lo había probado en un chupito había sido en el cumpleaños de una compañera de clase.

—Tráiganos dos margaritas, por favor —le dijo su madre al camarero, y a continuación, medio arrepentida, añadió—: El suyo no lo cargue demasiado.

Olimpia se rio por lo bajo, pero cuando su madre se volvió hacia ella, ambas estallaron en una sonora carcajada.

—Mamá, en serio, ¿a qué está viniendo todo esto?

—¿A qué te refieres? ¿Ya no podemos hacer planes juntas?

—Sí, claro que sí. Pero este plan ha sido tan repentino. Y nos hemos ido sin acabar la partida de bolos, ahora lo del margarita…

—¿Eres mayor de edad o no? Desde que has cumplido dieciocho no has compartido ni una cerveza conmigo.

Por toda respuesta, Olimpia alargó la mano para capturar la de su madre.

—Mamá —le preguntó con voz seria—, ¿qué pasa?

La sonrisa de su madre se fue derritiendo como un chorretón de pintura sobre un lienzo y sus ojos se volvieron vidriosos antes de parpadear. Cuando lo hizo, dos lágrimas se escurrieron por sus mejillas.

—Lo siento mucho, cariño… —musitó.

—Eh, mamá… —dijo Olimpia, tratando de tranquilizarla. Sin perder un instante, se salió de su asiento para colocarse junto a ella y pasarle un

brazo sobre los hombros—. Tranquila. Sea lo que sea…

—No, Olimpia, esta vez no hay solución.

En ese momento, el camarero llegó con las copas y las dejó sobre la mesa antes de marcharse a toda prisa para no estropear su intimidad.

—Si es por papá y crees que tienes que divorciarte…, lo entenderé. En serio.

Su madre levantó la mirada y curvó los labios en una sonrisa tan triste que ella se esperó lo peor. Por eso, cuando su madre lo dijo en voz alta, sintió que estaba viviendo un *déjà vu*.

—Tu padre está enfermo, cariño —dijo—. Tiene cáncer.

Olimpia no sintió ningún escalofrío. Fue algo más grande. Más demoledor y menos paulatino. Como si le cayera encima una tromba de hielo. Como si se le congelara el alma, más que el cuerpo. Como si sus pensamientos se cristalizaran alrededor de aquella palabra que ahora lo ocupaba todo. Que lo era todo.

—Por eso se marchó —añadió su madre, sin dejar de llorar, aferrada a la mano de Olimpia como a un ancla—. Necesitaba poner todo en orden en su cabeza, supongo, y no hacernos sufrir más de la cuenta…

—¿Y tú… —preguntó Olimpia con un hilo de voz— desde cuándo lo sabes?

—Ayer me llamó por teléfono para contármelo.

Ojalá hubiera podido enfadarse con ella, pensó Olimpia. Ojalá hubiera podido digerir esa ira que empezaba a derretir el hielo de su alma y de sus pensamientos, ese fuego condensado como lava que parecía dispuesto a acabar con ella y que se alimentaba de los buenos y de los malos recuerdos, de las culpas que le había echado a su padre injustamente, de la pena.

Pero ya no le salía. No quería, tampoco. Comprendió entonces por qué su padre había querido enviarle aquel atlas como guía. Porque un día, no lejano, él faltaría. Y aunque un cáncer no siempre es sinónimo de muerte, Olimpia descubrió lo difícil que era disociar aquellas dos palabras.

—Me ha pedido que te lo cuente yo —prosiguió su madre—. No tiene el valor de decírtelo y…

Olimpia la abrazó. El resto de las historias: el atlas, los amantes, los mensajes acumulándose en el móvil, de repente dejaron de tener importancia. Los espasmos del llanto de su madre le demostraban lo valiente que estaba siendo por no haberse sincerado hasta ese momento, y la carga tan pesada que su padre había puesto sobre sus hombros.

—¿Y cuándo volverá? —Su voz tembló al preguntar.

Por toda respuesta, su madre negó en silencio, con los ojos aún cerrados y apoyada sobre su pecho, como una niña asustada en medio de la tormenta. Para consolarse, Olimpia se dijo que, igual que ella había tenido el atlas para aprender un mundo nuevo, tal vez su madre contara con otras herramientas que le había lanzado su padre desde el inhóspito océano, como maderas en pleno tifón.

Ningún libro ni película habían preparado a Olimpia para un dolor semejante. Ella, que se jactaba en secreto de ser más fuerte que muchos de los protagonistas de aquellas series que tanto le gustaban, había sucumbido al miedo y al dolor a la primera embestida de realidad que había recibido.

Al final, la vida es eso, concluyó: un rosario de desafíos que, uno tras otro, por muy hábil que seas en resolverlos, jamás te preparan lo suficiente para la prueba final.

Y entonces lo vio claro: su padre no había huido para escapar, sino para encontrarse y que ellas pudieran hacer lo propio, preparándose para una ausencia que sería definitiva.

Pero darse cuenta de eso no mitigó el dolor de su pecho ni calmó su sed de respuestas. Solo hizo que la tristeza se extendiera por otros rincones de su ser a los que aún no había llegado.

Y entonces, no antes, Olimpia lloró.

# 32

## La herida

**A Olimpia la despertó su propio grito. Había sido una pesadilla, se dijo para tranquilizarse.**

**El corazón le bombeaba con fuerza, como si quisiera escapar de su cuerpo y de aquel dolor que no la abandonaba. Había un mar. Un océano oscuro. Y una tormenta eléctrica en la distancia. Los relámpagos se hacinaban como un bosque de zarzas, y el barquito de su padre se dirigía a ella sin remisión. Olimpia trataba de gritarle para que navegara en dirección contraria, pero él no parecía oírla. La embarcación, que de repente era de papel, comenzaba a hundirse, y en el último momento, justo cuando su padre se volvía a mirarla, su gesto de desesperación se transformaba en puro terror. Y de pronto ella no era ella, sino una inmensa tortuga que aleteaba hacia él y, en un abrir y cerrar de ojos, lo devoraba.**

**Aquella pesadilla contrastaba con la intensa luz que entraba por la ventana. Debía de ser pasado el mediodía, se dijo. La noche anterior no había logrado pegar ojo hasta altas horas de la madrugada, de puro agotamiento.**

**En su escritorio, su madre le había dejado una bandeja con un vaso de zumo, tostadas y tomate para untar. Y aunque le agradeció profundamente el gesto, sentía el estómago completamente cerrado. Tan solo pudo beberse el zumo. También encontró una nota en la que le decía que no se**

preocupara por el trabajo, que había llamado a Lola para explicarle la situación y la librera le había dicho que se tomara el tiempo que hiciera falta.

No sabía de dónde, pero logró sacar fuerzas para levantarse, ducharse, ponerse su chándal más cómodo y tirarse en el sofá del salón a ver la tele. Cualquier serie le valía para intentar silenciar los pensamientos de su cabeza y así anestesiar el dolor.

De manera consciente se había dejado el móvil en la habitación. Estaba convencida de que en él se apilaban una decena de mensajes de Sergio. Antes de dormirse había tratado de llamarla y, más tarde, había pasado a los mensajes y audios. Olimpia le había pedido espacio, pero el chico era incapaz de dárselo. A ella le dio igual. Era como si su cerebro solo pudiera centrarse en procesar la razón por la que su padre se había marchado y nada más.

Por eso, cuando sonó el timbre de la puerta, se acurrucó aún más en el sofá, tratando de hacerse invisible. Escuchó a su madre salir del estudio, preguntar quién era y abrir.

—Cariño, es Albert… Yo tengo que salir a por unas cosas. Volveré enseguida.

Olimpia se planteó escapar a su habitación y encerrarse para no tener que verlo. Podría fingir que estaba mala o dormida, o las dos cosas. Porque sabía lo que pasaría a continuación: que él haría preguntas de por qué no le había llamado en los últimos dos días y ella tendría que evadirlas. Y aunque aquello le doliera, resultaba más asumible que contarle la verdad. Porque, al decirlo en voz alta, todo se hace un poco más real. Y una parte de ella temía que, en cuanto hablase con alguien de la enfermedad de su padre, el cáncer se extendiera un poco más por su cuerpo.

—Ey… —dijo su amigo como saludo cuando llegó al salón, y se sentó junto a ella—. ¿Todo… bien?

Olimpia se encogió de hombros por toda respuesta.

—¿Ha pasado algo? No he sabido de ti desde el otro día… ¿Ha reaparecido Gudrun o qué? ¿O se trata del amante africano, que te ha dejado planchada?

—No todo gira en torno a Gudrun. Ni en torno a ninguno de los otros tíos que me habéis obligado a conocer.

Albert alzó la ceja, y su postura cambió levemente a una algo más defensiva.

—Espero que no estés insinuando que yo te he obligado a nada.

Olimpia repitió el mismo gesto de hombros.

—No, si ahora seré yo el culpable de que salieras varias veces con el franchute, de que te fueras de fiesta con esa chica, de que tonteases con Edgar y de que te acostaras con el otro… No te digo…

—¡Pues mira, sí! —estalló ella de pronto—. ¡Tú fuiste quien me metió en la cabeza la estupidez de pasarme el verano hablando con desconocidos, para ver si echaba un polvo o yo qué sé! ¿Qué pasa, que estabas harto de que fuera una mojigata? ¿O era otra cosa? Claro, como después de que rompiéramos tú chasqueaste los dedos y te salieron treinta tíos entre los que elegir al novio perfecto, te piensas que para los demás es igual. Y mira, no.

—Pero ¿qué…?

—Lo que oyes, Albert. Que para cuando admitiste que eras gay, ya era tarde. Me… me habías hecho daño, ¿vale? Mucho. Porque yo sí que estaba enamorada. Y… y… —Olimpia no entendía de dónde estaba saliendo todo aquello. Era como un volcán en erupción. Como un terremoto sin aviso—. ¡Y sí, lo pasé mal, jodidamente mal! Podrías haberte dado cuenta antes y ahorrarme todo ese dolor, ¿eh? ¡Quizá no me he enamorado desde entonces porque no quiero volver a pasar por el mismo infierno! —Se llevó las manos a las sienes, como si estuvieran a punto de estallar—. ¡Estoy harta de ti, de mi padre y de ese atlas de mierda! ¡Harta de que los dos intentéis que me enamore solo porque tú quieres limpiar tu conciencia y él se está muriendo!

Las lágrimas no la dejaron seguir. Se atragantó, tosió y se sintió despreciable, ridícula, diminuta, frágil, incandescente. ¿Qué había pasado? ¿Por qué había dicho aquello?

—Oli… —dijo Albert con delicadeza. Su rostro, contraído hasta hacía un instante por el enfado creciente, se suavizó de golpe al escuchar la última palabra de la chica—. ¿Tu padre…?

—Vete, Albert. Por favor —logró balbucear ella con voz ronca. No podía ni mirarle a la cara de la vergüenza que sentía.

—No sabía… ¿Qué ha…?

—¡Te he pedido que te vayas! —gritó ella, y se puso en pie.

Debía de parecer ridícula: con el chándal desgastado, el pelo revuelto y los ojos hinchados por las lágrimas. Pero Albert se levantó, se acercó a ella y la abrazó. Y ella se agarró a él como a un poste en mitad de un vendaval. Sus lágrimas humedecieron la camiseta del chico, que le acarició el pelo sin pronunciar palabra.

Olimpia se mantuvo allí, arropada por quien mejor la conocía,

temblando y tratando de sofocar el llanto.

# 33

## La ceremonia del té

**La librería estaba a rebosar cuando Olimpia llegó al trabajo al día siguiente. Se planteó quedarse descansando más tiempo, pero, en casa, el mundo y los recuerdos se le venían encima como un alud, así que esa mañana había decidido regresar al trabajo para, al menos, estar ocupada y no pensar.**

**Se abrió paso como pudo entre la clientela, sobre todo mujeres, que charlaban y se reían con libros entre las manos y tazas de papel a rebosar de té humeante.**

**—¿Qué pasa hoy? —le preguntó a Óscar cuando logró llegar al otro lado de la barra y se puso el delantal.**

**El chico parecía incapaz de atender todos los pedidos. En la caja, Lola cobraba y daba conversación a las clientas con un desparpajo único.**

**—Hay la Jornada del Té.**

**—¿Y eso qué es?**

**—Cielo, uno rojo y uno verde —le pidió de pronto una clienta, enarbolando su tíquet de compra.**

**—¡Marchando! —respondió Óscar por ella, que seguía sin entender nada. Cuando se giró a prepararlos, añadió—: Una vez al mes, por cada libro que compran invitamos a una taza de té. Yo fui el primero en pensar que nadie vendría para algo así…, pero ¡ya ves!**

**—¡Uno negro, por favor! —le pidió una chica joven a Olimpia y, tras un**

instante de bloqueo, se puso con ello.

La librería era un constante bullir de gente y voces. Las mesas de la cafetería estuvieron llenas de gente todo el día. No daban abasto con el agua humeante y las pastitas que, muy previsoramente, Lola había comprado en cantidades ingentes para reponer cada vez que un cuenco se quedaba vacío.

Las clientas se juntaban, charlaban, comparaban libros, se recomendaban títulos y al final la mayoría salía de la tienda con más de un ejemplar. Era un éxito rotundo.

Olimpia estuvo temiendo todo el tiempo que Sergio apareciera en cualquier momento para acabar de liarla. Sin embargo, como el ochenta por ciento de las cosas que tememos, eso no llegó a suceder. Se dijo que seguramente estaría ofendido, incluso furioso, porque no había contestado a sus mensajes. Pero la verdad era que, dadas las circunstancias que estaba viviendo, le daba igual.

Cuando la última mujer y su nieta adolescente abandonaron la tienda, eran pasadas las siete de la tarde. El descanso de la comida lo habían hecho por turnos y en realidad a Olimpia se le había pasado el día volando. No había podido dedicar un instante a pensar en su padre, en Albert o en Sergio.

—Aún queda una horita para cerrar —anunció Lola, ya con su bolso en el hombro, lista para salir—. Lo habéis hecho genial, chicos. Ha sido un día agotador, da gusto teneros como equipo.

Nada de «cuánto lo siento», nada de «espero que estés bien». Solo aquellas palabras de felicitación y agradecimiento. Bueno, y aquella mirada que escondía más de lo que parecía. Pero Olimpia se sentía mareada y con miedo a lo que sucedería ahora que se acababa el día.

En cuanto se quedaron solos ella y Óscar, el chico debió de notar que algo le pasaba.

—Sé que no te encuentras bien, Olimpia —dijo—. Si quieres, puedes marcharte. Ya cierro yo.

—No, ya has hecho demasiado por mí. He venido y me quedo hasta el final.

Olimpia sacó las pocas fuerzas que le quedaban para barrer el suelo, pero poco después de empezar sintió las lágrimas correr por sus mejillas. Aunque trató de disimular, Óscar se dio cuenta.

—Creo que hoy vamos a cerrar antes.

—¿Qué dices? —respondió ella, volviéndose.

El joven se limitó a caminar hasta la puerta y colgó el cartel de cerrado. Cuando se volvió, estaba rojo y un poco sudado.

—Óscar, no tienes que…

—Voy a preparar un té para nosotros. ¡Nos lo merecemos!

Olimpia sonrió, enternecida por aquella rebelión contra las normas para animarla.

—Con la de tés que he servido, no sé si podré soportar una taza más de esas… —dijo ella, dirigiéndose a la barra.

—No va a ser ese té, sino uno mío. Me lo ha traído un cliente que viaja a Japón dos veces al año.

—Uuuh —canturreó ella, misteriosa—. ¿Es entonces un té cinco estrellas?

—Es un *gyokuro*…, el champán de los tés —aclaró—. Pero si no te gusta, hay también…

—Tengo ganas de probarlo —dijo ella, poniendo la mano sobre la suya.

Él se rio, nervioso, y a punto estuvo de derramar el agua de la tetera. Temblaba. Balbució que iba a prepararlo todo.

—¿Nos sentamos en esta mesa? —propuso Olimpia señalando la más cercana a la barra.

Óscar negó con la cabeza y se escurrió entre las estanterías de la librería.

Para asombro de Olimpia, en un espacio despejado entre varias de ellas, extendió una manta que previamente había sacado del despacho de Lola. Acto seguido, encendió dos velas que había cogido del mismo lugar y puso dos cojines enfrentados.

—Aguárdame aquí… —le indicó nervioso.

Olimpia se acomodó en uno de los cojines, intrigada con lo que le parecía un juego. Cuando, al cabo de unos minutos, Óscar regresó con la tetera humeante y dos tazas, dijo:

—Siento no tener todos los elementos, pero espero que te sirva.

—¿El qué? —preguntó ella, divertida.

—La ceremonia del té… Normalmente se hace en una casita en medio de un jardín, se sirve en kimono y puede durar más de una hora…, pero haremos nuestro propio ritual. Y aunque no estamos en un entorno idílico japonés, estos libros también infunden pureza, respeto, tranquilidad, armonía…

—Si consigo la mitad de todo eso, me doy con un canto en los dientes —comentó ella con humor.

Arrodillado sobre la alfombra, Óscar procedió a servir la infusión en ambas tazas. Sin premura, con unos movimientos suaves que parecían más acuáticos que terrenales, vertió el té en cada una de las tazas y luego se sentó en el cojín enfrente de Olimpia. Ella lo observaba todo con sorpresa y admiración. Costaba creer que, hacía unos minutos, aquel mismo lugar hubiera sido un caos de gente, ruido, dinero y prisas.

Ahora un amable silencio lo envolvía todo con un halo casi reverencial.

—La ceremonia del té es un rito de reconciliación con la vida —dijo Óscar, sentado en posición de loto—. Ayuda a detener la vorágine del día y a recordar todo lo bueno que muchas veces olvidamos que está ahí. Es… como una tregua con el mundo y las personas que nos rodean.

Olimpia perdió la mirada en su taza hasta el fondo de la porcelana. De repente se sintió un poco más tranquila. Quizá Óscar tuviera razón y hubiera algo mágico en todo aquello.

—¿Cómo sabes tanto sobre este tema? —le preguntó.

—Viví toda mi infancia en Japón. Mi padre es ingeniero naval y tuvimos que irnos allí por su trabajo. Estuvimos ocho años.

—Mi padre se está muriendo. Cáncer.

Olimpia lo soltó de pronto, sin pretenderlo siquiera. De pronto las palabras corrían sobre la alfombra, posándose sobre la superficie del té, envolviendo la librería entera como una manta de esparto, agujereada y rasposa.

—Lo siento muchísimo… —dijo Óscar, y esta vez ni titubeó ni apartó sus ojos de los de ella—. Mi madre falleció hace tres años. Un accidente laboral… Se encargaba de…, bueno, eso ahora no importa.

—Lo siento.

Óscar asintió y le dio un sorbo a su té.

—Esperaba estar triste —añadió ella—. Cuando me dio la noticia mi madre, esperaba deprimirme y llorar sin descanso, pero sobre todo estoy enfadada. Con todo el mundo, hasta con mi padre. Y… sé que… que no es justo, pero…

—Nadie puede decidir qué es justo sentir y qué no cuando pasa algo así.

Olimpia le contó entonces cómo su padre había desaparecido de un día para otro, y las cartas que le había mandado. Todo lo que se había guardado, lo que había tratado de enterrar en lo más hondo de su corazón, salió a flote como un secreto atado a un madero.

Óscar la escuchaba en silencio, asintiendo, con sus cejas alzándose y frunciéndose según ella se confiaba a él. Tanto fue así que al final Olimpia

también le habló del atlas y de los cinco tipos de amantes.

—Quizá quiere que encuentre pareja para cuando no esté él. Como si necesitara a alguien que me cuidara…

—Lo mismo entendiste mal su propuesta —la interrumpió Óscar—. Igual lo que quiere no es que conozcas a un chico, sino que te conozcas a ti misma. Los padres…, bueno, mi padre al menos suele decir que, por muy acompañados que estemos, hasta que no nos hagamos amigos de nosotros mismos siempre nos sentiremos solos. Puede que tu padre te regalara ese atlas para que te conocieras a través de los cinco continentes.

En medio de aquella conversación plácida y apasionante, Olimpia se convenció de que tenía frente a ella al quinto tipo de amante: al asiático. Le observó mientras daba un lento sorbo al té. Sus maneras delicadas, su tono de voz grave, incluso cuando le temblaba, y su mirada serena hacían que se sintiera envuelta por una paz desconocida hasta ese instante.

La entrada de alguien en la librería, que Óscar había olvidado cerrar, les interrumpió de golpe. Los dos se levantaron, sobresaltados, como arrancados de un sueño compartido, y miraron hacia la calle.

Olimpia tardó unos segundos en asimilar lo que sus ojos veían. Un fantasma.

Gudrun.

# 34

## Los cinco continentes

**—Te he traído esto de Marruecos —dijo dejando un colgante de plata sobre su regazo, a la vez que tomaba asiento sin ser invitada—. No te puedes ni imaginar el calorazo que hacía, pero ha sido genial.**

**Tras mirar con curiosidad a la recién llegada, Óscar se levantó a buscar una taza para ella. Los segundos que tardó en volver se expandieron en el corazón de Olimpia para poder dar cabida a todo lo que estaba pasando.**

**Por un lado, le parecía admirable que el amante asiático no se hubiera molestado con la irrupción de aquella chiflada. Fiel a su estilo, la chica se había unido a la fiesta sin ser invitada. Por otro lado, le asombraba que Gudrun se comportara como si haber desaparecido fuera lo más normal del mundo. En otras circunstancias, se dijo, debería estar indignada, pero su vida iba tan a la deriva que ya no le quedaban fuerzas ni para enfadarse.**

**Sensible por naturaleza, al servir a la danesa, Óscar notó enseguida que aquel no era un reencuentro normal, así que se excusó diciendo:**

**—Voy a poner un poco de orden en la librería. Tomaos el té con calma, no tengo ninguna prisa. No me espera nadie en ningún sitio.**

**—Si quieres, yo puedo esperarte —dijo Gudrun antes de echarse a reír mientras él se escabullía por la trastienda.**

**Aquel fue el momento en el que Olimpia decidió estallar:**

**—¿Te parece bonito reaparecer así?**

—¿Qué quieres decir con *así*? —repuso acercando sus ojos imposiblemente azules a los suyos—. ¿No te alegras de verme?

Un breve beso en los labios acabó de confundir a Olimpia, que murmuró:

—Llegas de repente, como una tormenta. Del mismo modo que te fuiste.

—Ajá… ¿Y qué tiene eso de malo?

—Tal vez nada… —dijo mientras aquel beso aún reverberaba en sus labios—. Supongo que no habría ningún problema si no fuera porque el amor crea dependencia. ¿Te resulto muy estúpida?

Gudrun tomó sus mejillas entre las manos. Olimpia ya se temía que le iba a dar otro beso, despertando sentimientos de su tumba, pero simplemente le habló a medio palmo de su cara con un susurro.

—Es muy romántico que el amor duela, pero yo soy incapaz de vivirlo así. Soy un alma libre. Por eso no te juré amor eterno ni nada parecido.

Tras mirar alrededor para asegurarse de que Óscar no asistía a aquella escena en la que se sentía patética, se llevó la taza de té a los labios y sorbió lentamente el *gyokuro* que quedaba en el fondo.

—Te quiero, Olimpia —dijo la danesa sin dejar de mirarla—. Eres valiente, sensible, fantástica… Pero eso no significa que debamos atarnos. ¿O es que por el hecho de amar al sol hay que dejar de amar al resto de las estrellas? Yo siento que mi corazón es lo bastante grande para abarcarlo todo.

—Eres una *happyflower*, Gudrun —dijo, tratando de mitigar su enfado—. Reconozco que lo pasé muy mal cuando te largaste a Marruecos sin contar conmigo…, pero ese es mi problema, no el tuyo. En fin, que yo soy yo, tú eres tú, y no quiero cambiarte. Una no debe esperar cambiar a alguien que le gusta, sino complementarse. ¿Ha sonado estúpido eso?

Ambas rieron mientras hacían un pequeño brindis con las tazas de té. De repente, Olimpia sintió que, más allá de su caos, el universo estaba en equilibrio porque todo ocupa su lugar y se compensa entre sí. También las emociones. La tristeza constante por su padre; las aventuras absurdas; la presencia intermitente de Gudrun, como una estrella que parpadea; el sexo con Sergio; aquel atlas que la había llevado de viaje por mares interiores que nunca antes había conocido.

—¿Sabes que cada persona tiene una forma de amar? —le dijo a la danesa—. Hay cinco categorías, según los continentes, y aunque seas escandinava tu eres la amante oceánica.

—A ver…, explica eso.

Olimpia reprodujo de forma improvisada lo que había leído en el atlas mientras Gudrun asentía divertida. Fascinada por aquella clasificación, acto seguido le preguntó por los otros continentes.

Además de compartir con ella los grandes rasgos de cada uno, aliñó el relato con los diferentes aborígenes que había conocido: los engaños poéticos del amante europeo, la pasión obsesiva del africano, el agotador despliegue social del americano…

—¿Y el asiático? —preguntó Gudrun.

—Me da la impresión de que es él… —dijo Olimpia señalando el fondo de la librería, donde en aquel momento Óscar devolvía a sus estanterías los libros que habían sacado los clientes.

—Tiene un polvo. ¿Lo has probado?

—No seas bruta —la riñó en voz baja—. Es mi compañero de trabajo. Además, ya te he contado que tiene una novia guapísima.

Tras levantar la ceja, Gudrun volvió a ametrallarla con preguntas:

—Me interesa ese Edgar… ¿Me lo podrías presentar? ¿Y cómo dices que es ese continente?

# 35

## El tamaño de nuestro amor

**Tras una docena de mensajes que habían sido omitidos o contestados con frases tipo «Ahora no puedo hablar» o «Te escribiré más tarde», Olimpia se había decidido a llamar a Sergio. Estaba cansada de su actitud posesiva, que pasaba de pronto a ser de víctima cuando ella le llamaba la atención.**

**En un punto de aquel agobio, había dejado de contestar los mensajes. Pero sintió que no estaba siendo justa con él y decidió pulsar su número.**

**Tras varias llamadas de espera, su voz soñolienta apareció al otro lado:**

**—¿Olimpia?**

**—Hola, Sergio…**

**—¿Ha pasado algo? ¿Dónde estás? —preguntó como si despertara de golpe.**

**—En mi habitación…, no sucede nada en particular. Solo quería hablar contigo.**

**Tras un silencio reflexivo, su voz adquirió un tono de reproche:**

**—No entiendo tu actitud todos estos días… Parece que no quieras hablar conmigo. Si te ha molestado algo, podrías decirlo y lo hablamos. ¿O piensas que soy adivino?**

**Olimpia dudó si comentarle lo de la foto de su fondo de pantalla, pero en aquel momento le pareció un tema menor, así que optó por decirle:**

**—Me gustas, Sergio, pero no estoy acostumbrada a recibir tanta**

atención.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues a que acabamos de conocernos, ya te lo dije… —intentó escoger bien las palabras—. Todo ha ido un poco rápido entre nosotros, ¿no crees?

—Cuando dos personas están destinadas a encontrarse, cuando sus cuerpos y almas encajan como dos piezas de un puzle, no es necesario esperar más. ¿Quién sabe cuándo puede terminar la vida?

Justo en aquel momento sonó el timbre de la puerta. Olimpia recordó que su madre había ido a la galería donde preparaba su próxima exposición, así que dijo:

—Tendrás que esperarme medio minuto. Bajo a abrir…

Tras enfundarse una camiseta, descendió por los escalones con ligereza. El cartero le dio un sobre certificado con su nombre. Firmó y enseguida reconoció la letra de su padre. Volvió a subir las escaleras sintiendo un abismo vertiginoso bajo sus pies.

Con la carta en su mano temblorosa, tomó el móvil con la otra para decirle a Sergio:

—Ahora tengo que dejarte. Podemos quedar la semana que viene, si quieres. Ya nos pondremos un mensaje para…

—Tengo que verte ahora —le cortó él—. Deberías ver cómo estoy mientras hablo contigo. Necesito estar contigo piel con piel. Dime dónde está tu casa y voy a buscarte en diez minutos.

—Te he dicho que ahora no puedo —repitió, conteniendo el impulso de gritar.

Al otro lado oyó una respiración agitada, antes de que él le preguntara a bocajarro:

—¿Estás con alguien?

Olimpia miró el sobre en su mano y, con una serenidad mezclada con tristeza, respondió:

—Sí.

Luego colgó y abrió el sobre mientras las lágrimas empezaban a descender como un cálido y sanador torrente.

> Querida Olimpia:
>
> Cuando esta carta llegue a tus manos, ya sabrás lo que te he ocultado tanto tiempo. Te pido disculpas por no habértelo dicho antes, aunque, bien mirado, creo que no fue tan mala idea despedirme a la francesa. Si os hubiera contado lo que me pasaba, jamás me habríais dejado marchar.

Al saber que el cáncer se había extendido por todo mi cuerpo, los médicos me dieron la opción de someterme a un tratamiento muy doloroso que, como mucho, alargaría mi vida un año.

Decliné esa opción e hice en secreto los preparativos para hacerme a la mar. Pensé que si me alejaba lo suficiente os mantendría lejos de mi sufrimiento. Ahora sé que eso es imposible.

Por eso te pido perdón.

Llevo conmigo parches de morfina y un arsenal de fármacos que me dio el médico para soportar las embestidas del enemigo, y debo decir que hasta hoy aún me mantengo a flote.

¿Sabes?, cuando tenía tu edad, yo era un chico un poco esnob que presumía de leer a los clásicos. Por aquel entonces mi libro de cabecera era las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Una de ellas dice que «Un hombre no debería tener miedo a la muerte, debería tener miedo a no empezar nunca a vivir».

Te escribo esta última carta para decirte que ya no temo a la muerte, querida hija. A medida que avanzaba en este largo viaje que ahora toca a su fin, me he dado cuenta de lo grande que es lo que siento por ti, Olimpia, y por tu madre.

Como un geógrafo que necesita alejarse del territorio que quiere cartografiar, este viaje me ha servido para darme cuenta de que he amado y he vivido. Por lo tanto, ya no tengo miedo.

Me voy de este mundo con las manos vacías y el corazón lleno.

Te amaré siempre.

PAPÁ

# 36

## Como una estrella que se funde en el cielo

**Tras una ducha en la que el agua también brotaba de sus ojos, Olimpia sintió la necesidad imperiosa de abrazar a su madre. Con el mismo fervor de cuando era pequeña y esperaba en la puerta de la escuela que le viniera a recoger, una vez leída la carta de su padre, había sentido el deseo de correr hacia ella.**

**Mientras se vestía a toda prisa, pensaba en lo triste que es esperar al final para darte cuenta de todo lo que alguien ha significado para ti. Como había leído en una novela de Marguerite Duras, «Muy pronto en la vida es demasiado tarde».**

**Por eso ahora Olimpia corría, haciendo honor a su nombre, bajo el sol de aquel sábado por la mañana para ver a su madre antes de entrar a trabajar en el café.**

**La galería Aurhel estaba en la parte alta del Raval, lejos del acostumbrado circuito del Eixample, pero en una zona cada vez más visitada por los coleccionistas extranjeros.**

**A dos manzanas del MACBA, el Museo de Arte Contemporáneo, vio aquella sala diáfana —ocupaba el espacio de un antiguo convento— donde ya se estaban colgando los primeros cuadros de grandes dimensiones. Al ver aquellos trazos irregulares y al mismo tiempo armónicos que formaban un tejido que, en palabras de su madre, era «la maraña del universo»,**

Olimpia se dio cuenta de que el negro estaba mucho más presente que en anteriores series.

Y podía entenderlo perfectamente.

Mientras revisaba los catálogos con su marchante, la autora de aquella exposición se sorprendió al ser asaltada por una chica de ojos verdes que se echó a sus brazos y le dijo:

—Te quiero, mamá.

—Y yo…, cielo —dijo tartamudeando, como si la viera por primera vez.

Sin despegarse de ella, le dio un fuerte beso en la mejilla sofocada antes de decirle:

—Saldremos adelante juntas.

—¿Te refieres a la exposición?

Olimpia era consciente de que su madre sabía perfectamente que no se había referido a eso, pero ante aquella súbita timidez, decidió seguirle el juego.

—Claro, mamá. Oye, ¿puedes pasarme el *flyer* para que te pueda hacer promoción?

—Espera… —dijo su madre, contenta, trasteando en su móvil—. Puedes compartirlo con quien quieras.

—Genial —repuso Olimpia mientras creaba un grupo de difusión, justo cuando su madre la atraía hacia ella para achucharla.

—Olimpia, sé que hemos discutido mucho últimamente, pero quiero que sepas que te adoro y que estoy muy orgullosa de ti.

—¿De verdad? Yo pensaba que me considerabas un desastre…

Su madre rio abiertamente y ella la miró sin comprender.

—¿Sabías que «desastre» era mi palabra favorita cuando era niña?

—No, ¿por qué?

—Así me llamaban mis abuelos, que cuando venían a cuidar de mí siempre me perseguían por la casa gritando: «¡Ven aquí, desastre!». Me sentía tan identificada con aquella palabra que llegué a buscarla en un diccionario etimológico de mi padre. Allí supe que tiene su origen en el occitano, una lengua hermana del catalán, y que se deriva de *astre*, es decir, «estrella». Llegué a la conclusión de que «desastre» significa deshacer una estrella, por lo que, cada vez que la liaba parda, levantaba la mirada al cielo nocturno temiendo haber apagado un poco más el cielo.

Olimpia miraba a su madre con admiración. Hasta aquella mañana de reencuentro nunca le había contado aquella anécdota. De hecho, ni siquiera se la había imaginado de joven, soñando, riendo, sufriendo o

haciendo travesuras. Como si hubiera existido siempre para ser su madre y nada más. Se prometió que en adelante hablarían mucho más. Quería saberlo todo sobre ella: detalles que no conocía de su niñez y adolescencia, sus primeros amores, cómo había conocido a su padre…

Un concierto de zumbidos en su bolsillo la distrajo de aquella cascada de emociones.

Al mirar el móvil vio que habían entrado una docena de mensajes, y otros nuevos se iban incorporando.

—Pero… —se dijo confusa, mirando la lista de difusión que creía no haber iniciado.

Casi se le paró el corazón al darse cuenta de que había enviado el *flyer* a todos los contactos de su agenda.

Olimpia salió de la galería a grandes zancadas mientras su madre volvía con el marchante. Trató de serenarse. Al fin y al cabo, se dijo, lo hecho ya no puede deshacerse, como una estrella que se funde en el cielo, y rezó interiormente para que no se presentara todo el mundo.

# 37

## Memoria selectiva

**Olimpia eligió un vestido azul oscuro de tirantes y unos zapatos a juego para el día de la inauguración. No era el tipo de indumentaria que solía llevar, pero le gustó cómo le sentaba, e incluso se atrevió a coquetear con su reflejo en el espejo de la habitación. Por la mañana había ido a la peluquería para adecentarse un poco el pelo, pues pensó que, aunque lo llevaba corto, la ocasión lo merecía.**

**—¡Olimpia, tenemos que irnos ya!**

**El grito impaciente de su madre no dejaba tiempo a más retoques. Metió sus cosas en un pequeño bolso y corrió al recibidor.**

**—Estás deslumbrante —le dijo su madre al verla bajar, apenas conteniendo la emoción.**

**Ella también estaba preciosa y se lo hizo saber.**

**Después le dio un fugaz abrazo y salieron a la calle, donde les esperaba un coche para llevarlas a la galería.**

**La exposición se repartía a lo largo de los cuatro espacios que su madre había dispuesto y diseñado de maneras distintas según los grupos de cuadros. Lo que quería, según le había explicado a Olimpia, era que los visitantes la acompañaran en un viaje por las distintas etapas de su vida. Pero lo que Olimpia no se esperaba era que lo de «su vida» fuera algo literal.**

Al principio, tardó en reconocer algo concreto en las pinturas, ya que su madre trabajaba sobre todo el arte abstracto. Pero en aquella ocasión, según iba avanzando, las figuras, al principio envueltas por aquel negro insondable, se iban aclarando hasta dar forma concreta a personas y paisajes. Personas y paisajes que Olimpia reconoció al instante.

—Somos nosotros… —dijo, impresionada.

Eran sus fotos, sus retratos. De ella, su madre… y su padre. Había cuadros de cuando Olimpia aún no había nacido, de cuando era una niña, de adolescente… Algunos estaban basados en fotos que recordaba haber visto alguna vez en casa, pero otras pinturas habían salido de recuerdos. Los de las primeras etapas estaban más cerca del arte abstracto, pero, según pasaban los años en los cuadros, las figuras y espacios aparecían más definidos en ellos.

—Es un viaje a través de la memoria —explicó su madre—. Igual que los recuerdos más antiguos son también los más borrosos, pasa lo mismo con las pinturas… ¿Te gustan?

Olimpia sintió cómo le temblaba el labio. Y aunque trató de no llorar, cuando abrazó a su madre, se convirtió en un mar de lágrimas.

—Va, va… —le dijo su madre, palmeándole la espalda hasta calmarla.

—A papá le encantaría —dijo Olimpia.

—Ha sido una manera de estar con él todo este tiempo. Pero no olvides, cariño, que tu padre ya forma parte de ti y de mí, y de toda la gente que se cruzó en su camino e hizo un poco más feliz, como solo él sabe. —Su madre se colocó frente a ella y la miró a los ojos—. Nuestro viaje ha empezado ahora, cielo, y estará lleno de tormentas, pero tenemos que ser fuertes y confiar. Si permanecemos juntas, por muy violenta que sea la tempestad, nos mantendremos a flote.

Olimpia la miró y la abrazó de nuevo, con fuerza, para hacerle entender que estaba allí, con ella, para todo lo que viniese.

—Vamos a abrir ya —anunció la dueña de la galería en ese momento.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre y, cuando Olimpia asintió, le dio sendos besos en las mejillas y se dirigió a la puerta.

Aprovechó ese momento de soledad para seguir apreciando los detalles de las pinturas. Era ella. Incluso en las figuras sin forma, se reconocía. Y los recuerdos la embargaron mientras contemplaba cada uno de los lienzos. Su décimo cumpleaños, un día ventoso en la playa jugando a las palas, el salón de su casa a través de un cristal empapado por la lluvia…, la última Navidad, los tres juntos. Justo cuando se estaba preguntando si celebrarían

alguna más, Albert llegó por detrás y la abrazó por la espalda.

—¡Eh, flipo! —dijo—. Tu madre es una artista increíble.

—Lo sé —respondió, y se dio la vuelta para devolverle el abrazo y saludar a Dídac, que también había venido.

Enseguida las salas comenzaron a llenarse de aficionados al arte moderno, artistas de todas las disciplinas, amigos y familiares. Muchos de ellos se acercaban a Olimpia para darle la enhorabuena, como si ella tuviera algo que ver en todo aquello, y decirle lo mucho que se parecía a las pinturas. Clara también había ido, y Olimpia la abrazó con entusiasmo, igual que Dídac y Albert.

—¿No es ese tu compañero de curro?

Olimpia miró hacia donde Dídac señalaba en ese momento. En efecto, el librero había acudido con un ramo de flores, que le entregó a su madre, ruborizado como siempre.

—¡Óscar! —le saludó Olimpia yendo hacia él. Tras las presentaciones oportunas y la charla de rigor con su madre, volvieron con los otros—. No sé qué intenciones tienes con mi madre, pero con ese ramo de flores te la has ganado por completo, que lo sepas.

Todos se rieron. El amante asiático parecía otro fuera de la barra de la cafetería y sin una pila de ejemplares que colocar. Se había puesto una camisa azul verdoso, pantalones negros y zapatillas blancas. ¡Hasta se había peinado con algo de cera! Olimpia lo vio guapo, deslumbrante. Y cuanto más desapercibido trataba de pasar con su sonrisa tímida, más llamaba la atención.

—Gracias por venir, chicos —dijo, emocionada—. En cuanto se vacíe esto un poco, yo creo que a mi madre no le importará que desaparezca para irnos a tomar algo.

—¿Alguien ha dicho tomar algo? ¡Me apunto!

El corazón de Olimpia se detuvo un instante cuando, sin tan siquiera girarse, reconoció la voz de Gudrun. Se dio la vuelta despacio, como si le estuviera dando una oportunidad a la realidad de transformarse en ilusión, y se encontró a la nórdica con un escotado vestido rojo y unos zapatos de tacón. Estaba de infarto. Y no iba sola, parecía que había llegado acompañada por…

—¿Sergio?

# 38

# Pangea

**—Hola, Olimpia —la saludó, nervioso—. Gracias por la invitación, pensé que después de tantos malentendidos no querrías volver a verme. Me alegro de que estuviera equivocado…**

**Sergio se acercó para darle un beso en los labios, pero Olimpia se apartó a tiempo.**

**—¿Qué hacéis…? ¿Os conocéis? —preguntó acto seguido a Gudrun sin entender nada.**

**—De ahora mismo, en la entrada —respondió ella—, pero ya veo que vosotros *sí* os conocéis bien. Déjame adivinar…, ¿el amante africano?**

**Olimpia comenzó a sonrojarse. Aquello no podía estar pasando. No podían estar allí, ni Gudrun acababa de decir esas palabras.**

**—Un momento, ¿nos has invitado a todos? —siguió la danesa, divertida —. ¿Cuáles sois vosotros?**

**Olimpia no sabía cómo decirle que parara sin quedar aún peor. Óscar, a su lado, la miraba pálido. Él también sabía lo del atlas. «No, no, no…», pensaba en silencio, cada vez más tensa.**

**—¿Europeo? —preguntó Gudrun, señalando a Albert.**

**—No, yo Albert. Amigo gay. Él es mi novio, Dídac, y ella una amiga, Clara. Tú eres Gudrun, supongo. Me han hablado mucho de ti…**

**—¡Esa soy yo! Según el atlas, una empedernida amante oceánica —dijo,**

chispeante, como siempre, y se volvió hacia Óscar—. Tú eres el asiático… ¿Has leído tu descripción en el atlas?

—Gudrun, ¿no quieres que te enseñe la exposición? —intervino Olimpia, cada vez más sofocada.

—¡Un segundo, que me gusta este juego!

—Pero ¿de qué estás hablando? —balbució Sergio, sin entender nada.

Clara también miraba a unos y a otros confundida.

—¿Tú no sabes lo del atlas? Has formado parte de un experimento sociocultural, como yo…, como todos —dijo Gudrun feliz y excitada—. Creo que Olimpia ha pasado el verano de su vida. ¡Y me alegra mucho!

De pronto, Edgar apareció tras ellos y le palmeó la espalda a Sergio, que escuchaba alucinado a la nórdica.

—¡Buenas noches, compadre! ¡Menuda reunión tan linda! ¿Qué hay, Olimpia? —dijo, y se acercó para darle dos besos. A continuación, se volvió hacia los demás, que estaban impertérritos—. ¡Encantado! ¿Interrumpo algo?

Aunque todos negaron rápidamente, sus expresiones y el silencio apelmazado decían lo contrario.

—Guey, ¿qué onda?

—No te había visto hasta ahora, pero te conozco —metió baza Gudrun una vez más—. O mejor dicho, te reconozco. Tú debes de ser el amante americano. Por cierto, ¿por aquí pasan camareros o hay barra?

—Pero… —repuso Edgar sin entender—. ¿De qué va todo esto?

—Al parecer somos parte de un… ¿experimento privado? —dijo Sergio, escandalizado.

Olimpia se giró muy despacio, esta vez totalmente pálida. Aquello era peor que una pesadilla. Ahí, con todos los demás, acababa de aparecer Bernard.

—Vengo a saludar a Olimpia. Hola, preciosa, ¿cómo estás? —Ella se acercó para darle dos besos y, cuando se separaron, él sacó una rosa que había escondido a su espalda—. Una flor para otra flor.

—Poto —masculló Albert, y Olimpia le dio un codazo en las costillas.

La cara de Bernard perdió el color al advertir a Clara.

—Ho-hola… —balbució.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Lo invité yo… sin querer —respondió Olimpia, alternando la mirada entre ella y él.

—Yo mejor me marcho —se excusó Clara, que le dio un abrazo a

Olimpia—. Hablamos otro día, ¿vale?

—Claro —respondió ella, en shock.

—Aquí con nosotros, el amante europeo —añadió Albert, socarrón.

—¿Qué me has llamado? —preguntó Bernard, alterado.

Para Olimpia aquello era como contemplar un choque de trenes a cámara lenta. Era la Pangea a pequeña escala. Los cinco continentes chocando entre ellos, y ella ahí, en medio, engullida por terremotos y volcanes.

—Es… es… —comenzó a decir, pero no sabía cómo explicarlo sin quedar en ridículo.

—Es un análisis para comparar la manera en la que amamos, basándose en los cinco continentes, si lo he entendido bien —dijo Óscar, ofendido.

Gudrun, que había conseguido una copa de cava, tomó la voz cantante.

—Olimpia se ha dedicado los últimos meses a descubrir cómo es estar con un amante europeo —y señaló a Bernard—, uno africano —y señaló a Sergio—, uno oceánico —y se señaló a sí misma—, uno americano —y señaló a Edgar—, y tú eres el asiático —le miró burlona—, aunque no hayas mojado.

—Pero ¿qué diablos…? —farfulló Edgar—. No entiendo un carajo.

—Entonces a ti te ha estudiado a distancia —concluyó Gudrun—. También sirve.

—Pero ¡si yo soy de Granollers! —saltó Sergio.

—No tiene que ver con dónde has nacido —aclaró la danesa—, sino con cómo vives las relaciones.

—Así que la broma final era invitarnos a todos aquí para decidir con cuál te quedabas, ¿o cómo? —preguntó Bernard.

—Espera, espera un momento —intervino Sergio, furioso—. ¿Me estás diciendo que has estado con todos nosotros a la vez?

—¡No! —se defendió Olimpia.

—Y si lo ha estado, ¿qué? —respondió Gudrun, airada—. Hay muchas más maneras de amar, aparte de la que nos enseñan en los cuentos de hadas.

—En eso tienes toda la razón —murmuró Óscar—. Y espero que haya merecido la pena.

Dicho esto, se apartó de todos y se dirigió a la puerta de la galería, esquivando a camareros e invitados.

—¡Óscar! ¡Óscar, espera, por favor!

Pero hizo caso omiso a los gritos de Olimpia, que se volvió hacia Albert,

desesperada.

—Tengo que hablar con él.

—Ve, rápido.

—¿Y nosotros qué? —dijo Bernard.

—Lo… lo siento —fue lo único que pudo decir, y luego salió corriendo.

Antes de alejarse, escuchó que Gudrun decía:

—Nosotros podemos irnos a tomar algo. Parece que la exploradora ya ha elegido continente.

## *EL AMANTE ASIÁTICO*

*Es como un ladrón que entra de puntillas en la casa y se va sin haber robado nada,*
*así late el amante de Oriente.*

*Perpetuo espectador de la vida,*
*ama y cuida en silencio,*
*desde la discreción y el respeto,*
*pero le cuesta dar voz a lo que siente su corazón.*

*Tanta es su fijación por no molestar*
*que puede amar de forma eterna e infinita*
*sin que se oiga siquiera el tictac de su corazón.*

*En su fuero interno, piensa*
*que no necesita ser correspondido,*
*ya que prefiere dar a recibir.*

*Cree que le basta dirigir su atención y sus esfuerzos hacia el objeto de su devoción.*
*Por eso solo llegará a amar, humana y carnalmente, cuando sea desenmascarado.*

# 39

# Amante ciego

**Óscar se estaba poniendo el casco para subirse a una Yamaha negra cuando Olimpia salió a la calle.**

**—No te vayas así, por favor —le pidió—. Hablemos un momento.**

**—Está todo bien, es solo que… tengo prisa.**

**—No es verdad —dijo Olimpia, sujetando el manillar de la moto para que la mirase—. Debería haberte contado esta locura del atlas…**

**Él negó con la cabeza y, tras quitarse el casco, levantó la mano con suavidad.**

**—No tienes que contarme nada, Olimpia. Gudrun tiene razón: no le debes explicaciones a nadie de lo que hagas o dejes de hacer… Y menos a mí. Lo que me pasa es cosa mía, y ya está. De verdad.**

**—Pero ¿***lo que te pasa* **tiene que ver conmigo?**

**—Sí, pero soy yo quien tiene que resolverlo. Mira, da igual, es solo que…**

**—¿Qué? —preguntó ella.**

**Óscar respiró hondo. Aunque tratara de ocultarlo, sus manos estaban temblando mientras sujetaba el casco y sus mejillas habían vuelto a encenderse.**

**—Que me hubiera gustado ser… algo más que parte de un experimento. ¿Es por ese juego por lo que aceptaste mi ceremonia del té?**

—¡No has sido parte de ningún experimento ni de ningún juego! Ninguno lo habéis sido. Ha sido casualidad que os cruzarais en mi vida, pero no quería hacer daño a nadie, te lo prometo. Y menos a ti, que has estado siempre preocupado por mí, atento para que Lola no se diera cuenta de cuándo la cagaba o llegaba tarde, o cuándo tenía un mal día o estaba especialmente sensible…, y no lo vi. No es un atlas lo que necesito, Óscar, sino un par de gafas porque tendría que haber sido mucho más amable contigo. Lo siento.

Él soltó una risita y Olimpia le acompañó.

—Para mí eres mucho más que un continente lejano de ese atlas. Lo que quiero decir es que… es que…

—Creo que te he entendido —dijo él, con una sonrisa resignada—. Pero cuando no puede ser…

—No puede ser —concluyó ella con un suspiro.

Estaba tan confundida, con tanta pena en su interior, que temía arrastrarlo consigo a aquel torbellino de emociones que habían supuesto los últimos meses. Nadie se lo merecía, y menos él.

—Siento haber estado tan ciega —se atrevió a decir, al cabo de unos segundos.

Óscar sonrió y, tras unos instantes de silencio, confesó:

—¿Sabes, Olimpia? Conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han pasado este verano. Yo a ti te vi desde el primer momento que entraste en la cafetería y le vendiste a ese chico francés una novela gráfica. Me pareciste única, distinta… Ojalá te lo hubiera dicho entonces.

—¿Y qué habría cambiado? —preguntó ella, apoyada aún en el manillar de la moto.

—Puede que todo… o tal vez nada. Me he propuesto ser más impulsivo en el futuro. De hecho…, espera… espera un segundo, ¿vale?

Comenzó a teclear a toda velocidad un mensaje en el móvil y Olimpia sintió una premura enorme de regresar al interior de la galería.

—Oye, creo que mejor…

—Dame un minuto, por favor —le rogó.

Ella se cruzó de brazos y miró a su alrededor, incómoda.

—Óscar…

—¡Ya está! —exclamó, triunfante, mientras sacaba otro casco de bajo el sillín—. Sube, voy a llevarte a un sitio increíble.

—¿Quieres que me monte contigo? ¿Adónde quieres ir?

—Es una sorpresa… ¿Me acompañas?

—Pero ¿adónde? —preguntó, entre curiosa y confundida.

—A las estrellas.

# 40

## En las estrellas

**La Yamaha 250 volaba por las calles de Barcelona. Tras cruzar la ciudad, comenzaron a ascender por la montaña del Tibidabo. Olimpia se sujetaba con fuerza a la cintura de Óscar mientras disfrutaba de la velocidad. En cada curva, la ciudad quedaba más lejos y el atardecer iba pintando los edificios de un color crema, casi rosado, con el mar brillante al fondo.**

**De repente, Óscar giró y se internaron por una carretera más estrecha, alejada de la principal y, tras un pequeño camino de tierra, llegaron a un aparcamiento improvisado entre los árboles.**

**—Hemos llegado —anunció al detener suavemente la moto.**

**Cuando se quitó el casco, Olimpia se fijó en que se encontraban a la entrada del Observatorio Fabra. Lo recordaba vagamente de una excursión de colegio cuando no era más que una niña. Aquel edificio de principios del siglo** xx **estaba coronado por una enorme cúpula que albergaba los emblemáticos telescopios.**

**Delante de ellos, un grupo de hombres y mujeres vestidos de gala esperaban para dar su nombre a una azafata que pasaba lista.**

**—¿Vamos a una boda? —preguntó Olimpia sin salir de su asombro—. ¿Quién se casa?**

**—Nadie, pero estamos en esa lista. —La agarró de la mano y se acercaron a la entrada—. Buenas noches, tenemos una reserva a nombre de**

Óscar Serra.

La mujer comprobó el papel y asintió diciendo:

—Bienvenidos, esperamos que disfruten.

Frente al viejo observatorio había una explanada de arena donde la gente se congregaba y charlaba animadamente con una copa de cava en la mano. Había dos barras en las que servían toda clase de bebidas. Ambos se pidieron una copa de verdejo y se asomaron al terraplén para admirar las vistas de Barcelona desde allí.

—Óscar, ¿cómo has conseguido esto? —preguntó Olimpia, aturdida aún por aquel plan improvisado—. ¿Es una fiesta privada? ¡No me creo que estemos aquí!

—Se me ha ocurrido de repente y he llamado para reservar. Quizá yo sea el amante asiático —dijo guiñándole el ojo—, pero también tengo mi parte europea…

Un camarero les invitó entonces a acompañarlo al otro lado del edificio. Allí, en la terraza con un impactante mirador que daba a la ciudad y al mar, habían dispuestas varias hileras de mesas, cada una de ellas con una lamparita. Sobre el plato encontraron unas cartas con el menú de la cena.

—Los platos tienen nombres de cosas relacionadas con la astronomía —comentó Olimpia—: ¿Equinoccio de primavera?, ¿nebulosa de Orión? Me encanta.

Óscar se rio. Una camarera les dejó el entrante: *nigiri* de sardina con salsa de ostras y pita de ensaladilla de verano.

—¡Está delicioso! —dijo Olimpia, tras darle el primer mordisco—. Tiene que costar una pasta este lugar. Dime, por favor, que no lo has pagado tú…

—No te preocupes, estamos invitados.

—¿Seguro? Mira que si tengo que vender un riñón, lo vendo y punto, ¿eh? —bromeó.

Óscar se rio después de prometerle que hablaba en serio.

—Este es uno de mis lugares favoritos de Barcelona y te explicaré por qué… Cuando termine el verano, empezaré a estudiar física.

—¿En serio? —preguntó Olimpia, que sintió una punzada en el pecho al verle tan seguro.

—De pronto se te ha nublado el gesto… ¿Estás bien?

—Sí, perdona, es que… ¡Es que te envidio!

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por tener tan claro lo que quieres hacer con tu vida. ¿Sabes la suerte que tienes?

—¿Tú no sabes lo que vas a hacer el año que viene?

Ella se rio entre dientes.

—Voy a empezar la carrera de Filología Inglesa porque se me dan bien las lenguas…, pero no estoy segura de que me guste ni de qué quiero hacer en mi vida. Terrible, ¿eh?

—¿Y por qué tendrías que estudiar una carrera? Si no estás convencida, puedes hacer otras cosas. Puedes buscarte un trabajo en el extranjero. O tomarte un año sabático y empezar a estudiar el año que viene.

—No es mala idea, pero ¿tú cómo lo puedes tener tan claro?

—Mi madre era astrofísica… De pequeño me hablaba del sol, de los planetas y las galaxias, de lo que existe más allá de lo que pueden ver los telescopios, de lo que aún queda por descubrir allí arriba. —Óscar señaló al cielo, cada vez más oscuro, con el tenedor—. De adolescente comencé a leer libros sobre el universo. Aunque muchas cosas no llegaba a entenderlas, enseguida comprendí que quería seguir los pasos de mi madre.

—¿Y lo de trabajar en la librería?

—Un curro de verano para ayudar a mi padre, que tiene un negocio propio que últimamente da pérdidas. Mientras viva en su casa, lo menos que puedo hacer es aportar mi granito de arena.

—Seguro que tu madre estaría orgullosa de ti.

—No te creas… Yo, por muy seguro que esté de querer estudiar Física, dudo cada vez que pienso que quizá lo haga por llenar el hueco que ha dejado mi madre.

—Parece que no hay camino fácil, ¿eh?

—Quizá no…

# 41

## A mil quinientos millones de kilómetros

**Justo entonces trajeron el primer plato. El equinoccio de primavera resultó ser un canelón de rape y marisco con salsa de *boletus*. Olimpia nunca había probado algo así, pero le gustó tanto que ella y Óscar jugaron a adivinar cómo se había cocinado para intentar hacerlo en casa.**

**No pararon de hablar y reír durante toda la noche. Pronto dejaron atrás las conversaciones trascendentales sobre el futuro y comentaron las últimas series que habían visto y anécdotas de su etapa de instituto, ahora que había llegado a su fin.**

**Para cuando llegó el postre, después de una ternera con tallarines, Olimpia estaba llena y la noche había caído por completo. La puerta principal del Observatorio frente a la cual estaban cenando, con sus columnas y arcos, se encontraba ahora iluminada. En los primeros peldaños de la escalinata de piedra habían situado una pantalla y un proyector.**

**De pronto apareció un hombre con micrófono para darles las buenas noches.**

**—Mi nombre es Marc Campos y hoy me gustaría hablaros sobre las nebulosas.**

**Olimpia miró de soslayo a Óscar y vio cómo le brillaban los ojos con una luz que la cautivó un poquito más.**

**El astrofísico se dedicó un rato a explicarles curiosidades sobre el**

espacio. Al principio ella se mostró bastante indiferente, pero la pasión con la que lo contaba todo y los datos tan sorprendentes que compartió con ellos hizo que acabara aplaudiendo al final de la ponencia.

—¡Ha sido fascinante! Dime que no hay más sorpresas.

—Solo una más —le prometió Óscar, que en ese momento levantó la mano para saludar a alguien.

Cuando Olimpia se dio la vuelta para ver de quién se trataba, se le atragantó la bebida. Aunque ahora llevaba un vestido de noche negro y el pelo recogido, reconoció enseguida a la preciosa chica que había ido a recoger a Óscar a la librería. Su sonrisa era la misma.

—¿Cómo lo estáis pasando? —preguntó.

—Olimpia, te presento a Laia, mi hermana.

—¿Tu her…?

—Encantada —dijo Laia, agachándose para darle dos besos—. Mi hermano me ha hablado mucho de ti.

—Gracias por conseguirnos la mesa —dijo Óscar.

—Han fallado un par de parejas esta noche, así que no te preocupes. Acompañadme, antes de que se levante todo el mundo.

Se pusieron de pie para seguirla. Laia saludó brevemente al astrofísico que acababa de darles la charla y después subió las escaleras del Observatorio hacia su interior.

—¿Habías estado alguna vez aquí?

—De pequeña, con el colegio… —respondió Olimpia, que aún seguía en shock, sintiéndose ridícula por haber presupuesto tantas cosas y haberse equivocado en todas ellas.

—Entonces te va a encantar lo que vas a ver. Por la noche este lugar se vuelve realmente mágico.

Tras ascender por una escalera de caracol, llegaron a un piso desde el que surgía otra escalera de madera que conducía hasta una puerta en el techo. En aquel piso, en lo alto de la cúpula que se veía desde fuera, se exhibía el inmenso y conocido telescopio de 1904.

—Este es el cuarto observatorio en funcionamiento más antiguo del mundo —le contó Óscar, entusiasmado.

Una mujer con bata blanca les explicó cómo debían colocarse. Tenían que subir a la plataforma por una pequeña escalera, tan empinada que necesitaban sujetarse con los pies y las manos.

—Si miras ahora, tienes enfocado a Saturno. ¿Puedes ver los anillos?

—¡Sí! ¡Los veo! —exclamó Olimpia, emocionada.

—Pues está a mil quinientos millones de kilómetros de distancia —le dijo Óscar, y la científica le felicitó por conocer el dato.

Era una distancia enorme, pensó Olimpia, pero ahí estaba: un planeta completamente distinto al suyo, flotando en el espacio, igual que la Tierra. De repente, le asaltó una duda. ¿Y si el atlas estaba equivocado? ¿Y si su amor no se correspondía con ninguno de los cinco continentes conocidos? ¿Y si ella pertenecía a otro planeta? ¿O a una estrella o al mar de una luna? Tal vez algún día alguien crease un atlas del espacio en el que aparecieran cartografiadas todas las formas de querer.

Cuando Óscar terminó de mirar por el objetivo, Laia se despidió de ellos para atender a otro grupo. Entonces el futuro astrofísico le propuso a Olimpia salir a la pequeña balconada que daba la vuelta alrededor de la cúpula.

Entre el cielo estrellado y la ciudad iluminada, por un instante ella se sintió atrapada en una inmensa y hermosa bola de nieve.

—Gracias por este regalo —le dijo—. Es lo más bonito que han hecho nunca por mí.

Olimpia sabía lo que tocaba a continuación: que se acercaran tímidamente y sus labios recortaran el espacio que los separaba hasta fundirse en un beso. Pero no era eso lo que ella quería. Y Óscar pareció leerle la mente cuando dijo:

—A mí también me ha encantado vivir esta noche contigo. Sé… que con todo lo de tu padre no estás pasando por el mejor momento. Y lo siento muchísimo. Pero quiero que sepas que estaré aquí para cuando estés lista. Yo no tengo prisa.

Sus palabras la envolvieron como una toalla cálida después de un baño en la playa. Se sintió vulnerable y fuerte al mismo tiempo, protegida y empoderada. Entonces se acercó un paso hacia Óscar y le dio un beso en la mejilla. A continuación, sin decir nada más, él la abrazó y así se quedaron contemplando el horizonte negro repleto de luces.

Si había llegado al continente adecuado, ya lo descubriría, pensó Olimpia. Por el momento, era allí donde se había encontrado a sí misma.

# 42

# El infinito

El verano ya iniciaba su declive cuando Olimpia se despertó aquel domingo fresco y nuboso. Tras recoger del suelo su teléfono móvil, vio que durante la noche había entrado un audio de Albert en el grupo que habían creado con Dídac, Clara y Óscar. Su amigo les proponía regresar a Cadaqués y despedir el verano por todo lo alto el siguiente fin de semana. A Olimpia le faltaron emoticones de corazones para responder. No podía existir nada que le apeteciera más en aquel momento.

De los demás amantes, apenas recibía notificaciones. De vez en cuando Edgar o Gudrun le escribían algo por las redes sociales, pero Bernard y Sergio se habían volatilizado después de su encuentro en la galería. Tampoco los echaba de menos.

Cuando bajó a la cocina, se encontró con su madre, que le había preparado el desayuno.

—Espero que no tengas planes para hoy, porque tengo una sorpresa para ti —le dijo, y antes de que pudiera preguntarle de qué se trataba, le dio un beso en la frente y se marchó a su habitación, dejándola sola.

Media hora más tarde atravesaban Barcelona con mil posibilidades rondándole la cabeza. Su madre no era de hacer aquella clase de gestos. La intriga acabaría con ella pronto si no encontraba la solución.

Cuando llegaron a la Barceloneta, su madre aparcó y ella barajó las

últimas posibilidades sin decidirse por ninguna.

—¿Adónde vamos? —preguntó, aun sabiendo que no recibiría la respuesta que esperaba.

—A una terraza delante del mar. Hoy que está nublado, no nos fundiremos bajo el sol.

Tras pedir dos tazas de té verde, su madre sacó del bolso un paquete minúsculo envuelto con papel de arroz.

—Este es el primer regalo… —dijo.

Los dedos torpes de Olimpia sacaron el pequeño objeto de su suave mortaja hasta desnudar un colgante de formas simples y elegantes. De una cadena de plata colgaban dos aros enlazados.

—Es dos veces tu inicial, para que no te olvides de que, antes que a nadie, tienes que quererte a ti misma y cuidarte; además, las dos oes juntas forman el signo del infinito.

Le falló la voz al decir esto último, conteniendo las lágrimas, y eso hizo que Olimpia la abrazara con mayor fervor después de ponerse el colgante.

—Es un regalo maravilloso…

Sin habla, mientras sentía el agradable frío de la plata sobre su piel, sonrió.

—Este es el detalle pequeño —añadió su madre—. El verdadero regalo está en el mar.

Ella giró la cabeza hacia el gran azul, sacudida por un presentimiento. Como si no se atrevieran a descubrir lo que había allí, paseó los ojos por la arena en dirección al agua hasta encontrar a la única figura que estaba de pie frente al oleaje.

Aunque estaba mucho más delgado, Olimpia lo reconoció desde el primer instante. Con el corazón disparado, salió de la terraza para ir hacia él atravesando la playa.

Más de una vez sintió que las rodillas se le plegaban antes de llegar a su objetivo, pero por alguna razón no terminaba de caer. Era como si una fuerza invisible la sostuviera con el fin de llevarle a reencontrarse con su padre.

# 43

## El sexto continente

**Hacía más de una hora que hablaban mientras aquel mar denso y gris parecía mezclarse con las nubes.**

**En aquellos sesenta minutos, Olimpia había conocido todas las emociones imaginables. De la sorpresa desmedida a la rabia, pasando por la confusión, la tristeza y finalmente la alegría. Una alegría serena, como la del pintor japonés que plasma la última hoja de un árbol a punto de desplomarse.**

**En un último acto de honestidad, él la había avisado de que aquella sería la última vez que se verían antes de su ingreso en el hospital. No era casualidad que hubiera elegido aquel lugar para el encuentro. El mismo donde había entrado en la edad adulta bajo el peso de su ausencia.**

**—Así que… —dijo él con un tono plácido y melancólico a la vez— ¿te ha sido útil el atlas con las notas de Lord Byron?**

**—¿¡Lord Byron!? Venga ya, papá…**

**Su padre la miró con una sonrisa que estiraba la piel sobre su calavera.**

**—Esas notas las escribiste tú sobre el viejo atlas con una plumilla —dijo Olimpia—. ¿Me equivoco?**

**—No te equivocas… ¿Y ya sabes a qué continente pertenece tu corazón?**

**Olimpia desvió la mirada, entristecida.**

**—De eso no estoy segura aún —murmuró. Al girarse hacia la terraza,**

vio que su madre observaba el horizonte con gesto tranquilo y le sonrió—. ¿Cuál dirías que es el mío?

—Eso solo lo puedes descubrir tú, hija. Pero te diré algo: ningún continente es mejor que otro; hay que tener un poco de cada continente en el corazón. Saber cuándo hay que seducir y cuándo conviene callar; el momento oportuno para huir, el de celebrar, o bien el de fundirse cuerpo con cuerpo. Al final, para amar bien, hay que tener mundo.

Olimpia dejó ir un suspiro. Esa síntesis de su padre era un penúltimo regalo tras aquella travesía que ya llegaba a su final. Pero no se marcharía sin darle una última lección.

—Pero… —prosiguió— no te servirá de mucho conocer los cinco continentes del amor si antes no descubres el sexto, ese que no sale en los atlas.

—¿Un sexto continente? —preguntó Olimpia—. ¿Cuál es? ¿La Atlántida?

—Puedes llamarlo así —concluyó él con una sonrisa—, tal vez la Atlántida se hundió porque nadie sabía que existía… El sexto continente es amarte a ti misma, Olimpia. Para no hundirte como el continente perdido, debes quererte tú antes de esperar que otros te quieran.

Después de estas palabras, tan similares a las que su madre había compartido con ella, Olimpia miró a su padre en silencio. Luego apoyó la cabeza en su hombro mientras la espuma marina le acariciaba los pies desnudos. Siguiendo un impulso repentino, se puso de pie. Necesitaba sentir todo su peso sobre la arena mojada, mientras él la contemplaba.

Y fue entonces, con el sol brillando sobre su cabeza, cuando sintió que, tras un largo naufragio, al fin pisaba tierra firme.

Agradecimientos

**A Francesc, por contarme aquella idea para escribir este libro. Por confiar en mí y por enseñarme con cada gesto y cada palabra, cómo ser un poco mejor.**

A Andrés, porque nos regaló el nombre de Olimpia, me descubrió la Barcelona que he plasmado a través de sus ojos y, sobre todo, porque me ha recordado a qué lugar debe pertenecer mi corazón.

A Marc, por compartir su arte con nosotros y transmitir con su ilustración el espíritu del libro. Pero también por haberse convertido en mi hermano mayor en Barcelona.

A mis padres y a mi hermana, porque aunque este libro lo escribí a cientos de kilómetros de ellos, me animaron a viajar para estudiar fuera.

A Laia, Sara y Marta, por ser el equipo soñado para traer la historia de Olimpia a los lectores.

A Ramón, por los ánimos cada vez que me embarco en una nueva historia y por ayudarme a no perder el rumbo.

JAVIER

**A Javier, compañero excelente en esta exploración por los continentes del amor. Contigo se aprende a navegar sin perder nunca el rumbo, amigo. ¡Gracias por este sueño compartido!**

A Anna, por vivir conmigo tantas aventuras y por quererme como soy. Como decía aquel cantautor, que la vida nos dé un camino muy largo.

A Katinka y Niko, dos faros que siempre iluminan el camino en medio de las tormentas.

A Carmen, por haber escuchado esta historia antes que nadie y bendecir esta travesía. Deseo que el amor esté presente cada día de tu vida.

A Care, porque no existe el tiempo y la distancia para los amigos del alma.

A Sandra y su equipo, por llevar este libro literaria y literalmente a los cinco continentes.

**FRANCESC**

A ti, que sostienes este libro y que nos has acompañado en este viaje. No tengas nunca miedo de explorar otros continentes. ¡Gracias por existir!

**Una enternecedora y profunda novela escrita en colaboración por Javier Ruescas y Francesc Miralles.**

El Amante Europeo conoce los secretos de la seducción y el romanticismo, pero a menudo construye la relación desde la fantasía. El Amante Americano vive el amor como un éxito vital, pero es más efectivo en sociedad que en las distancias cortas.

El Amante Africano se guía por la cercanía y la pasión, pero adolece de impaciencia e inseguridad.

El Amante Asiático quiere y cuida desde el respeto absoluto, pero le cuesta dar voz a lo que siente su corazón.

El Amante Oceánico se guía por la inspiración del momento y es impredecible; hoy te lo da todo y mañana desaparece en cualquier aventura.

¿A qué continente pertenece tu corazón?

**Javier Ruescas** (Madrid, 1987) es uno de los escritores de literatura juvenil más celebrado por el público español y latinoamericano, con un canal de YouTube cuenta con más de 300.000 seguidores. Se considera una mezcla entre el amante europeo y el americano.

**Francesc Miralles** (Barcelona, 1968) es autor de novelas y ensayos traducidos a 54 idiomas, además de periodista de psicología para *El País*, RNE y otros medios. Se considera principalmente amante asiático con rasgos de americano.

Juntos publicaron con gran éxito *Pulsaciones y Latidos*. La primera novela, escrita íntegramente con mensajes de móvil, ha tenido decenas de ediciones.

Edición en formato digital: junio de 2020


Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño e ilustración de portada: © Marc Pallarés



ISBN: 978-84-17605-36-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] ¿Dónde estás? / ¿Era todo una fantasía mía? / ¿Dónde estás? / ¿Fuiste solo algo imaginario?

[2] ¿Dónde estás? / ¿Eres otro sueño? / Los monstruos corren salvajes dentro de mí / Estoy desvanecida…

# Índice